

Freelander

MILJENKO JERGOVIĆ

Nuevos Tiempos **Siruela**



MILJENKO
JERGOVIĆ

Freelander



Ediciones Siruela

Miljenko Jergović

Freelander

Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Portadilla
Freelander
Créditos

Freelander

–¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! –repitió el profesor Karlo Adum, justo cuando el cartero quería marcharse. Sólo tenía que saludarlo, llevarse la mano derecha a la sien como si fuera un alférez jubilado y volverse hacia el ascensor, pero el viejo no se rindió, sino que por tercera o cuarta vez repitió la misma fórmula:

–¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! –después de lo cual el cartero no podía irse así como así, sino que tenía que esperar a que pasara un rato, que los suspiros y encogimientos de hombros se enhebraran uno tras otro, que las cejas se enarcaran y que se inclinaran hacia abajo las comisuras de los labios al menos tres veces, como cuando los ancianos se transmiten expresiones de condolencia o intercambian noticias acerca de un tumor en la próstata, que quizá no es un tumor, los médicos no se enteran de nada, no tienen ni idea, pero, no obstante, arquean las cejas igual que cuando el tumor existe de verdad y crece, y cuando sólo te abren y cierran, porque no hay palabras y no hay más forma de evitar las palabras que subir y bajar las cejas, y si hubiera una olimpiada de cejas levantadas, los de estos pagos, en particular los de los bloques de Novi Zagreb, entre los que abundan sobre todo los jubilados, serían medalla de oro.

El cartero, que lo conocía hacía ya más de veinticinco años, pues llevaba todo ese tiempo repartiendo el correo en Zaprude, nunca le había dicho su nombre, ni a Karlo Adum le interesaba. Si alguna vez se le había ocurrido que ese hombre de bigotes grandes y poblados, oriundo del pueblo serbio de Tršić, el pueblo natal de Vuk Karadžić, se llamaba de alguna manera, le había parecido una falta de educación preguntárselo. Sobre todo después de 1990. Porque ¿qué nombre de pila iba a tener uno de Tršić que no resultara incómodo cuando alguien se interesara por él? Por eso era mejor que el cartero se llamara Cartero, tal como lo había conocido a lo largo de todos esos años: un cartero con su mujer, Štefa, nacida en Križ, y con tres hijas, Dubravka, Jadranka y Planinka, a las que, ciertamente, jamás había visto, pero de las que había oído hablar hasta lo indecible no sólo al Cartero, sino también a los vecinos, a los cuales había disgustado que el Cartero se fuera con Štefa durante dos meses a un balneario porque se le habían debilitado las rodillas, y que lo sustituyera un borrachín que se equivocaba al repartir las cartas y lo justificaba porque, al fin y al cabo, en los buzones no ponía el nombre de los habitantes del rascacielos, sino el de los primeros vecinos que se habían instalado allí ya en 1968, y a veces ni siquiera el de éstos, sino que aparecían los nombres de personas que jamás habían vivido en el inmueble; sin embargo, el Cartero se sabía de memoria dónde estaba el buzón de cada cual, de modo que no le hacían falta los apellidos, y expuestos en los casilleros la gente los percibía como una indiscreción innecesaria. Pero si el Cartero no regresaba del balneario, en realidad, si debido a las rodillas pedía una

pensión de invalidez y se jubilaba, todos y cada uno de los vecinos del edificio se verían obligados a exhibir su apellido en un lugar visible.

Sólo pensarlo les producía escalofríos. El señor Apostolovski, de la segunda planta, médico jubilado del hospital militar, fue a la oficina central de Correos y pidió la dirección del cartero que repartía las cartas en Zaprude. ¿Una reclamación? ¡No, ni hablar! Pues si no es una reclamación es una indiscreción, le respondieron. El taxista Lazari, a su vez, fue un fin de semana de balneario en balneario, para ver si encontraba al Cartero y a su Štefa y ofrecerles toda la ayuda de los habitantes del bloque, tanto un enchufe para los médicos como un apoyo económico, con tal de que el señor Cartero no pidiera la invalidez. Y, por supuesto, no lo encontró, porque el Cartero estaba en el balneario de Bizovač, y a quién se le iba a ocurrir buscarlo allí, si Apostolovski había dicho que Bizovač no era para las rodillas. Y al final el Cartero volvió, sano y renovado. Todos se mostraron satisfechos. Y también Karlo Adum y su señora Ivanka, aunque en su buzón ponía la verdad, es decir: Adum-Schwartzter, y no tenían motivos para preocuparse por lo que sucediera si un día cambiaban de cartero.

—¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! —repitió el profesor quizá por séptima vez, y sólo entonces dejó que el Cartero siguiera su camino.

Era viernes, en las manos tenía un telegrama sin abrir que más tarde depositaría en la mesa de la cocina y seguramente no abriría hasta la noche. A la mayoría de las personas las asustan los telegramas porque temen la muerte, la enfermedad y la desgracia. Y a una minoría estúpida les alegran porque esperan que llegue el que va a eliminar todas las preocupaciones de sus vidas. A Karlo Adum le daba igual, por lo que olvidó el telegrama.

Le daba igual porque al fin y al cabo su vida se había torcido.

Primero, de acuerdo con la resolución de 31 de diciembre de 2005, se había jubilado. Tenía que haberlo hecho a finales del curso escolar, pero Karlo se había acogido al derecho de quedarse hasta el final del año en el que cumplía cuarenta años de vida laboral. Por decirlo de un modo profesional.

Los últimos cuatro meses no había hecho más que sentarse en la sala de profesores o en la biblioteca de la escuela sin hacer nada, y sus colegas ni siquiera reparaban en él. El día en que vació su taquilla, la mesa a su espalda estaba llena de botellas de zumo y de Coca-Cola, de vasos de plástico y de platos con jamón cocido que olía a laboratorio de química, y ese horrible queso de goma, pálido como la muerte. Se brindaba por el Año Nuevo, entre exclamaciones entraban y salían alumnos de los últimos cursos, la profesora Magda Simčić, una solterona de Kutina, se derramó el zumo de arándanos sobre la blusa blanca y rompió a llorar delante de todos, el director la consolaba y agitaba sobre la mancha un salero de cartón en el que ponía Soda so Tuzla, igual que el albanés que antes de un partido sala mazorcas de maíz delante del Palacio de Deportes y sonríe afablemente para que los aficionados del club anfitrión no le den una paliza.

Y así el director le echaba sal a la llorosa profesora, la sal quita todas las manchas, créame, querida colega, y le sonreía con la resignación de una víctima. Karlo lo miraba

de vez en cuando mientras guardaba sus pertenencias en una maleta grande y disfrutaba porque el director ya no se fijaba en él. Por fin podía ver lo que durante años se le había escapado como los subtítulos demasiado rápidos en una película japonesa.

Al salir nadie le devolvió el saludo. Creían que el profesor Adum volvería después de dejar las cosas en el coche.

Tres meses más tarde, a finales de marzo, Ivanka sufrió los primeros mareos. Se paraba en mitad de una frase, se sujetaba la frente como si intentara acordarse de algo. Había puesto una silla junto al fogón y se sentaba mientras daba vueltas a la polenta, porque se le iba la cabeza y ante sus ojos pasaban galaxias, eones y macetas con pensamientos.

–Anemia primaveral –la consolaba preocupado–, no es más que una anemia primaveral.

Luego la ingresaron en el hospital, en el de Rebro, por recomendación, para que le hicieran un reconocimiento concienzudo. Karlo fue a casa para coger un camisón, un espejo y algo de leer, eligió *Doctor Zhivago*, que ella había leído la última vez en la playa, en Podaca, en 1977, pero el caos reinaba en la ciudad, habían cortado el tráfico por la llegada de un político americano, y tardó mucho en regresar al hospital, quizá dos horas, y cuando por fin llegó, el doctor Sremec le tendió la mano y le dijo:

–Lo siento, querido profesor, pero la señora se ha ido –y en ese instante al profesor Adum le pareció que no habían transcurrido dos horas desde su separación sino al menos dos años, y le remordió haber dejado a Ivanka sola tanto tiempo.

Después vino el funeral y por la casa pasaron hombres encorbatados en traje gris, en general ancianos y mujeres con bolsito de charol negro y cabellos en los que las canas azuleaban como el mar delante de la isla de Vis, el mar profundo repleto de feos peces ciegos; y todos abrazaron al viudo, como si se despidieran de él, porque él también saltaría tras el ataúd a la oscuridad del crematorio y descendería con el silencioso mecanismo al fuego y a las brasas. Después lo estuvieron llamando durante un tiempo, le preguntaban cómo estaba, lo invitaban a comer, era la época de las reconstituyentes sopas primaverales, y él pretextaba asuntos inaplazables, mentía diciendo que iba de viaje a Split, y las invitaciones se fueron espaciando poco a poco, durante días no se oía el timbre, iba al mercado por pan y a ninguna otra parte, hasta que una mañana todos se olvidaron de él. Se tornó invisible incluso para los vecinos de su descansillo. Pasaba junto a ellos como la sombra de un albañil que hubiera muerto mientras se construía el edificio. Sólo le quedaba el Cartero.

–Tú eres del pueblo de Vuk, tienes que saber lo que significa que la vida se te tuerza – le apretaba el brazo, y el cartero sonrió y le dijo algo en voz alta, tan alta que retumbó en la escalera y parpadearon los ojos tras las mirillas.

Karlo Adum, profesor de historia jubilado, estaba tumbado en el tresillo y leía el periódico. Había quitado el volumen de la televisión, el presidente de los Estados Unidos movía los labios mudo, el conductor de un camión yacía sobre el volante mientras la

sangre le resbalaba por la cara, a través del cristal perforado por las balas se veía el desierto y la bandera de Palestina, sobre Croacia se alternaban con regularidad el sol y ovejitas blancas de nubes, al lado de Croacia se extendía un abismo oscuro y anónimo en forma de Bosnia, sobre la que no había ni sol ni nubes, los futbolistas del Dinamo corrían a abrazarse unos a otros, Janica Kostelić tenía la mandíbula de un boxeador en una película de dibujos animados, las muchachas de Šestine hacían girar los paraguas en un reportaje turístico anterior a la Segunda Guerra Mundial, en la cabecera de las noticias ya no daba vueltas el globo terráqueo como cuando Karlo era joven.

Tan pronto miraba la pantalla como el periódico mientras fuera, tras los rascacielos de Novi Zagreb, caía la oscuridad y engullía lentamente la llanura de Turopolje.

Cerró los ojos, oía los coches que se dirigían a la ciudad, donde no tardaría en empezar la vida nocturna, los tranvías que traqueteaban a través del puente y, a lo lejos, disparos, petardos y ráfagas, que señalaban otra, a saber cuál, gran victoria croata. ¿Desde cuándo hay deporte los viernes?, se preguntó el profesor Adum, luego pensó si era realmente viernes, o quizá sábado, el día del fútbol –la democracia se diferencia del socialismo sobre todo porque los partidos de liga se juegan los sábados y no los domingos–, y por fin se acordó del telegrama que había dejado en la cocina sin abrir, pero ya no estaba seguro de si el Cartero había traído de verdad un telegrama o sólo se lo parecía, porque estaba durmiéndose y probablemente el telegrama estaría también en su sueño antes de que todo se desvaneciera por completo.

El profesor Adum no recordaba los sueños. Y lo que no recordaba no había sucedido. Él, igual que la mayoría de las personas con problemas similares, creía que nunca soñaba, ya que no recordaba los sueños.

Se despertó alrededor de las dos y media.

De pie delante de la taza del váter, esperó el chorro. Tiró de la cadena, fue a la cocina a beber agua, aguardó a que se llenara la cisterna y reinara el silencio para poder atisbar la vida nocturna del edificio, los ronquidos, el llanto insistente de un niño, el sonido del ascensor que se movía, el agua en las cañerías, las voces en el descansillo, y de nuevo el silencio que duraba tan sólo hasta que alguien tiraba de la cadena en el retrete. Por la noche, a lo largo del inmueble descendía el Niágara entero.

Oía el agua y pensaba en la gente que en ese instante se ahogaba en alguna parte, en un río, en el mar o en un lago, tantísima gente, ¡válgame Dios!, allí donde era de día y donde era de noche, que se ahogaba mientras él oía el agua que bajaba por el edificio, o bramaba encerrada en los tubos de los radiadores.

Adum no enciende la luz, sino que está sentado en la oscuridad, se abraza las rodillas y aguza el oído. Espera a que alrededor de las cuatro, a través de las puertas abiertas de los balcones, suenen los despertadores. Las que se despiertan son las mujeres que darán a sus maridos los primeros antibióticos matutinos, y luego los cardiotónicos y analgésicos y todas las medicinas que ayudan a las personas a mantener la agonía el mayor tiempo posible. Eso pensaba el profesor Adum. Y así lo decía en la sala de profesores, porque

Ivanka no quería escuchar semejantes tonterías, y así fue hasta que llegó el momento en que no pudo contarle nada a nadie.

Alrededor de las once, llamó el Cartero. Adum le abrió esperando algo. Pero el Cartero venía con las manos vacías.

–¿Ha sucedido algo malo?

–Ni idea... ¿Dónde?

–Pues aquí, a usted.

–No, Dios no lo quiera, ¿cómo se le ocurre?

–Había pensado...

–Venga, pase, ¿le apetece un aguardiente?, está usted pálido, un día difícil.

–No, sólo quería ver si estaba bien.

–¿Y por qué no iba a estar bien?

–Creía que el telegrama de ayer... Si necesita algo...

–¡Ahí va!, menos mal que me lo ha dicho, ni lo he abierto.

El profesor y el Cartero se sentaron en el balcón, el Cartero tomaba aguardiente, uno croata de hierbas, que quedaba del difunto Dominis, profesor de lengua y literatura que al jubilarse se había marchado a Jelsa, donde todos los años elaboraba aguardiente e introducía en él hierbas medicinales, hasta que un día se lo encontraron muerto. Se fue como Ivanka, en medio de galaxias, de eones y de macetas de pensamientos. El Cartero hacía ya diez años que bebía el aguardiente de hierbas de Dominis, y aunque el profesor le regalaba además una botella por Navidad y otra por Pascua, todavía no había llegado a la mitad, tantas eran las reservas que el difunto había dejado.

El profesor sostenía el telegrama delante de sí, extrañado.

–Tadija Melkior Adum, es cierto, era mi tío, y qué tío, el diablo en persona, el hermano mayor de mi difunto padre, Ilija Baltazar Adum, pero fíjese, yo tengo sesenta y seis años, soy un viejo, mi padre fue a reunirse con Dios hace cincuenta y dos, ¿cómo voy a creer que se acaba de morir su hermano mayor? ¡Que encima tenía cinco años más! Si calculo bien, mi difunto padre tendría hoy noventa y siete años, así que Tadija tendría ciento dos. Diga lo que quiera, pero pienso que alguien me está gastando una broma, o pretende sonsacarme algo. Ya sabe los tiempos que corren y las cosas que se hacen los hombres unos a otros. Hay que ser cauto, amigo mío.

–¿Cuándo lo ha visto por última vez? –preguntó el cartero.

–Es que ése es el problema. No lo he visto jamás. Los dos se pelearon a muerte un poco después de nacer yo, debía de tener unos seis meses. No fue sólo una riña, también se derramó sangre, se blandieron hachas y pistolas por las escaleras, y mi padre perdió el pulgar de la mano derecha en la refriega. ¿Se hace una idea de lo que es no tener pulgar? Es lo mismo que si se hubiera quedado sin mano, pero peor aún, porque tiene los cuatro dedos restantes que le recuerdan sin cesar que nada puede hacer con ellos. Sin pulgar no se puede hacer nada con los dedos. Así mi pobre padre raspaba las paredes de la cocina con las uñas hasta que sangraban. Ese pulgar perdido lo mató. Murió como un perro sólo

porque no sabía qué hacer con los dedos. Si su hermano le hubiera cortado los dedos restantes, habría vivido veinte o treinta años más.

—¿Por qué se pelearon?

—No lo sé, en casa no se hablaba de ello.

—¿Y hablaba de él alguna vez?

—Sí, claro. Contaba que durante la Primera Guerra Mundial, ese invierno de 1915, el peor, cuando se quedaron sin madera, mientras el abuelo luchaba en Galitzia, se calentaban bajo el edredón. Ponían las plantas de los pies uno contra las del otro y hacían la bicicleta con las piernas. Así, en bicicleta, recorrían el camino hacia América, solos los dos, pero jamás llegaban a esa América suya porque se dormían a mitad del trayecto. Aquel invierno muchísimos niños se congelaban en la cama y a ellos, más que el edredón de plumas y las mantas, los salvó pedalear. Cuando su madre, mi abuela Anka, les dijo que no podían ir a América en bicicleta porque la bicicleta se hundiría en el mar, ambos cayeron enfermos, cogieron la difteria, sufrieron fuertes toses y no se sabe qué más, por poco se mueren. Por suerte había llegado la primavera. Eso era lo que mi padre contaba del tío Tadija. También, en otras historias, Tadija era un niño cariñoso y un buen hermano mayor que lo protegía del mundo y con el que pedaleaba hasta casi alcanzar América.

—¿Y no contaba lo que había sucedido más tarde?

—No. Jamás.

—Es raro que nunca lo mencionara ya de adulto.

—Sí lo mencionaba. En general en maldiciones e insultos. Quiera Dios que se le sequen los ojos, quiera Dios que todos los dedos se le conviertan en pulgares, quiera Dios que una uña se le encarne en la lengua y en esa cosa entre las piernas... Así decía mientras raspaba la pared con las uñas. Y el pobre no era capaz ni de imaginar una maldición como es debido, sino que farfullaba, sin orden ni concierto, sólo tonterías que no asustarían ni a los niños. Pero que raspaba la pared, sí, la raspaba concienzudamente, hasta que dejaron de crecerle las uñas en la mano mutilada. Y en cuanto a mí, tuvieron que pasar varios años hasta que comprendí a quién le lanzaba las maldiciones. Mientras contaba las historias infantiles sobre su hermano mayor, jamás mezclaba en ellas al adulto Tadija Adum. Igual que en las historias sobre Tadija el diablo, nunca se acordaba de su hermano Tadija.

—¿Y su tío se interesó alguna vez por usted?

—Por lo que yo sé, no. Y si lo hizo, mi madre no me lo dijo. Murió hace cinco años, sin apenas haberlo mencionado más que dos o tres veces. Cada vez que iba a la residencia de ancianos a visitarla durante esta última guerra, siempre que en las noticias de la televisión aparecían imágenes de Sarajevo, ella se limitaba a decir: Ah, el viejo diablo ha tenido lo que se merecía, ¡Dios existe!

Ella se santiguaba y a mí parecía sacudirme una corriente eléctrica. La televisión

muestra las calles ensangrentadas de una ciudad, y mi madre da gracias a Dios por ello. No es fácil.

–No lo es, ¡diantre! –corroboró el Cartero, y se sirvió otro aguardiente de hierbas.

Estaban sentados en el balcón en pleno mediodía, aunque el sol ya no quemaba, agosto tocaba a su fin y entraba esa estación del año, ni verano ni otoño, que más benigna es para el hombre.

Después de que el Cartero mirara el reloj, se levantara y, con la retahíla quejumbrosa que suele pronunciarse a guisa de despedida, se dirigiera hacia la puerta, el profesor Adum cerró los ojos, se hundió en la hamaca y volvió la cara al sol. Podría haber seguido tumbado hasta la noche y no habría tenido ni frío ni calor. Se oían las voces del patio del colegio, unos chicos jugaban al fútbol, uno gritaba: Saša, Saša, no jodas, Saša; como en una película de la Resistencia en la que hasta el final no se sabe si Saša es un hombre o una mujer. Desde el mercado de Utrina llegaba el olor a *čevapi* y a gasolina, en algún lugar en medio de la calle resoplaba un camión encajonado, no tenía suficiente espacio para maniobrar, y eso inquietó al profesor, porque su viejo Volvo estaba aparcado delante del supermercado y a menudo los camiones daban la vuelta allí.

Se levantó y miró abajo. Desde el decimosexto piso debería verse todo, pero no conseguía distinguir de dónde procedía el ruido del camión. Y el Volvo estaba oculto tras los árboles.

Se puso los zapatos, se miró el bigote en el espejo y salió fuera. Esperó un buen rato el ascensor y esto también lo irritó un poco. Delante de la casa unos niños amontonaban botellas vacías.

–¡Viejo chocho, viejo chocho! –le gritó uno. El profesor se dio la vuelta y los niños comenzaron a reírse. Ha sido éste, éste, se señalaban uno a otro con el dedo. Había unos diez, quizá más, como si en el colegio los hubieran enviado a recoger botellas. Los miró y quiso decirles que si no les daba vergüenza, pero no pudo pronunciar palabra. Boqueaba como una carpa en el acuario de una pescadería hasta que soltó:

–Me cago en la madre que os parió.

Su propia voz lo asustó, quizá lo había oído algún vecino, así que se volvió y corrió hacia el otro lado. Oyó a los críos reírse. ¿Eran chicos o chicas, o una mezcla de ambos sexos? Era raro que en los últimos tiempos no advirtiera esas cosas.

El Volvo estaba aparcado igual que lo había dejado hacía dos días al regresar del centro. De color naranja, pintura original, fabricado en 1975, nunca había tenido un golpe, ni otro dueño... El año anterior había intentado venderlo, pero cuando un granuja le ofreció doscientos euros por él renunció y retiró los anuncios. Tenían que darle al menos tres mil o cuatro mil euros. Era un coche bueno, en el que se podía confiar, que nunca te dejaría tirado. Lo había cuidado todos esos años: cada seis meses le hacía una revisión completa, controlaba el aceite, no lo sacaba del asfalto, ni había corrido con él a más de ciento treinta... El Volvo podría alcanzar los ciento sesenta, e incluso ciento setenta, pero el profesor sostenía que un coche es como un buen caballo, que a buen

trote puede recorrer medio mundo, pero al galope sólo se le puede forzar si tu mujer va a dar a luz o si estás en peligro de muerte. El profesor nunca había estado en peligro de muerte, y la señora Ivanka, que Dios vele por su alma, no podía tener hijos, de manera que no había puesto el Volvo a más de ciento treinta, lo había conducido siempre al trote, y lo había mantenido treinta años, y un año más. Y ahora, viejos y fatigados, el hombre y su automóvil estaban uno frente a otro, al primero lo atrae ya sin remedio la gravitación de la tumba, mientras que el segundo, según dicen, no vale más de doscientos euros, casi lo que cuesta llenar dos veces el depósito de gasolina, tanto como necesitó en 1975 para llegar hasta Estocolmo, la Venecia del norte, adonde el profesor y la señora Ivanka fueron invitados por la tía de ella, la tía Silva, viuda del *feld-marechal* Pozaić, cuyo nombre no podía mencionarse en las cartas, porque en una fotografía de un desfile militar habían visto cómo, a lomos de un caballo blanco y con el sable desenfundado, daba parte a Pavelić en nombre de los militares croatas de Soča y Pijava, oficiales austrohúngaros retirados, ancianos de setenta y ochenta años, a los que el *Poglavnik*, el caudillo croata, les había hecho el honor de incluirlos en la reserva del ejército croata o como se llamara entonces, y durante la existencia de aquel infausto Estado, nunca más volvió a aparecer en ningún lugar el viejo Pozaić en uniforme, ni en las cercanías de los *ustachas*, pero cuando se oyó que llegaban los partisanos, la tía Silva se asustó mucho de esa única fotografía, publicada en la primera página del *Spremnost*, el periódico *ustacha*, y obligó al anciano a partir al exilio hasta Suecia, a Estocolmo, donde el *feld-marechal* murió en los años sesenta, ya centenario, después de lo cual la tía Silva había empezado a añorar su Zagreb natal, pero no se atrevía a volver, aunque nadie la culpaba de nada, sino que invitaba a sus sobrinos, gracias a Dios muy numerosos, a que la visitaran en Estocolmo, y los acogía en un piso grande y luminoso, junto al canal por el que nadaban patos y otras aves acuáticas, que atisbaban por la ventana, como si quisieran verificar que había invitados del lejano sur.

Se detuvo delante del supermercado, mirándolo y pensando cómo era posible que no valiera más que la gasolina hasta Estocolmo. Ninguno de esos coches caros que ahora circulaban por Zagreb llegaría hasta Estocolmo, sino que a mitad de camino se recalentarían, se quedarían tirados en medio de Alemania, se descuajaringarían en medio de la autopista, y éste que, con toda seguridad, incluso ahora podía llegar hasta el Polo Norte, no valía casi nada. Sólo un coche viejo tiene menos valor que un hombre viejo. Así es la vida. Era una pena –pensaba el profesor– que nadie hubiera escrito esta frase en un artículo de periódico, o mejor aún en un libro, porque se recordaría como una verdad incuestionable, una de las diez o quince verdades incuestionables de la vida.

Estaba ligado al Volvo como al último amigo, pero igualmente quería deshacerse de él, porque le recordaba algo que lo asustaba, y cuyo nombre ignoraba. Aquel 1975, cuando ante la estupefacción de toda la sala de profesores compró un flamante Volvo, que entonces no se podía permitir ni un delantero del Dinamo ni el escultor que hacía las estatuas de Tito, Karlo Adum contaba treinta y cuatro años. Con el dinero que pagó en

aquella época podía comprarse una casa en Šestine o dos chalés en la isla de Hvar, pero no le importó, era joven, y mientras el hombre es joven tiene que conseguir que sus deseos se hagan realidad; el suyo era ese Volvo. Con la madurez ya conduciría otros coches, más baratos y que consumieran menos combustible, siempre y cuando hubiera salud y no ocurriera nada grave; ya se hartaría de conducir todo y de todo, tal como habían empezado las cosas el hombre se instalaría en la Luna, así que, si Dios lo quería, conduciría autos lunares...

No se le ocurrió ni por asomo que llegaría a la vejez con el Volvo y que enterraría a los suyos acompañado por él. Ésa era la sensación que tenía: con el Volvo había enterrado a su madre, y al hermano de su madre, Antun, y a Ivanka. Tenía la idea fija, absurda como cualquier idea fija, pero inamovible, de que su vida podía volver a tener un sentido, no sabía cuál, si lo vendía y compraba otro coche. Sería la señal de que la vida no había terminado al cumplir treinta y cuatro años.

En realidad, al profesor lo entristecía algo que habría alegrado a cualquier otro.

—¡Oiga, tener durante treinta años un coche que no se avería! ¿Se habrá olvidado Dios de los mecánicos?... —se reía a carcajadas el Cartero cuando el profesor empezaba a fantasear sobre un coche nuevo y las carencias metafísicas del viejo.

Ya avanzada la noche, Karlo Adum se sentó en la cocina y leyó el telegrama. Después de leerlo volvió a empezar palabra por palabra, silabeando el texto que ya se sabía de memoria, incluido el nombre del que lo firmaba: doctor Jozo Sunarić, abogado. Quizá ese nombre era una trampa. Había un Jozo Sunarić cuando se creó la primera Yugoslavia; llegó a Zagreb en marzo de 1918, a la reunión de políticos de todos los países eslavos del sur bajo la corona austrohúngara. Ése también era abogado, y también de Sarajevo. Veintitrés años más tarde, cuando se formó otro Estado, Pavelić lo proclamó su segundo, pero al cabo de tres meses lo destituyó, y desde entonces no se supo nada más de Sunarić. ¿Era posible que viviera hoy día en Sarajevo un abogado del mismo nombre y apellido? Y si no, ¿qué mensaje le estaba enviando a él, profesor de historia, el que así firmaba?

Por la mañana temprano empezó a telefonar. Llamó a información, al cabo de un buen rato se oyó una voz femenina, descortés como el socialismo, con un fuerte acento bosniaco. Preguntó cómo se llamaban los periódicos que se publicaban en Sarajevo, si existía todavía *Oslobođenje*. Le respondió fríamente que *Oslobođenje* se editaba a diario y le enumeró otros tres, el profesor no entendió los nombres, pero no osó preguntar de nuevo. Dijo gracias y adiós, y ella le respondió con un a sus órdenes, como una camarera de Busovača en los años cincuenta y pico después de ponerle delante una brocheta de carne con cebolla.

Llamó a *Oslobođenje* y preguntó si, diecinueve días atrás, había sido enterrado en Sarajevo Tadija Melkior Adum. Una voz masculina al otro lado del hilo soltó una risa breve.

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

—Podría mirar en la documentación.

–¿En qué documentación? Esto no es el depósito de cadáveres.

El profesor colgó, y de nuevo llamó a información para pedir el número del depósito.

–No hay ningún abonado con ese nombre –fue la respuesta, y antes de que pudiera hacer una nueva pregunta la comunicación se cortó.

Luego telefoneó también a la embajada de Croacia, al seminario católico, al convento de San Ante y a la empresa Pokop, la funeraria que probablemente se encargaba de los entierros de los católicos de Sarajevo. Otra vez respondió una voz femenina con el mismo acento, igual de fría, pero esta voz, a diferencia de la anterior, introducía las características palabras croatas que en todas partes del mundo, y no iba a ser menos en Sarajevo, pronunciaban las personas que, a saber por qué razón, mientras hablaban eran conscientes de hablar precisamente croata y ningún otro idioma.

–Nosotros sólo damos esa información a los parientes cercanos, y usted, según afirma, es hijo de un hermano, su sobrino por parte de padre, querrá decir, bueno, seguramente dice la verdad, a su tío lo enterraron en el cementerio Vlakovo, el 10 de agto –decía la voz, pronunciando la palabra agosto en la variante croata con una extraña satisfacción, como si disfrutara porque las ortigas le hubieran picado la lengua.

Hacia las diez y media, el profesor se vistió y descendió a la planta baja para que el Cartero no se le escapara. En cuclillas, al lado del portal, esperó acariciando al gato gris que hacía ya varios días merodeaba alrededor del edificio. Evidentemente pertenecía a alguien, pero no sabía regresar a casa, o una persona lo había llevado allí en coche desde el otro extremo de la ciudad y lo había abandonado. Pero no parecía preocupado. Guiñaba los ojos, erguía la cabeza bajo los dedos de Karlo, que lo acariciaban por el cuello, digno y seguro de sí mismo, como si supiera bien dónde estaba su casa, y por eso miraba el mundo un poco desde las alturas. Ésa es la diferencia entre gatos y perros, o entre gatos y personas: no se preocupan cuando los abandonan o cuando se hallan en un mundo extraño.

El profesor se alegraba de verlo de nuevo. Alguna vez acabarían matándolo, alguien le daría una patada y le rompería la espina dorsal o un coche lo atropellaría, después de lo cual a Karlo Adum le remordería la conciencia. Se preparaba para ese sentimiento.

El Cartero llegó hacia las once.

–Si puede, venga a verme.

–Todavía tengo que ir a la plaza de Meštrović y a Barburičina, tardaré un buen rato.

–No importa, lo esperaré.

–Podríamos vernos mañana, no trabajo.

–Quizá es mejor hoy, sí, mejor hoy –dijo el profesor, confuso por sus propias palabras. Nunca habría dicho nada igual y ahora le había salido sin más–. Perdón, en realidad no tiene que hacerlo. Venga si le da tiempo. Incluso debería ir yo al centro, así que...

–Vendré sin falta –lo interrumpió el Cartero. Las tapas de los buzones con apellidos

falsos y de personas muertas tintinearón. Era el día en que llegaban las facturas del agua y de la recogida de basuras.

Hacía ya un buen rato que había pasado el mediodía cuando se sentaron en la terraza, a la mesa baja de camping, uno frente a otro, como si fueran a empezar una pelea. El profesor sirvió aguardiente de hierbas en dos vasitos de cristal; ¿y esto a qué se debe?, ¿celebramos algo?, preguntó el Cartero, habituado a los vasos desportillados vulgares y corrientes que Adum había sustituido por esos otros minúsculos, comprados hacía tiempo en Florencia, adonde también lo había llevado el Volvo; la señora Ivanka no había podido ir con él porque tenía que viajar a Viena para asistir a la celebración de las bodas de oro de su tía Flora y de su *onkel* Simon, y Karlo le había comprado en Florencia un sombrero como el de Anna Magnani y esos vasitos de licor que, como decía Ivanka, para llenarlos bastaban las lágrimas derramadas mientras se cortaban dos cebollas pequeñas. Solía usarlos en Navidad, en Pascua de Resurrección o el Día de la República en lugar de los vasos normales en los que cabía más líquido, y por eso el Cartero había deducido que para el profesor esos días eran de ayuno, pues ni te dabas cuenta de haber bebido algo, tan sólo tenías la sensación de haber olido dos o tres hierbas dálmatas y ya te imaginabas el ciprés meciéndose sobre tu propia tumba.

–He decidido ir. Da igual de qué se trate, tengo que ir –dijo el profesor.

–Buena decisión. Aunque no haya una herencia, y yo creo que la hay, porque quién iba a bromear con semejante telegrama, en Sarajevo no lo conocen a usted, quién iba a buscar la dirección si no; quizá le resulte útil ese tío suyo.

–Mejor no esperar nada útil del diablo.

–Con lo inteligente que es usted, profesor de historia y todo, y filosofa como una vieja de mi pueblo.

–Pero quiero preguntarle algo –susurró el profesor–, ¿no tendrá una pistola?

El Cartero se echó para atrás un poco y carraspeó. Quería decirle que no tenía una pistola, pero de una manera que no diera lugar a la ambigüedad, ni para él, ni para el que quizá estuviera escuchando, ni para los satélites americanos; que no tenía ninguna pistola, que no la había tenido en 1991, ni en los años posteriores, ni una pistola ni ningún arma de fuego, y mucho menos un fusil normal o de francotirador; la sola idea de que alguien pensara que uno de Tršić, de Serbia, pudiera tener un arma podía costarle la vida. Incluso quince años después, la pregunta suponía una amenaza.

–Pues claro que no, ¿de dónde iba a sacar un cartero una pistola? –se rió alto y fuerte para que lo oyeran los satélites americanos.

–¿Y podría conseguirla?

–Por supuesto, en Correos. Reparten pistolas a los que compran más de cinco felicitaciones de Navidad. Además, necesita un permiso.

–Para tener un permiso hay que esperar mucho, y yo necesito la pistola mañana.

–¿Para qué?

–No se haga el loco.

El Cartero agachó la cabeza, se quedó mirando el vasito vacío a la espera del momento de poder marcharse.

–Es que es muy importante para mí, a quién le voy a pedir que me ayude si no es a usted –dijo el profesor.

El Cartero callaba, pero no se sentía indiferente: nadie podría serlo si una persona que no es un familiar ni un allegado se te confía poniéndote en un compromiso.

A las ocho de la noche el profesor tenía su pistola. Marca Crvena Zastava, año de fabricación 1966, en buen estado y bien engrasada. Se la trajo un hombre entrado en años, alto y ceñudo, de pelo canoso y bigotes negros y poblados, que se presentó como Domagoj. ¿Cuánto le debo?, preguntó el profesor. A mí nada, contestó el hombre, se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. ¡Oiga, por favor!, gritó tras él, sujetando la pistola en la mano. ¡Escóndala inmediatamente!, masculló el hombre, y el profesor, sin despedirse, se metió corriendo en la casa. Esperaba que nadie lo hubiera visto.

Amontonó las cosas en la maleta de cuero de Ivanka. Puso dos trajes, todas las camisas blancas que tenía, diez corbatas, los zapatos del teatro. Si lo registraban en la frontera no sería sospechoso con tantas corbatas. Ni siquiera en Irán registrarían a un viejo que viaja con diez corbatas, cada una con un distintivo: Universiada 1987, Campeonato de Atletismo de Split 1990, Telecomunicaciones Croatas, Rade Končar, Fuerzas de Defensa Croatas... Ésta la volvió a guardar en el armario. Un anciano que viaja con una corbata de las paramilitares Fuerzas de Defensa Croatas es sospechoso. Metió también un montón de calcetines, dos toallas –le repugnaban las toallas de los hoteles, a saber si estaban bien lavadas–, los útiles de aseo y, al final, por si acaso, un jersey grueso.

Puso la pistola debajo de la cama junto con el pasaporte y los zapatos y se acostó.

El profesor Karlo Adum se sorprendió porque estaba soñando. No había vuelto a soñar desde su juventud. O desde su infancia. Estaba sorprendido en su propio sueño mientras recorría las calles de una ciudad desierta en la que nunca había estado despierto. Como en una película en blanco y negro, las fachadas parecían decorados, y todas las ventanas estaban tapiadas. Maldita sea, gritó el profesor en sueños, podían haber hecho ventanas decentes ya que hacen una casa de cartón. Y luego, para demostrar lo frágil que era todo, dio un puñetazo con todas sus fuerzas a la pared.

Sintió un dolor intenso, como si se le hubiera roto cada hueso de la mano, incluso los más diminutos, pero no despertó. Le dolía en el sueño y quería despertarse, pero su deseo no se cumplía.

–¿Para quién han construido estas casas con las ventanas tapiadas? –preguntó el profesor.

–Para los hombres, hijo, como todas las casas –le respondió la Voz.

Al principio no la reconoció. Se paró en medio de la calle, se olvidó del dolor y se acordó de quién era la voz.

–¿Dónde estás? –preguntó.

–¡Qué cosas tienes, hijo!, ¿cómo que dónde estoy, si no existo? ¿Estás mal, te duele el pecho? –se preocupó la Voz.

–¿Y hay alguien ahí?

–Pues claro, hijo, el mundo está lleno, hasta los topes, a punto de reventar.

–¿Dónde está la gente?

–Aquí, ¿es que no la ves? –la Voz sonaba de nuevo preocupada.

El profesor no sabía qué hacer, y apoyó la oreja en la pared de la casa. Y, en efecto, oyó voces: el llanto de un niño, una mujer y un hombre que reñían, el ruido de la cisterna, el gorgoteo de los radiadores. El Cartero conversando a gritos con la señora Naumovski: ¿Tiene noticias de su hermana de Kičevo?, ¿qué dice de los pimientos rojos de este año, habrá *ajvar*?

–¿Cómo viven dentro sin ventanas? –preguntó, pero ya no estaba la Voz para responderle, sino que se oyó el eco de un mundo vasto y vacío, de una ciudad en la que nadie vivía ya, de un prado y un bosque que se prolongaban más allá de los suburbios y de un mar que en algún lugar lejano se convertía en un océano por el que no navegaba ningún velero porque no había hombres que lo timonearan.

Entonces se oyeron los cascacos de un caballo golpeando como un martillo para carne sobre la tabla de madera, y tras ellos llegó un chirrido escalofriante, tan escalofriante, pensó el profesor, que un simple mortal tendría que despertarse.

Llegó un carruaje. Dos caballos, uno blanco y otro negro, tiraban de una carroza fúnebre lacada en negro, uno de los ejes estaba partido, chirriaba la rueda que en cualquier momento iba a romperse.

Los caballos se detuvieron delante del profesor, que acarició la grupa del blanco y atisbó bajo el terciopelo negro. En un ataúd también negro refulgía un crucifijo de plata con un Cristo también de plata, tan bien labrado que se le veían las arrugas alrededor de los ojos y de la boca. Jesús sonreía al profesor.

Lo que hay que ver, pensó, mira que hacer de plata auténtica algo que se va a pudrir en una tumba, es más, en un mundo en el que ya no hay vivos...

Aferró con las uñas el crucifijo e intentó arrancarlo de la tapa, pero ésta se deslizó y el profesor Karlo Adum se encontró cara a cara con el difunto. En traje de etiqueta negro –comprado a plazos en Nama en 1987, el día en que debía dar una conferencia sobre el aniversario de la llegada de Tito al frente del partido–, camisa blanca bien planchada, corbata negra, en la que también en negro estaba estampado el monumento de la Madre de los Croatas, del escultor Ivan Meštrović, que le había comprado Ivanka el verano de 1971, el mismo día en que Savka había pronunciado su discurso en la Plaza de la República en Zagreb, una insignia de los Correos Croatas en la solapa que unos días antes, a modo de broma, le había regalado el Cartero, yacía en un ataúd el profesor Karlo Adum y no respiraba –lo que más le preocupó mientras se miraba sorprendido. Al verse ahí, muerto, entendió por qué no había nadie en la calle.

Las nueve y media. Saltó de la cama y se puso de inmediato los pantalones. A la pata

coja saltaba por el cuarto, como un soldado cuando suena la alarma. Un soldado fronterizo, en un puesto fronterizo con Bulgaria, a finales del verano de 1968. Suena la sirena y él en vano intenta introducir una pierna en la pernera vuelta del revés, el alférez Kosta Strajinić grita que los búlgaros han disparado con una ametralladora, han disparado, la madre que los parió, y han matado a Šarko, el perro, ¡qué les habría hecho el pobre animal!; al mismo tiempo la radio anunciaba que los «ruskis» habían entrado con los tanques en Praga; habían entrado, sí, mal rayo los parta, pero que lo intenten en Belgrado, allí estamos nosotros para detenerlos, así que vístete, estamos en alerta, hatajo de reclutas, alarma, los búlgaros nos han matado al perro...

El profesor había querido despertarse a las seis para estar ya a las seis y media en la autopista, pero el sueño le había jugado una mala pasada. Mientras se vestía, se lavaba y se afeitaba, se cambiaba de camisa porque la que llevaba la había manchado con espuma de afeitar, ya eran las diez. Media hora más tarde llegaba al puesto de peaje. Entonces se acordó de que había olvidado el pasaporte y la pistola debajo de la cama. Dio la vuelta en mitad de la carretera y ante los asombrados policías y los coches que esperaban en la fila, regresó a Zagreb.

Aparcó delante del edificio. Era lunes, la gente estaba en el trabajo y había mucho sitio para aparcar, no había nadie salvo las palomas, y el *cocker spaniel* de Poparić, su vecino, un juez de instrucción jubilado, perseguía a los pájaros, ladraba y se daba importancia. El profesor corrió hacia el inmueble para no encontrarse con Poparić y no tener que explicarle adónde iba.

Era un día bonito, como lo son los días en los que un hombre tiene que ir a algún lugar y preferiría quedarse. Delante del rascacielos vecino había aparcada una ambulancia, en el portal olía a leche quemada, por el espejo del ascensor goteaba un escupitajo. Todo el que se mirara en él se vería cubierto por un escupitajo. En la pared, junto al espejo, una pegatina con la fotografía de Nuestra Señora de Bistrica rezaba «Dios bendiga esta casa».

Cogió la pistola y el pasaporte y, mientras cerraba la puerta, por primera vez pensó que nunca más iba a volver. Está bien, es normal que se le ocurran estas cosas a un hombre que lleva una pistola, se consolaba el profesor.

La guardó junto con el pasaporte en la guantera. Lo hizo maquinalmente, tal como se hace en las películas. Quizá todavía no se lo había reconocido a sí mismo, pero el profesor Karlo Adum se sentía en cierto modo importante. Y al menos había rejuvenecido diez años. Al salir del edificio bajó las escaleras de un salto, cosa que no había hecho al menos en las dos últimas décadas, pero no condujo más deprisa: hasta salir de la ciudad a sesenta, en la autopista a ciento diez, porque si él esa mañana era, en efecto, más joven, el buen y viejo Volvo seguía siendo igual de viejo. Por él había escogido esa ruta. O al profesor sólo le parecía que era por eso.

En la gasolinera del desvío para Ivanić llenó el depósito. Según iba hacia la caja, se le pasó por la cabeza que no había cerrado el coche. No temía que alguien se lo robara,

pero podían abrir la guantera –a menudo la gente guarda allí objetos de valor, gafas de sol, teléfonos móviles, monederos–, encontrar la pistola y denunciarlo a la policía. El profesor se tomó en serio la posibilidad de que el ladrón que desvalijara el Volvo mientras él pagaba pudiera denunciarlo por la pistola. Más tarde, al reflexionar sobre el asunto, se dio cuenta de que era una estupidez, porque los delincuentes no denuncian a la gente a la policía ni les resulta chocante que alguien lleve una pistola en el coche. Y a saber cómo se cotizaba en los bajos fondos una Crvena Zastava de 1966, tal vez era un arma buena y valiosa, una pistola para auténticos sibaritas, para tipos como el difunto Toni Glowatzki o Relja Bašić.

Mientras tendía su tarjeta Diners al hombre gordo y entrado en años enfundado en un grasiento mono de trabajo que llevaba la inscripción INA, y el tipo suspiraba malhumorado porque habría preferido cobrar en efectivo, el profesor se imaginaba en uno de los papeles del actor Relja Bašić, sacando del bolsillo interior una pistola en lugar de la cartera, y diciendo con esa voz pausada, como salida del disco de un gramófono de un anticuario de la calle Ilica: ¡Esto es un atraco, le ruego que haga el favor de poner todo el dinero en el mostrador! O como lo diría un sibarita: ¡A ver esa pasta, señor mío!

Mientras el profesor imaginaba la escena, el gasolinero seguía suspirando y resoplando, porque la máquina no conseguía leer la tarjeta, y él quería a toda costa que el anciano que tenía delante advirtiera sus resoplidos, que le reprochara su rudeza o que dijera cualquier cosa, y así estallar finalmente y desahogarse con contundencia con alguien. Los tiempos son difíciles y peligrosos, hay que cuidar a quién le gritas: o es un delincuente y te muele a palos, o es un tipo importante y pondrá una reclamación; en cualquier caso estás jodido si se te ocurre abrir la boca. Pero ese pobre e insignificante jubilado con un Volvo de los setenta no es ni un delincuente ni un pez gordo. Prácticamente no es nada, podría tumbarlo de un soplo, todo lo que hace lo hace por última vez, en algún lugar se está cavando la tumba en la que yacerá.

El gordo tiró la tarjeta sobre el mostrador y poco faltó para que saliera volando por el borde para caer al suelo, y el profesor Adum se vio a sí mismo con toda claridad disparando al hombre que con los brazos en alto retrocedía precipitándose a través del cristal, mientras él, paso a paso, con el rostro de Relja Bašić y los bolsillos llenos de dinero, se alejaba hacia el Volvo.

–Adiós.

–Adiós y buen viaje –respondió maquinalmente el gasolinero. Al cabo de uno o dos minutos ya no se acordaría del viejo de la tarjeta Diners.

A ambos lados de la carretera pasaban los postes del telégrafo, los campos de maíz y lúpulo, las casetas de peón caminero en las que hacía tiempo, antes de la guerra, se exhibían anuncios de Ei Niš, una empresa electrónica del sur de Serbia, y todavía se vislumbraban las letras de la publicidad subversiva y hostil. Al acercarse a las casetas, el profesor Adum aminoraba la velocidad a noventa, leía y deletreaba el nombre, y se asombraba de que nadie salvo él mismo se hubiera dado cuenta del anuncio de una

fábrica que ya no existía y de televisores que se habían fundido hacía mucho; junto a la carretera se erguían altas chimeneas en naves industriales grises con los cristales de las ventanas rotos, parcelas infinitas de hierba crecida y de rastrojos podridos a punto de arder al sol del verano tardío, había también postes de alta tensión en los que aparecían dibujados rayos rojos que recordaban a los oficiales de las SS en un documental de la BBC, y de nuevo postes de telégrafo, uno tras otro, o quizá eran también de alta tensión, pensaba el profesor, pero antiguos, de antes de la guerra, porque quién necesitaba hoy en día el telégrafo, si ya nadie se acordaba de usarlo. En el aparcamiento al lado de la carretera había tres camiones con remolque, con rótulos en la cubierta de lona y grandes medias lunas rojas. El profesor experimentó un escalofrío de desagrado. Pensó en los hombres que probablemente dormían en las cabinas, bañados en sudor y sin afeitarse, el pelo negro grasiento, de sueño ligero, dispuestos a despertarse al menor ruido, porque estaban acostumbrados a dormir y a viajar así para alimentar a la mujer y a los siete hijos en aquel Estambul suyo, o en Ankara o en Esmirna.

Mientras imaginaba a estos turcos dormidos, ese día por primera vez el profesor Karlo Adum pensó que él también estaba de viaje. Sintió un ligero vértigo y que el estómago se le revolvía un poco. Tragó saliva y decidió pensar en otras cosas.

Se acordó de 1948; era mayo, todavía no se había fundido la nieve en las cumbres de las montañas, cuando viajaba en autobús hacia la costa. El autobús era de color verde oliva, con inscripciones a ambos lados en letra gótica negra, recubiertas con cal a través de la cual asomaban las lanzas de las palabras alemanas, feas y amenazantes. Lloraba cuando su madre lo llevó justo delante de ese autobús. Le rogó que lo dejara en cualquier otro, en la estación medio destruida había cinco autobuses más, y a todos subían niños a los que habían traído sus padres, pero sus lágrimas y súplicas eran en balde. ¡No me crees problemas!, lo arrastraba con rudeza hacia la puerta mientras a él se le helaba la sangre al mirar las letras. Estaba convencido de saber exactamente adónde podía llevarlo semejante autobús. La madre lo sentó al fondo del vehículo, lejos de la puerta, para que no tratara de escapar y seguirla, luego le dio un beso breve y seco en la mejilla y se marchó. Su madre, Cica, Josipa Adum, de soltera Stambolija, costurera y modista, salón Mona Grazia, calle Aleksandrova 54. Eso era lo que le había enseñado a decir en caso de que se perdiera. Más tarde, cuando él pronunciaba las palabras «modista» y «salón Mona Grazia», ella le daba un sopapo y le decía que era un bruto, que nunca aprendería nada y que todos iban a acabar en la cárcel por su culpa. Era pequeño, muy pequeño, todavía había disparos en las colinas de los alrededores y se oía el eco de los bombardeos ingleses, y él no comprendía por qué de repente no podía decir modista, ni por qué su madre le daba un sopapo ante la mención de Mona Grazia. Hacía sólo unos meses, o unos días, ayer, como quien dice, esa semana en la que el domingo de la Epifanía el obispo Ivan repartía entre los niños bombones envueltos en papel brillante con la efigie del *Poglavnik* Pavelić, lo había besado cuando recitó todo sin respirar, desde mamá Cica hasta Mona Grazia, diciéndole: «¿Quién es el orgullo de su mamá, quién es el pequeño

Duce de mamá, su ángel de la guarda, el *Führer* de mamá?»). Se oían risas sonoras en alemán y piernas masculinas enfundadas en altas botas negras recorrían el parqué, que olía a petróleo, mientras su madre les tomaba las medidas del ancho de los hombros y el largo de las piernas y decía con voz apenada: cuando regrese a Zagreb, querido coronel Spitzer, apreciado general Mrkonjić, *mein lieber Freudenreich*, acuérdense de una desolada Mona Grazia, perdida en esta sombría provincia oriental. Para Karlo, esa época tenía el sabor del chocolate y el olor del petróleo.

Y justo cuando fue lo bastante mayor como para no acordarse más del chocolate, y lo bastante inteligente para que en la retahíla «mamá Cica, Josipa Adum, de soltera Stambolija, costurera, Artesanía Popular, calle Titova, 54» nunca, ni siquiera en sueños, se introdujera e intercalara una de esas palabras por las que se podía perder la vida y tras las cuales quedaba en la boca un sorprendente sabor de metal, justo entonces, recordaba el profesor Adum, mientras el Volvo surcaba la llanura panonia y Zagreb quedaba atrás, en el resplandor del mediodía y del olvido, lo despertó su madre una mañana, antes del alba, y lo llevó a la estación de autobuses, al viejo y feo autobús verde oliva con las letras góticas apenas ocultas por una capa de cal cuarteada.

Se había sentado con la frente apoyada en el cristal de la ventana y gemía quedamente. Al otro lado estaban las madres, pero no mamá Cica. Ella se había marchado sin mirarlo siquiera. Las madres decían adiós con la mano a sus hijos y en él ni se fijaban, o cada una pensaba que era hijo de otra de las presentes. Casi sesenta años después caía en la cuenta de que quizá era así, de que no lo habían ignorado deliberadamente. Entonces le había parecido que las demás sabían que se había quedado solo, que su madre se había marchado y no iba a volver, mientras ellas estaban allí y se quedarían hasta el final, para agitar la mano al despedir a sus hijos, igual que las madres croatas de las dos religiones, católica y musulmana, en la estación de ferrocarril, acompañadas del obispo Ivan y de tres *hoyas* despedían en la estación de ferrocarril a los paladines que partían a defender Europa de la peste asiática en las puertas de Stalingrado. Todas madres orgullosas de sus hijos.

El autobús con las letras góticas transportaba a aquellos que debían morir.

Todavía hoy día se estremecía al evocar el pensamiento que lo acompañó las diez horas que duró el viaje, los peores momentos de su vida, cuando con siete años recién cumplidos, en ese viejo cacharro alemán, botín de guerra designado para el uso de la sección de pediatría del Hospital Popular, creía que estaba condenado a muerte.

A su alrededor en el autobús no había más que niños, en general más pequeños que él, de enormes cabezas hidrocefalas rapadas al cero y caras con un malsano color rojizo. Todos se parecían entre sí, como si fueran hermanos, miradas vacías y bocas entreabiertas, los ojos oblicuos como los mandarines chinos borrachos en el libro ilustrado sobre la guerra del opio, editado en Zagreb, en 1944, que su madre le daba para que se entretuviera cuando tenía mucha fiebre y cuando ella salía tarde por la noche porque ya no podía seguir escuchando a su padre, que blasfemaba y maldecía y raspaba

la pared con las uñas sanguinolentas. Algunos niños se pusieron a aullar cuando un joven rubio y pálido, con gafas de montura redonda, apenas más alto que un enano, puso el autobús en marcha e hizo sonar el claxon en señal de despedida. Otros se acurrucaron en los asientos rajados y sucios y se taparon la cara con las mugrientas cortinas amarillas, esperando quizá desvanecerse si no veían el mundo a su alrededor. También hubo quienes empezaron a soltar unos gritos absolutamente inhumanos, que no cesarían hasta el final del viaje, sin que por ello los monitores se inquietaran lo más mínimo. Sólo si alguien chillaba demasiado alto, o si daba la impresión de que se iba a levantar de su sitio, el monitor lo golpeaba con una correa de cuero fino y brillante, una suerte de látigo improvisado, que restallaba sobre la carne desnuda encima de las rodillas, justo bajo el borde de los pantalones cortos, después de lo cual el gritón gemía sorprendido por el dolor, pero ya no era tan ruidoso.

Uno de éstos estaba sentado al lado de Karlo. Tenía ojos de estar dispuesto a cualquier cosa. Cuando no gritaba, Karlo temía que lo zurrara. Y era más corpulento y gordo que él, aunque no mayor. El monitor ya le había dado un par de veces con la correa en la pierna desnuda, y cada vez faltó poco para que Karlo también recibiera el golpe. En la piel del chico surgieron dos serpientes rojas, una sangraba en un extremo, y ambas estaban rodeadas por venitas violáceas y capilares rotos. En las siguientes horas, las serpientes crecieron y treparon por la pierna del niño y del rosa rojizo pasaron a adquirir un aterrador color morado oscuro, como las bandas y vueltas en la capa pluvial del reverendo Sabol.

Pensó que si gritaba también le darían un zurriagazo en las piernas.

Y varias veces aspiró como si fuera a gritar, pero no se atrevió. Contempló sus muslos delgados, con las marcas de suciedad y sudor de las manos que se secaba en ellos, y pensó con temor cómo en el momento de dolor y de explosión todo cambiaría.

Y ahora, mientras conducía con la pistola en la guantera, podía gritar tanto como le viniera en gana. El autobús había desaparecido, no estaban los niños que viajaban en él, ni los dos monitores, ni Serjoža, el conductor rubio no más alto que un crío de siete años, que por los cañones profundos y aterradores a lo largo del río verde, en las curvas y en los túneles por los que el autobús a duras penas pasaba, cantaba a voz en cuello apagando los gritos de los pequeños:

–Oh, Marijana, mi dulce y pequeña Marijana...

El profesor Karlo Adum se estremeció y pisó el acelerador. A noventa kilómetros de Zagreb, incluso en pleno verano y por la tarde, siempre hay un poco de niebla y humedad. El desvío para Novska está cerca, ahí se halla Jasenovac; a unos cuantos kilómetros de la autopista está el monumento de piedra blanca y gris en forma de flor, y la senda que conduce a él es de traviesas de ferrocarril. Aquí, hacía sesenta y cinco años, se había fundado un campo de concentración. Cuando Karlo nació ya estaban contruidos los barracones. A la edad de cuatro años sabía decir: Mamá Cica, Josipa Adum, de soltera Stambolija, costurera y modista, salón Mona Grazia, calle

Aleksandrova, 54. Y a la pregunta de: ¿Cómo que calle Aleksandrova?, sabía que debía contestar: Calle del Doctor Ante Pavelić, 54, y alzar el brazo derecho blandiéndolo como un sable que cortaba el aire. Crecía e iba ganando en sabiduría y todos los días de su vida en ese campo la gente moría asesinada. Hasta el cuarto cumpleaños de Karlo, no pasó un solo día sin que allí mataran al menos a un hombre. Su pequeña vida se redimía, día tras día, con esas muertes. Su madre, entretanto, cosía hacendosa, y su padre se peleaba amargamente consigo mismo, arañaba la pared con los cuatro dedos de la mano derecha y no trabajaba. La madre le había hecho a Karlo un pequeño uniforme negro y le había puesto botas negras, y él daba pasos solemnes por el Mona Grazia, mientras olía a petróleo y de los bolsillos de los oficiales caían chocolates. También cantaba a voz en grito canciones de caballeros y héroes. Pero el pobre no cantaba muy bien. Si hubiera cantado mejor, habría obtenido más chocolatinas.

Se acordaba con claridad de su pequeño uniforme, gracias al cual el salón de su madre tenía más trabajo que el de enfrente, que antes había pertenecido a Judas, uno que había traicionado a Cristo, según le había enseñado ella, y hoy pertenecía a la hermana del capitán Sabrihafizović, la cual no le gustaba nada a su madre, que decía que era turca y no croata, porque las croatas no tenían el pelo tan negro, ni los labios gruesos ni los ojos rasgados. Oh, qué bello sería el mundo y qué felices seríamos todos si enfrente no estuviera esta Sabrihafizović que irritaba y ponía de tan mal humor a mamá, de manera que ya ninguna declamación la alegraba, ni tampoco se alegraba cuando Karlo marcaba el paso delante del *colonnello* Luigi y el italiano, riendo, le daba unas palmadas en el culo y Karlo sentía cierto placer y dulzura por el cuerpo, en los brazos y en las piernas, incluso en la entrepierna, y seguía marchando solemne, pensando que en cuanto aprendiera italiano le diría al *colonnello* que con la Sabrihafizović había que hacer lo mismo que con Judas, pues seguramente ella también había traicionado a Cristo, a lo que había que añadir que enojaba a mamá Cica.

Absorto en sus pensamientos, ni siquiera advirtió que se había hecho pis por culpa de las palmadas del *colonnello*.

Pero ya no había ni *colonnello* ni Mona Grazia ni aquellos buenos tiempos en los que la vida era tan sencilla porque se reducía a marchar por el parqué que olía a petróleo y a saludar vestido con el pequeño uniforme negro y las botas que le había hecho el zapatero Tučan. Llegaron los tiempos oscuros, y él acabó en el autobús entre cincuenta cabezas iguales, cincuenta hermanos feos y babosos, la mayoría de los cuales no sabía ni cómo se llamaba, por lo que llevaban colgando del cuello una tarjeta con su nombre, unos lloraban, otros aullaban, y a cada poco se oía el restallido de la correa sobre los muslos; su vecino ya era la tercera vez que recibía el golpe, dos serpientes más se enroscaban por sus piernas, las venas se le rompían. Bajo la piel corría la sangre azul y violeta mientras el cabezón gemía y sollozaba, se atragantaba y jadeaba entre lágrimas, parecía que se iba a ahogar, con las serpientes sangrantes y azuladas que se mordían la cola en la selva de

Ruyard Kipling sobre las rodillas nudosas del idiota que no tenía inteligencia alguna, pero que sentía el dolor como cualquiera.

Al principio le parecía que el autobús olía a petróleo, como el Mona Grazia, y le gustaba, disfrutaba del olor, mientras imaginaba que la correa también caía sobre él. El hombre daba un correazo rápido, sin mirar dónde y cómo golpeaba, pero la mujer se acercaba, ordenaba severamente: ¡Aparta las manos, roñoso!, inclinaba un poco las caderas y golpeaba con un movimiento de la muñeca, esperando con curiosidad el instante en que el cuerpo del chico saltaba y se encogía, como si se hubiera electrocutado, y luego empezaba a quejarse de dolor. Ella pegaba más fuerte que su compañero, el restallido que se oía era más sonoro y las serpientes eran más gruesas y sanguinolentas. A Karlo no lo asustaban esas palabras: ¡Aparta las manos, roñoso!, cuyo significado ignoraba, pero las recordaría toda la vida.

Y luego el autobús dejó de oler a petróleo, a Karlo le dolía la cabeza y el olor ya no le gustaba, sino que le revolvió el estómago, igual que en ese momento, mientras pasaba con el Volvo al lado de Jasenovac y todos le pitaban al adelantarlos porque iba muy lento, se arrastraba como un caracol, apenas a cincuenta por hora, y tenía la impresión de que nunca había visto con tanta nitidez lo que había sucedido aquel día en el autobús que llevaba a los niños enfermos desde Sarajevo hasta la costa.

Recordaba cada detalle, cada forma, cada olor. Reconoció el olor de la gasolina y el terrible hedor del sudor infantil, que le traían a la memoria, sesenta años después, el hambre, el pan mohoso y el aguachirle con pimentón y dos patatas para cincuenta bocas, el sudor que irradiaba el alelamiento de cachorros humanos deficientes mentales que según la justicia divina habrían sido devorados tiempo atrás si hubieran sido cachorros de león, de tigre o de cabra, porque sus madres los habrían compadecido, pero que como eran de la especie humana no había compasión para ellos, antes bien, en cuanto gritaban recibían un buen correazo, y la comunidad socialista los enviaba a la playa para que no murieran por azar de una enfermedad en medio de la nieve, la contaminación o la niebla, porque tenían que estar sanos y seguir gritando para que, en virtud de la justicia y de las leyes humanas, pudieran continuar cobrando su salario los que los golpearían hasta la muerte.

Al llegar ante la vasta superficie marina, Serjoža empezó una canción nueva –¡Oh mar profunda, tristeza mía!–, Karlo no pudo aguantarlo más y vomitó sobre el cuello del niño que estaba sentado delante, el cual comenzó a gritar a pleno pulmón. Aullaba de tal manera que todos se asustaron y callaron. A diferencia del resto, no gritaba como un niño, su grito era el de un viejo al que hubieran mantenido la cabeza bajo el agua y ahora acabara de liberarse. Su voz contenía todo el horror de un condenado a muerte. Aunque era un deficiente mental, por su barbilla resbalaban continuamente las babas y estaba envuelto en pañales como un lactante porque no controlaba sus necesidades, gritaba como si tuviera la vida detrás y se acordara de todo.

El monitor llegó corriendo, gracias a Dios, pensó Karlo, antes de ver un relámpago y

tener la impresión de que le arrancaban la piel a tiras, ¡gracias a Dios que no es ella!, mientras ella, la monitora, de pie delante del idiota, chillaba:

–¡Aparta las manos, roñoso!

¡Aparta las manos, roñoso!

¡Aparta las manos, roñoso!, y seguía golpeando porque él no dejaba de gritar ni quitaba las manos, sino que intentaba defenderse de los latigazos cada vez más fuertes.

–¡Déjalo, mujer, no ves que es un tarado, que no te oye! –trataba de calmarla su compañero.

Las tres noches siguientes, Karlo durmió en una gran sala helada, en una villa de antiguos patricios de Dubrovnik, rodeado de niños retrasados mentales que padecían de bronquitis y que, igual que en el autobús, no hacían más que llorar y aullar. El cuarto día, una joven doctora rubia que se llamaba Klara Stein le preguntó cuál era su nombre.

–Karlo Adum –respondió.

–¿Cómo se llaman tus padres?

–Papá Ilija y mamá Cica, Josipa.

–¿Y el apellido? –preguntó confusa la doctora.

–Pues Adum, como yo. Mamá antes se apellidaba Stambolija, pero luego se casó con mi padre. Mi abuela Marica se sigue apellidando Stambolija, porque antes su apellido era Ilijašević. Así son las cosas si eres mujer: tienes un apellido y recibes otro completamente diferente cuando te casas. ¿Tú estás casada?

–No –contestó Klara.

–¿Es porque no podrías acordarte de otro apellido? No es difícil, basta con pensar que no eres tú, que es tu marido, y así lo recuerdas con facilidad –instruyó Karlo a la doctora.

Esa noche ya no durmió con los retrasados mentales. La doctora se lo llevó a la ciudad, paseó con él por Stradun, la calle principal, le preguntó por su padre y su madre y, pensativa, desvió la mirada. Lo invitó a un helado y fue con él a otra villa de patricios que también estaba llena de niños, pero éstos no lloraban ni gritaban. Los chicos se peleaban y había niñas que hacían pasteles de arena. No había monitores que pegaban con la correa de cuero. En tres semanas sólo un chico, de nombre Savo Mesarević, se ganó un cachete de la monitora porque rompió una ventana con la pelota.

Karlo nunca supo por qué mamá Cica lo había metido en el autobús con letras alemanas en el que viajaban los niños incapaces de hablar. Sólo cuando se hizo mayor comprendió que debía de haber sido un error, que nadie le había dicho a su madre que en ese autobús iban los niños retrasados mentales. Ella no había pretendido comprobar si él era idiota, imbécil, cretino, mongólico, como Karlo creía a veces, su madre no había querido castigarlo por haber tardado en borrar de su cabeza las palabras «modista» y «Mona Grazia», y porque no olvidaba lo feliz que había sido cuando llevaba el uniforme negro con los seis botones de gala de los oficiales y marchaba como la guardia de asalto

de Jesucristo antes de partir a la batalla decisiva contra el ejército asiático de Josif Stalin y sus secuaces judíos.

Al profesor Karlo Adum se le ocurrió que regresaba a Sarajevo al cabo de más de medio siglo, por lo que redujo aún más la velocidad. Mientras se arrastraba así por la autopista, en ningún momento reparó en que podía cambiar de opinión y dar media vuelta. Era el fin, le parecía, hacía tiempo que había llegado el fin, ya cuando se jubiló y cuando murió su Ivanka, y su vida se había convertido en la espera de la muerte, en la nada. Y puesto que no había muerto, quizá ese telegrama podía cambiarle la vida, el extraño e increíble telegrama en el que el doctor Jozo Sunarić informaba a los tres herederos (los nombres indicados entre paréntesis) de que «en Sarajevo, ha fallecido cristianamente Tadija Melkior Adum, jubilado, y según el testamento que ha dejado en poder del abajo firmante y que ha sido compulsado ante el Juzgado Municipal, su presencia en la lectura de las últimas voluntades es al mismo tiempo requisito indispensable para el reparto del legado no especificado. El día de la apertura del testamento lo establecerá el abajo firmante, según el acuerdo especial con el Sr. Adum, que se adjunta con el testamento y que también ha sido compulsado ante el mismo juzgado, y después de que los tres herederos lleguen a Sarajevo, o alguno de ellos por comunicación verbal o escrita confirme que no acudirá, renunciando así a la herencia, o de que en un plazo razonable no se haya comunicado mediante telegrama o de algún otro modo con el abajo firmante, y éste, en virtud de ello, concluya que renuncia a la herencia.»

Si se trata de un timo, pensaba el profesor Adum, no lo lamentaría demasiado, pero tampoco vendería barato su pellejo, al contrario: si en Sarajevo intentaban robarle se defendería con todas sus fuerzas. Sin embargo, si no era un timo, y si Tadija Melkior Adum, su tío y bestia negra de la familia, había vivido realmente más de cien años y le había legado algo, entonces la herencia no podía ser despreciable. Era un hombre cruel y no había lamentado la pérdida del dedo de su hermano, pero antes de presentarse ante Dios quizá pensó que podría redimirse, y eso no se hace con dos o tres mil kunas, sino con cantidades mucho más grandes, en opinión del profesor. Sería suficiente, esperaba, para comprar un coche nuevo, para poder librarse del buen y viejo Volvo, pues, a pesar de todo el cariño que le profesaba –y en este mundo no tenía nada más querido que ese coche–, le recordaba su propia ingenuidad y su juventud dilapidada. Lo había aprisionado en ese papel de profesor de historia a la edad de treinta y cinco años en un tiempo del que debía salir, como todos los demás, como todos los croatas y católicos él también debía liberarse y empezar a respirar. Y aunque muriera ya al día siguiente, al menos lo haría como un hombre libre.

Lo único que lo asustaba verdaderamente mientras conducía dejando a un lado la salida de Nova Gradiška era no saber qué aspecto tenía Sarajevo, cómo era en realidad esa ciudad. ¿Lo reconocería alguien por el apellido e intentaría vengarse? No sabía nada de Sarajevo, aunque lo había visto en las fotos de la prensa y en la televisión, sobre todo

durante la guerra, a pesar de que pronunciaba su nombre cada vez que cualquier funcionaria en una ventanilla o un policía le preguntaban por su lugar de nacimiento, pero tampoco entonces el profesor pensaba que se trataba del Sarajevo real, de la ciudad bosnia real, sino que la palabra le parecía un código o una contraseña, sin verdadero contenido ni significado, que había que pronunciar para demostrar que era exactamente él, Karlo Adum, profesor de historia, con su título de magíster conseguido con un trabajo sobre George Washington y su presencia en los textos croatas del siglo diecinueve; pronunciaba la palabra Sarajevo como se pronuncian por la megafonía de un aeropuerto los nombres de cientos de ciudades, de manera profesional y fría, sin pensar que esas palabras podían importarle algo a alguien.

Lo asustaba la idea de que Sarajevo fuera diferente y de que pronto tuviera que enfrentarse a las diferentes formas de esa existencia. Eso era lo único que tenía en la cabeza. A la altura de la salida de Nova Gradiška, Sarajevo era como el miedo a la muerte.

Se detuvo delante del restaurante de la gasolinera. Aparcó el coche de modo que pudiera verlo a través del cristal, titubeó un poco y al final se guardó la pistola en el bolsillo. Un verano, tal vez el de 1981 o el de 1982, pero sin duda después de la muerte de Tito, Ivanka y él veraneaban en Trpanj, en la península de Pelješac. El Volvo estaba aparcado delante de la casa en la que habían alquilado una habitación; era en una casa particular, *Zimmer frei*, una *camera obscura*, en realidad, con vistas a una roca volada con explosivos donde debería haberse construido un aseo, pero el dueño, el señor Miho, había enfermado y todo se había ido al traste, oh, qué perra es la vida, qué perra... Y de esta manera durante siete días se despertaron con vistas al pedrusco minado, en vez de al mar, como prometía el anuncio del periódico *Večernji list*. Al octavo día los despertó la dueña golpeando aterrorizada la puerta: Virgen santa, pobre de mí, qué engendro del diablo... Gritaba cosas sin sentido, una tras otra. Karlo se levantó de la cama y salió corriendo en calzoncillos de la habitación, la mujer se apartó de un salto, pronunció unas cuantas plegarias apropiadas, y al momento él estaba fuera, al lado del Volvo, que tenía una luna rota, y en el asiento del copiloto una mierda humana bien enrollada y aplastada. Seguramente el ladrón se había enfadado por no encontrar nada que robar. Ese mismo día regresaron a Zagreb. El Volvo apestaba al aroma de frutas tropicales del ambientador, e Ivanka lloraba sin parar.

–Imagínate lo mal que lo pasan los desgraciados de Camboya –intentaba consolarla–, los han expulsado y no les han permitido llevarse nada. Y habían vivido en esas casitas doscientos o trescientos años.

–¿De verdad tanto? –se rió entre lágrimas Ivanka.

A partir de entonces se acordaban de los refugiados de Camboya cada vez que se sentían desgraciados.

Así que el profesor Karlo Adum cogió la pistola y se sentó en el restaurante, junto a la puerta, donde había cuatro mesas para los que no deseaban comer. Se acercó la

camarera, una mujer alta y morena, con una calentura en el labio superior –el nombre correcto era herpes, pero el profesor prefería calentura–, y le dijo que estaba en un autoservicio y que era inútil que estuviera allí sentado, que podía seguir así cien años, pero nadie le serviría nada.

–¿Y quién me guardará el sitio si me levanto? –preguntó él.

–¡Aquí no se guardan sitios! –respondió ella enfadada, mientras el profesor observaba la calentura que se inflaba visiblemente dando la sensación de que iba a reventar en cualquier momento.

–Me ha picado un mosquito –dijo ella–, esta mañana, temprano, antes del alba. ¿No me crees?

–Te creo.

–No me crees, no me crees, lo sé –se rió la mujer.

–¿Por qué no te iba a creer?

–Porque tiene pinta de ser como el sida, ¿no? Igualito que el sida.

–Yo no sé de esas cosas.

–Claro que sabes, cómo no vas a saber. Todos vosotros lo sabéis, sólo fingís no saberlo. Anda, dime qué tomas. Te lo traeré, aunque no es mi trabajo.

–Un café, muy largo. Y un agua mineral con gas.

–¡Y qué más! ¡Agua con gas también! Ya te he dicho que no es mi trabajo, sino que lo hago como un favor.

–Bueno, entonces sin el agua con gas.

–Yo soy Kata –dijo al volver con el café y el agua mineral–, simplemente para que sepas quién te ha hecho el favor, que no se te olvide. Kata, ¿te has enterado?

–Sí, Kata.

Una fila de turistas polacos con bandejas azules y amarillas en las manos se deslizaba delante de los mostradores acristalados del autoservicio, en los que humeaban las especialidades nacionales croatas sacadas de las ollas, de los hornos y de los microondas. Dos autobuses con matrícula de Cracovia estaban aparcados a la salida de la gasolinera, los chóferes se habían quedado al lado, fumando mientras vigilaban. Vestían uniformes verdes, como oficiales de algún ejército antiguo. Era evidente que tenían tiempo, esperarían tanto como fuera necesario, no había prisa, Polonia estaba lejos. Y los viajeros levantaban las tapas de vidrio y agarraban los escalopes a la vienesa, la *sarma*, la *pašticada*, la musaka, el *Grenadiermarsch*, los *čevapi* en aceite rancio y solidificado que se parecía a los ríos septentrionales congelados en el invierno de 1940, luego la *kalja* de col dulce, los *štrukle* hervidos y los *štrukle* fritos, el San Jacobo a la zagrebiense y el *Strudel* de guindas. Tomaban de todo un poco y lo colocaban ordenadamente en los platos, los había que se ponían en la bandeja dos o tres, porque en uno solo no cabían todas las especialidades croatas que en las últimas tres semanas en Vodice o Rogoznica tanto les habían gustado a estos polacos. Y ahora –después de demorar la vuelta a su patria con una excursión a Međugorje, Mostar y Sarajevo–, agarraban con avidez aquel

poco de Croacia que aún se les ofrecía al precio miserable de cuarenta kunas por persona, en aquel restaurante de camino hacia Cracovia y Varsovia, de camino hacia el íntimo tormento de otro invierno al que había que sobrevivir y a lo largo del cual había que ganar lo bastante para poder volver al año siguiente a la playa, a Croacia, jah, nuestra bella Croacia!, donde los cálidos eslavos del sur sacan a primera hora de la mañana los trozos de sus vacas y cerdos muertos, hervidos y asados, y por séptima u octava vez los calientan al vapor, o en el microondas, en aceite rancio, o en sartenes con manteca de cerdo, y los ofrecen a sus huéspedes norteros como lo único que saben de sí mismos y lo único que, por lo general, puede ofrecerse como una suerte de sustrato del alma croata. Y los eslavos del norte, gracias a Dios, lo devoran, igual que lo devoran los alemanes o los franceses, porque ellos confían sin reservas en sus anfitriones, incluso cuando de la cabeza a los pies los cubre una urticaria causada por el aceite rancio o el cerdo macerado que se diría recién sacado de una fosa común, ésa a la que los serbios arrojaban a los croatas, o la otra a la que los croatas tiraban a los serbios; de todos modos eso les da igual a los turistas, porque además, a la vista del mar Adriático, la costa más bella y sinuosa del mundo, este paraíso en la tierra, ¿alguien se pararía a pensar en quién, durante la última matanza, había degollado más, si el serbio al croata o el croata al serbio? Por muy desinformados que estén y por muy poco interés que manifiesten ante los temas de la historia local, los veraneantes saben muy bien que los eslavos del sur, por su naturaleza, siempre ajustan las cuentas entre sí, y las deudas de sangre de hoy día las devolverán dentro de cincuenta años, igual que las de hace cincuenta años las han devuelto ayer. Y como la sangre nunca puede establecer un equilibrio, las matanzas entre los eslavos del sur, igual que el recalentamiento de los cerdos y vacas muertos de las especialidades nacionales croatas, jamás llegarán a su fin. En la larga y heroica historia croata nunca se ha tirado a la basura un escalope a la vienesa.

El profesor Karlo Adum observaba así la interminable fila de hombres y mujeres polacos, las piernas quemadas y despellejadas que asomaban por los pantalones cortos y los vestidos multicolores, los niños rubios llenos de costras, picaduras y moretones producto del veraneo en Dalmacia; los observaba pasar, felices y contentos, llenando sus platos, primero uno hasta rebosar y luego poniendo un segundo y un tercero en la bandeja, convencidos de tener suficiente tiempo para comerse todo, los eternamente optimistas polacos, la melancólica estirpe de Chopin, en la cola de un restaurante croata, en medio de la carretera entre Zagreb y Belgrado, en medio de unas circunstancias históricas que desconocían por completo. Desfilaban delante de Karlo Adum sin verlo, ignorando que tenía una pistola en el bolsillo y en la pistola seis balas, y aún doscientas más en la caja escondida en el doble fondo de la maleta de Ivanka; pasaban disciplinadamente los polacos, acostumbrados a que sus vidas no valieran demasiado y a que hay que contentarse con poco, iban y llenaban sus bandejas, sonrientes, con las miradas dirigidas hacia un futuro más feliz, marchaban contentos, porque nadie les prohibía nada, nadie les pegaba ni insultaba, igual que sesenta años atrás iban sus

abuelos, con los jabones en la mano y las toallas al hombro, para, después de una larga travesía en vagones de ganado, darse una buena ducha en los más modernos baños alemanes. El profesor los observaba, completamente fascinado por este orden, los observaba y no podía creer que estos polacos cayeran con tanta facilidad en trampas tan ingenuas, y además por segunda, tercera, por centésima vez en un siglo. Ahí están, ya mastican felices y satisfechos los escalopes croatas y devoran la *sarma* croata, mientras los anfitriones los miran maravillados desde un rincón y piensan que sus niños croatas se envenenarían con estos escalopes hechos hace quince días y quince veces recalentados, sin embargo, mira, los pequeñines polacos los comen y no les pasa nada. Si les sucediera algo, los padres no los traerían el año próximo, pero los traen, y los volverán a traer, año tras año, felices porque el comunismo ha caído y pueden visitar todos los veranos a sus hermanos del sur y comer sus especialidades nacionales, los *čevapi* y la *musaka*, en las que, como el espíritu polaco en Chopin y en Sienkiewicz, está contenido y consagrado todo nuestro espíritu croata. Aquello que según nuestra opinión nos caracteriza como croatas, de lo que nos sentimos más orgullosos y por lo que a cualquiera que lo cuestione le daríamos una bofetada, en realidad, nos convierte en pordioseros austriacos analfabetos y en turcos salvajes al mismo tiempo. El profesor Karlo Adum lo sabía muy bien, pero nunca se le había ocurrido decirlo. Porque, ¿qué haría si lo oyeran hablar así?, ¿cómo explicaría quién y qué es él para hablar de este modo de los croatas y de su espíritu nacional? No importa que sólo lo piense cuando se trata de la *sarma* y de los *strukli*, la más asquerosa de todas las especialidades croatas, una bazofia de pasta y queso de vaca malo y a medio cuajar, especialidad que tuvo su origen no en una de las regiones croatas, sino en el hotel Esplanade, porque, en general, tenemos identidad de botones y de recepcionistas; en el sentido histórico somos camareros que anhelan una buena propina, un *Trinkgeld*, un *bakshish*, ya lo ven, tenemos tres palabras para la misma cosa, y así también aceptamos el Estado desde siempre, como una propina generosa, primero de Hitler y luego, en una variante aún más grotesca, de Franjo Tuđman. Los croatas en los alrededores de Vukovar y en la Posavina bosniaca morían con el nombre de Tuđman en los labios y con la gratitud de un camarero en el corazón, pensaba el profesor Adum, pero no decía ni pío. Sabía lo caro que le podía costar una palabra pronunciada en un mal momento. Percibía la sensibilidad de los croatas, lo que por otra parte significaba que también él era un verdadero croata. Es intrínseco a la naturaleza del croata ser sensible y callar para no herir a otros croatas. Su consideración no tiene límites, por eso el profesor nunca diría en voz alta que la *sarma* es turca y serbia, que el escalope a la vienesa es austriaco, que el *Grenadiermarsch* y la *musaka* son el resultado de la transformación y mestizaje cultural, pero que en sí mismas no contienen absolutamente nada, pero nada de nada, que sea croata de origen, y que, por fin, en este mundo hay muy pocas cosas que lo sean, excepto, digamos, los *ustachas*, que sí son puramente croatas.

Desfilaba por el parque del Mona Grazia y cantaba la canción de guerra de los jóvenes

halcones del *Poglavnik*, y mamá Cica aplaudía alegremente marcando el ritmo...

Apuró el café y se quedó un rato más sentado, hasta que los polacos se levantaron de las mesas y, todos al mismo tiempo, se dirigieron a los autobuses. Siguiéndolos con la mirada, pensaba en sus estómagos. Pensaba que no es fácil ser polaco, porque entonces participas en todo y no puedes ver las cosas desde fuera, como el niño con su pequeño uniforme negro.

Arrancó el motor y luego guardó la pistola en la guantera.

Por muy despacio que condujera, Slavonski Brod estaba cada vez más cerca, y con ello la frontera que debía cruzar. No comprendía su miedo, en realidad ya no sabía qué lo asustaba, pero tenía que ir, no había posibilidad de regresar, porque no había dejado nada tras de sí, todo estaba muerto, o quedaba en el pasado, en algún engaño insignificante que se había destinado a sí mismo cuando una vez, antaño, no se había atrevido a hacer algo, y por eso ahora debía cruzar esta frontera, daba igual lo que pudiera suponer.

Un miedo nuevo y muy concreto lo embargó cuando se le pasó por la cabeza que los aduaneros o policías bosniacos le podían descubrir la pistola. Se acordó de una película americana sobre un turista al que sorprendieron en Turquía con un trocito de hachís en el bolsillo. No recordaba si era una película de ficción o documental, ni tampoco se acordaba de dónde había sacado el americano el hachís —el profesor era una de esas personas a las que difícilmente se puede convencer de que un hombre honrado y normal sepa, en realidad, lo que es el hachís—, pero recordaba bien su propio terror y su total identificación con el hombre que acabó encarcelado en Turquía, entre asesinos, violadores y pederastas turcos, entre leprosos y sifilíticos, sumido en una lengua extranjera, sin entender ni una palabra; el profesor había memorizado el horror del hombre que, rodeado de miles de personas extrañas, sentía una soledad ni siquiera comparable a la de Robinson y un infierno peor que aquel de azufre y fuego que Dios había destinado a los pecadores. Desde la perspectiva del profesor, el infierno de los turcos era peor que la muerte.

Si le encontraban la pistola, tenía que suicidarse en el acto. Pero ¿cómo iba a suicidarse si le requisaban el arma? Un sudor frío lo empapaba, conducía por la autopista apenas a cincuenta kilómetros por hora, a su alrededor pitaban y agitaban la mano conductores de rally desquiciados, lo adelantaban los alterados camioneros turcos haciendo sonar sirenas de barco de vapor, por todas partes bullía y ardía una Babilonia de verano tardío, sólo los conductores con matrículas de Belgrado y Novi Sad eran mansos y comedidos, no pitaban ni protestaban, sino que intentaban pasar tan desapercibidos como pudieran y alcanzar cuanto antes su frontera, para una vez atravesada volver a ser serbios, dueños de su tierra, bellacos que apestaban a aguardiente y a cebolla y pitaban a quien les daba la gana. ¡Mira qué pinta de castrados tienen estos serbios cuando se encuentran en suelo croata! Pero el profesor ya no se fijaba en ellos. Pensaba en cómo iba a suicidarse, cómo agarraría la pistola, la arrancaría de las manos

del aduanero y se dispararía en la boca. Se imaginaba los movimientos que haría para llevar a cabo este acto, la rapidez y la fuerza, y tenía la sensación de que quizá lo conseguiría, sobre todo si el aduanero no era un bosniaco demasiado fuerte.

Pero unos instantes después le parecía una ridiculez. Seguía asustado, empapado en sudor frío, pero se reía de la situación en la que un aduanero se lanzaba a registrar un coche de treinta años y al anciano que lo conducía. Y aceleró un poco mientras se desternillaba de risa.

Se detuvo en el peaje de la salida de Slavonski Brod. En Alemania, en la larga e interminable autopista que construyó Hitler antes de lanzarse a la exterminación masiva de judíos, mientras los británicos y americanos lo consideraban un amigo que los protegería del comunismo y del usurero semita, en esa autopista suya, en paneles viejos pero bien repintados con las letras estándar igualmente bien trazadas, se puede leer *Ausgang*. Cada desvío es un *Ausgang*, palabra alemana que no significa otra cosa que salida, pero cuya sonoridad contiene algo que se adapta tan adecuadamente al ritmo del viaje por la autopista que, en su opinión, en lugar de anunciar «Salida Slavonski Brod» debería poner «*Ausgang* Slavonski Brod». Así los conductores entenderían mejor el sentido de la autopista, de esa recta y larga vía al lado de la cual no se ve vida, una vía que los animales no cruzan corriendo, ni hay gatos ni perros atropellados, una vía limpia, gris y anodina, como el zen, como un *koan*, por lo que cada viaje es una suerte de ejercicio mental, una meditación y penetración en la experiencia del Espíritu Universal, en el transcurso del cual el hombre es una minúscula y casi insignificante brizna, que, ciertamente, en caso de accidente, deja tras de sí una mancha sangrienta considerable. Por ese Espíritu Universal Hitler construía tantas autopistas, para que cada alemán comprendiera cuanto antes lo insignificante que era ante la infinitud de la germanidad entera y para que, una vez hubiera salido por un *Ausgang*, tuviera en mente que lo único real e importante era lo que sucedía en el anonimato y la falta de presencia a lo largo de la autopista, mientras que todo lo demás, las escenas variopintas y el dolor de las experiencias vitales individuales carecía de importancia y era efímero. Se desvanecía antes incluso de haber ocurrido.

Delante de la caseta de cobro se había formado una fila de una veintena de coches. Como si estuviéramos en plena temporada turística, rabiaba el profesor Adum. Dios mío, ¿cómo habrá sido en julio y a principios de agosto?, ¿cuántas horas había que esperar entonces? Ah, la lengua es un milagro, continuó filosofando para sí mismo, todavía emocionado por la confrontación entre salida y *Ausgang*: cuando piensas en los calores estivales y te rondan por la cabeza la siega y los carros que transportan las gavillas, *srpanj* y *kolovoz*, los llamas así, pero cuando te imaginas la temporada turística o las caravanas de coches en las fronteras croatas, entonces los meses de *srpanj* y *kolovoz* se convierten en julio y agosto, porque en croata se llaman de las dos maneras. La lengua es inteligente por sí misma, se decía el profesor, admirado de su descubrimiento. Sabía que, en cierto modo, las palabras exactas que encajaban con el runrún de los coches eran julio

y agosto, mientras que *srpanj* y *kolovoz* eran palabras más acordes con la naturaleza y la ecología.

A la cabeza de la fila estaba un camión con remolque, y no se movía en lo más mínimo. De vez en cuando asomaba por la ventanilla la cabeza del conductor, indicaba algo con la mano al hombre de la caseta, ofreciéndole unos billetes que éste no cogía y otros inmediatamente después. A todas luces se trataba de un malentendido, o de una disputa; al profesor le interesaba lo que sucedía, le hubiera gustado bajarse del coche y acercarse a ver qué estaba ocurriendo, pero sabía que en el instante en que saliera la fila se movería. Algunos ya empezaban a tocar el claxon, así que el profesor también pitó dos veces. El claxon del Volvo sonaba un poco anticuado, más potente que el resto, contenía algo del tono de aquellos brillantes metales en las sinfonías de Gustav Mahler. En su bocina resonaban tiempos mejores y más sólidos en todos los sentidos, los cuales, según la opinión del profesor, habían empezado con la Belle Époque y la estética de los cafés vieneses, en el cambio de siglo, y habían terminado con las revueltas estudiantiles, en el verano de 1968. Después de ese verano las filarmónicas empezaron a desafinar y la industria automovilística europea a producir a destajo.

Había muchas otras cosas de las que el profesor culpaba al estudiantado.

El año en que las cosas empezaron a irle bien, o por lo menos eso le parecía, aquel 1975, cuando compró el Volvo, intentó obtener un puesto en la Facultad de Filosofía y Letras, en el departamento de Historia. Empezaría como asistente del profesor Ivkov, en la cátedra de Historia Moderna, y, como ya tenía el título de magíster, el asunto podía ir bastante rápido. Enseguida llegaría la docencia y luego la plaza de profesor titular. Ivkov era ya bastante mayor y su salud, frágil; con el hígado en estado de descomposición, tenía que dejar la cátedra a alguien de confianza. En esos momentos, en el otoño de 1975, sólo unos pocos años después de la Primavera Croata, nadie podía ser más digno de confianza que él. Miembro del partido desde el cincuenta y ocho, voluntario en las brigadas juveniles que trabajaban primero en la construcción de la autopista Belgrado-Niš y después en el drenaje de los suelos agrícolas de Macedonia, tomó la postura correcta en el sesenta y ocho y en el setenta y uno, y el camarada Šušnjar lo propuso personalmente para la Comisión Ideológica del Comité Central, donde resultó elegido por mayoría de votos... En aquel tiempo nadie tenía una biografía como la suya en Zagreb ni en toda Croacia, y el viejo Ivkov lo quería como heredero.

Cuando, sin ninguna explicación, le denegaron la plaza, y al constatar que todos aquellos a cuyas puertas llamaba en la facultad lo rehuían y evitaban, el profesor Adum fue a ver en persona al camarada Šušnjar, que en aquella época dirigía el SIZ – Comunidad de Intereses Autogestionada para la Cultura y Educación–, con la intención de indagar y pedirle que le explicara abiertamente, de camarada a camarada, de colega a colega –porque Šušnjar también era profesor en la cátedra de Sociología–, lo que había ocurrido.

Lo halló en el despacho, con las persianas bajadas y la lámpara de mesa encendida. En

el exterior hacía un día soleado, uno de esos días otoñales en los que Zagreb de repente deslumbraba con su resplandor de barroco, modernismo y vidrio, un brillo que, igual que una bombilla atrae a las polillas, atraía a los provincianos que, cegados por este Zagreb, morían por la causa nacional croata. Sin embargo, pese a que el mismo camarada Šušnjar también era provinciano, de Imotski o de más allá de la frontera, de Grude, ya en Herzegovina –nunca fue posible saberlo con exactitud–, la luz diurna de Zagreb a él no le agradaba demasiado. Estaba allí sentado con los ojos enrojecidos, unas enormes ojeras y la cara flácida, similar a un *bulldog*, con el labio inferior sobresaliendo colgante, característico en la imaginación del profesor de una persona procedente de las regiones antaño bajo el Imperio Otomano. Se sentaba en una silla tallada negra que había mandado hacer Isidor Kršnjavi para su trasero, pero como el culo de Šušnjar evidentemente era más menudo que el de Kršnjavi, y todo él en general era más pequeño, la silla le resultaba incómoda y, no obstante, no se movía, ni buscaba una postura más confortable, sino que mantenía con determinación la posición adoptada, convencido acaso de que un día, después de permanecer sentado por un largo periodo de tiempo, la silla podría volverse más blanda, porque se amoldaría a la forma de su cuerpo. Esta idea también hacía del camarada Šušnjar el perfecto ministro de Cultura.

Apoyaba los codos en la mesa, hecha a juego con la silla, quizá un poco alta para él, por lo que los hombros se le levantaban casi a la altura de las orejas, dando la impresión de que tenía joroba.

Pero no lo miraba con desprecio o superioridad, como a un insignificante profesor de enseñanza media. Trataba a Adum, como al resto de la gente, de igual a igual: en esto era un comunista coherente. Con Šušnjar se hablaba siempre abiertamente y él nunca abusaba de lo que había oído. No arrestaba a nadie, y podía hacerlo, salvó a muchos detenidos de penas de cárcel de muchos años, mientras que casi siempre encontraba empleos en bibliotecas municipales, galerías o teatros para los que salían después de cumplir condena. A uno que contaba chistes sobre los kilos de más de Jovanka Broz, la mujer de Tito, y que por eso acabó perdiendo su empleo de profesor de marxismo en una escuela, el camarada Šušnjar le consiguió un trabajo de apuntador en el teatro. Este caso se propaló entre muchas risas. Quizá fue ésa la razón de que le procurara el trabajo de apuntador. El camarada Šušnjar era una persona con humor, pero más que esto le importaba que todo el mundo lo considerara ingenioso y que incluso sus adversarios se rieran con sus bromas.

No se levantó cuando Adum entró en la oficina. Tenía agua en la rodilla.

–Ni cavando un pozo se encontraría una vena tan abundante como la de mi rodilla. Una vena de agua. ¿Sabías que también se llama venas a los conductos subterráneos por donde corre el agua? Probablemente no, tú eres un muchacho de ciudad.

–Lo sé, cómo no voy a saberlo, es igual que las venas de oro.

–¿Así que lees novelas del oeste?

–No jodas, no se habla de venas de oro sólo en las novelas del oeste.

–Míralo, trabaja en la enseñanza y dice palabrotas. Y encima le gustaría pasarse a la enseñanza superior, a la universidad. Tendrás que tener cuidado con tu lenguaje, la universidad de Zagreb no es una taberna de pueblo para poder unir «jo» con «das» así sin más.

–No me han elegido. Por eso he venido, para que me digas por qué.

–¿Que yo te lo diga? –se extrañó Šušnjar, el labio inferior le colgaba aún más, como si de su boca fuera a derramarse miel–, caramba, como si yo hubiera estado en la votación y pudiera decirte por qué no te elegí. Y aunque hubiera estado, tampoco te lo diría. ¿Acaso desconoces el derecho discrecional, la autonomía de la universidad para elegir a quien se le antoje? Querido mío, cuando se trata de seleccionar a alguien para un puesto docente, olvídate del Comité, del Politburó y del mismísimo Mariscal.

–Lo sé, lo sé, pero tú al menos podrías tener un barrunto del motivo por el que no me han elegido.

–¡Tener un barrunto, dices! Vaya poeta que estás hecho.

–Da igual, dímelo.

–¿Sabes de dónde proviene tu apellido? –Šušnjar se puso serio de repente.

–De alguna parte de Bosnia.

–De Travnik, para ser más exactos de Dolac, en las inmediaciones de Travnik, de donde viene también ese gangoso de Belgrado, Ivo Andrić, pero no es eso lo que me interesa, sino de dónde proviene etimológicamente el apellido Adum, ¿lo sabes?

–No lo sé, te lo juro –el profesor se mostraba cada vez más resignado, porque si había algo que no se le podía discutir a Šušnjar eran sus conocimientos de los apellidos y de su origen. Por el apellido de cualquier croata o serbio sabía de qué lugar procedía y en qué bando había estado su familia en la guerra pasada.

–Tú no eres un Adum, sino un Hadum, pero ya ves, la «h» se te ha perdido, igual que se les suele perder a los serbios, pero también a los croatas que empiezan a parecerse demasiado a los serbios, es decir, a los croatas de Bosnia. A saber por qué les molesta tanto la «h» a los serbios. Pero dejémoslo, nada cambia en lo esencial, seas Adum o Hadum, tú, apreciado Karlo, en realidad eres un eunuco o castrado. Ése es el significado de tu apellido, y ya que te interesa, pienso que éste es el motivo por el que no te han elegido. Me han dicho que los estudiantes no te querían. En la historia de la universidad, tú eres el primero que no ha sido elegido porque los estudiantes no te querían. Y es todo lo que puedo decirte, ya que insistes tanto.

Mientras Šušnjar hablaba, el despacho empezó a dar vueltas alrededor de Adum. Los óleos de Murtić y las esculturas de Radauš danzaban, igual que las persianas verdes a través de las cuales, diminutos como granos de arroz, penetraban los rayos de sol, la mesa negra, el tintero dorado con la pluma dentro, las obras completas de Krleža de la editorial Zora, el periódico *Politika* enrollado y metido en el bolsillo de la gabardina que colgaba en el perchero, diseñado, como el resto, según las ideas y órdenes de Isidor Kršnjavi.

A menudo pensaba, y se devanaba los sesos sobre lo que el camarada Šušnjar le había dicho en aquella ocasión. Había sido un insulto expresado a guisa de broma. Y él, en verdad, ignoraba que *hadum* quería decir eunuco. Lo comprobó más tarde en un diccionario de turquismos editado en Sarajevo, en el que, en efecto, ponía eunuco o castrado. Exactamente en el mismo orden en que lo había dicho Šušnjar. Cavilaba sobre lo que llevaba dentro o fuera para que el estudiantado se lo reprochase y el viejo Ivkov dejase de hablarle y Šušnjar lo tratara de eunuco. Pero también pensaba en algo que como insulto le parecía aún peor y más importante: el camarada Šušnjar sabía de sobra que Ivanka y él no tenían hijos, no obstante, sin un atisbo de miedo ni de vergüenza, lo había tachado de eunuco.

Esto lo atormentaría hasta 1990, y varias veces estuvo a punto de preguntarle a Šušnjar si más tarde había sentido arrepentimiento por haberlo tratado con tanta crueldad, pero no se atrevió, por temor a que pudiera salirle con otra respuesta cínica. Posteriormente, al cruzarse con él en la calle, en vez de saludarlo, el profesor Adum se limitaba a escupir a un lado, porque, en el momento de la caída de Vukovar, Šušnjar había declarado públicamente que en esta guerra el bando croata también tenía buena parte de culpa, facilitando así a sus antiguos camaradas, incluido el profesor, una retirada buena y segura. Al repudiarlo de manera abierta, podían afirmar que, en realidad, nunca tuvieron nada que ver con él. Cuando en 1996 Šušnjar murió, desplomándose en medio de la calle, abatido por un infarto, el profesor Adum contó por primera vez a alguien lo sucedido en 1975. Sin embargo, olvidó o intencionadamente falseó las cosas, resultando así que Šušnjar le había dicho que no lo habían elegido en la facultad porque los camaradas lo consideraban un eunuco. No mencionó el asunto del apellido. La gente que lo escuchaba en aquel año de 1996 quedaba horrorizada y el profesor se sintió alentado a contarle a todo el mundo la maldad de Šušnjar, pero siempre cuidando de que no llegara a los oídos de Ivanka. A ella la protegió también en aquella ocasión de su propio carácter.

Parado en la fila delante del peaje, detrás del camión con remolque causante de la cola, pitaba y admiraba la pureza del tono del claxon del Volvo. Como en *Titán*, la Primera Sinfonía, o aún mejor, como en la sinfonía *Resurrección*, a la manera de Mahler, violenta y ruidosa, sin el mismo arte, pero con la admiración del oyente, el profesor Karlo Adum pitaba con la ventana abierta y disfrutaba con la diferencia evidente entre su trompeteo y los horribles bocinazos de baquelita, los pobres gemidos de los caros e imperfectos bastardos de la industria automovilística postmoderna, en la que todo es cita y todo es réplica, pero el detalle, la particularidad y la personalidad entre tantas citas y tanto eclecticismo se tornan irreconocibles, como en un desfile del ejército chino.

Y mientras él hacía sonar su claxon, abrió la puerta de su coche un hombre alto, con cara caballuna y risueña como la de Ruud van Nistelrooy, se acercó al Volvo y le lanzó un insulto zagrebiense duro y difícilmente comprensible, del que el profesor sólo entendió:

—¡...te clavaré los espejuelos en los ojos si no paras!

Imaginaba cómo Van Nistelrooy levantaba los cascos hacia su cara, y cómo los cristales de las gafas se hacían añicos en sus ojos. ¡Combatiente voluntario, no hay duda!, pensó, ellos pueden hacer lo que les viene en gana, o empresario en ascenso, éstos rebosan autoconfianza.

Pero Adum guardó la calma, y no tardó mucho en volver a pitar, esta vez largamente, para que Van Nistelrooy lo reconociera y no lo confundiera por azar con otro, pero éste ya no se bajó del coche. Había dicho lo que quería, había insultado al hombre, y ahora era de nuevo pacífico. ¡Y, además, pacífico a la manera croata!, el profesor estaba hecho una furia.

Y ¿qué pasaría si sacaba la pistola y se aproximaba a su coche, tocaba con la culata en el cristal y le preguntaba qué quería decir exactamente con lo de los espejuelos? ¿Se refería a las gafas o a otra cosa? Si se trataba de las gafas, ¿de verdad creía que era adecuado amenazar a un viejo con romperle las gafas y clavarle los cristales en los ojos?

¡Se iba a enterar entonces el gran Ruud van Nistelrooy! Ya veríamos si le gustaba la pistola.

Por supuesto, no lo hizo, sino que se limitaba a fantasear y a deleitarse con las escenas imaginadas, y varias veces se le pasó por la cabeza que era una pena haber vivido la vida sin saber la diferencia entre un hombre con pistola y uno sin ella. Diferencia sobre la que, ahora lo sabía, podrían escribirse libros y libros. En realidad, todo lo que se había escrito alguna vez, incluidos los libros de historia, debería escribirse de nuevo desde el principio para la gente que lleva una pistola encima, oculta a los ojos de los demás, una pistola que ni siquiera debe dispararse ni mostrarse, lo importante es que esté allí, en el bolsillo, y que ofrezca seguridad a la hora de hacer juicios, que apacigüe los sentimientos y vuelva al hombre melancólico como un verso de Hölderlin.

Entretanto el camión por fin se había puesto en marcha, la fila empezaba a gotear con ritmo seguro y regular al otro lado de la barrera, se filtraba como una infusión, y cuando le tocó a él casi se le había pasado por completo el miedo a la frontera. Sabía que no lo iban a registrar, veía su propia cara en el retrovisor y creía que estaba protegido de los hombres de uniforme, porque se compadecerían de su avanzada edad. Si permanecía serio tenía el aspecto de un hombre de setenta años, bien conservado, sí, pero de setenta años al fin y al cabo. Mientras aún daba clases, los últimos dos o tres años, había padres que no creían que la ley no lo hubiera obligado a jubilarse ya, y protestaban por que un viejo senil repartiera insuficientes a sus hijos. Y encima, cuando sonreía, el profesor Adum aparentaba por lo menos diez años más y tenía la sensación de que al hacerlo se asemejaba al centenario peruano o boliviano que un equipo de la BBC había descubierto y proclamado el habitante más viejo del planeta.

En el paso fronterizo su cara se ensanchó en una sonrisa, como si estuviera viendo una escena enternedora en una comedia romántica y no supiera si echarse a llorar o prorrumpir en carcajadas.

La guardia fronteriza de bellos ojos y mejillas sonrosadas, una muchacha de Eslavonia

de apenas dieciocho años, se esforzaba por aparentar severidad, pero daba la sensación de que no le iba demasiado bien. Aturdida, observaba al anciano mientras sujetaba en la mano el pasaporte sin devolvérselo, como si intentara recordar la siguiente pregunta que debía hacerle. El profesor no se inquietó lo más mínimo ni cambió la expresión del rostro, sino que continuó riéndose con su inaudible risa de Matusalén, hasta que ella le tendió el librito azul y, tartamudeando, profirió:

–Tenga cuidado, pronto anochecerá...

¿Quién sabe lo que pasaba por la mente de la infeliz cuando se lo dijo?, quizá le recordaba a su abuelo, o a algún anciano de su pueblo, que había callejeado un poco por la noche, se había caído en una zanja y se había congelado porque era invierno. De todos modos, la guardia de frontera no le iba a confesar a nadie algo semejante. Pero era lo que parecía.

Conducía a través de un puente. Debajo corría el Sava, el mismo río que partía Zagreb en dos ciudades: la vieja y la nueva, y que había cruzado durante años cuando iba a trabajar en el colegio desde el barrio de Zapruđe. Alguna vez, pensaba entonces, se trasladaría a la ciudad vieja, allí donde viven los profesores universitarios, los políticos, los zagrebienses de nacimiento, allí donde, a fin de cuentas, viven los triunfadores. Y en eso pensaba en el otoño de 1975, cuando intentó convertirse en el asistente de Ivkov. Pero qué se le iba a hacer, no era su destino, y así se quedó viviendo en el gueto de los fracasados, donde viven los que vienen de provincias, aquellos que no van los domingos a los almuerzos de sus parientes, ni a las matinés teatrales, donde vive la gente que debe dar cuenta de sus convicciones incluso a sí misma cuando se acuesta por la noche, donde vive la gente que en los tiempos de Yugoslavia eran yugoslavos imperfectos, y ahora son croatas igualmente imperfectos, porque viven en ese Zagreb que está en la otra orilla del Sava, ese Zagreb que, en realidad, es una Yugoslavia en pequeño. Novi Zagreb es como un cementerio de bastardos que se halla fuera del recinto vallado donde están enterradas las almas bautizadas.

Pero ahí, en el puente, el Sava parecía distinto, más peligroso, más profundo y sucio. En la otra orilla, hacia la que él se dirigía, se veían edificios de varias plantas, grises y cochambrosos, ruinas entre las que crecían árboles, un paseo al lado del río sucio y abandonado, con farolas oxidadas y las bombillas rotas, plantadas allí evidentemente todavía en tiempos del socialismo. Así que eso era Bosnia. La escena le produjo escalofríos, pero tampoco era el fin del mundo. Estaba resignado a la idea de cruzar el río con la única cosa de valor que le quedaba en la vida y de la que quería liberarse, razón por la cual había emprendido ese viaje. Por un instante sintió pena por el Volvo, que por primera vez en sus treinta años iba a Bosnia, aquel país del que su madre lo había sacado cuando él tenía trece, sólo unos días después de la muerte de su padre, y al que, hasta hacía tres días, había creído que nunca más iba a volver, ni siquiera para una breve visita, una Bosnia que no recordaría y en la que no pensaría, porque de su memoria se había borrado todo lo que podía borrarse: su más tierna infancia y los años

posteriores, todo lo que evocaba en él el sufrimiento y la desgracia, el hambre y las enfermedades infantiles, las paperas, la difteria, la escarlatina, la tosferina, el sarampión, la varicela, Sarajevo hundido profundamente en la depresión del río, y las palabras de las que se habían escapado las vocales haciéndolas crepitar como amenazas y fragmentos de bombas explotadas. Le dio pena la máquina muerta de su viejo coche, porque al final de su vida automovilística tenía que recorrer la tierra de la que él había huido.

El aduanero bosniaco se parecía al ucraniano que en la frontera con Hungría lo había parado unos diez años atrás, cuando se dirigía en coche a Kiev, a una reunión en nombre de la amistad croato-ucraniana. Este ucraniano lo miraba con el odio gélido de un administrador de gulag, odio que no hizo más que aumentar cuando el profesor Adum le mencionó en su ruso cultivado la amistad croato-ucraniana. Todos los policías en los países desgraciados y pobres, en las dictaduras y oligarquías corruptas, se ponen nerviosos cuando se pronuncian palabras como amistad.

Por aquel entonces el ucraniano le había ordenado marcharse, como si fuera un perro apestoso, y ahora este bosniaco le preguntaba:

—¿Algo que declarar? ¿Destino? ¿Motivo del viaje? —evitando hábilmente palabras con las que se determina la forma de dirigirse al interlocutor, para no humillar la superioridad administrativa propia tratando a un viejecito de usted y de señor.

Hizo una señal con la mano, como si quisiera espantar a un moscardón, y de este modo Karlo Adum se halló en Bosnia.

Un camino de asfalto resquebrajado y fangoso llevaba a través de la ciudad. Delante de unos kioscos, armados chapucemente con tablones de obra, se vendían discos de música y películas. Los vendedores le hacían señas para que parase, con gestos de la mano le describían todo lo que ofrecían en sus puestos. Imitaban a guitarristas con instrumentos invisibles, dibujaban en el aire pechos femeninos muy grandes, más que grandes, y un anciano, visiblemente mayor que el profesor, apuntaba con el dedo el póster de Anna Nicole Smith clavado en la pared del kiosco y luego unía las manos como si rezase y dirigía la mirada hacia el cielo. Parecía que hubiera empezado a agonizar después de haber entregado su granja —su casucha de adobe en estas tierras yermas en el fin del mundo, el maizal podrido sembrado de minas antipersona— a esa asesina de hombres de la tercera edad, poseedora de una vulva que funcionaba como una máquina perfecta para la eutanasia. Anna Nicole Smith llega como un sustituto de la tradición del *lapot*: en los Balcanes, antaño, en las épocas malas, los hijos llevaban al bosque a sus padres ancianos y decrepitos y, cuando éstos menos se lo esperaban, los golpeaban fuertemente en la nuca con un martillo especial de madera, mientras que hoy llegan de América imágenes eróticas digitalizadas de esta mujer, que, está comprobado, dan mejores resultados que el *lapot*: matan de un modo más limpio e indoloro.

El profesor se fijó en el viejecito que rezaba delante del póster de Anna Nicole Smith. Hacía años que no había visto a un personaje semejante. Llevaba los bigotes largos de los tiempos de Vuk Karadžić, era menudo y de piernas arqueadas, vestía un pantalón

ceñido en las pantorrillas de color verde oliva y se tocaba con una *šajkača*, el gorro militar serbio, como si hubiera vuelto ayer mismo del frente de Salónica y ahora estuviera en la iglesia de su pueblo natal, delante del icono de la Virgen de las Tres Manos, agradeciéndole a la Madre de Dios que lo hubiera protegido de las enfermedades y de las balas germanas. Reflexionando un poco, el profesor concluyó que ni siquiera antes de la guerra había tales fisonomías ni tales individuos. Yugoslavia era un país rico en el que incluso los pobres tenían ya el aspecto de los pobres en Occidente y sus andrajos eran de ciudad y no de pueblo. Sólo en la monografía sobre Zejtinlik, el cementerio militar serbio en Salónica, o en los festivales de folclore de Guča se podían ver estos ancianos con el gorro militar.

Miró a su alrededor y se sintió protegido, como un turista checo un instante después de haber cruzado la frontera llevando de contrabando un centenar de latas de paté de hígado de cerdo que contribuirían a que su veraneo en la costa adriática le saliera más barato.

Pronto desaparecieron la ciudad y los kioscos de discos. En la orilla derecha de la carretera se alzaban las chimeneas oxidadas de una refinería de petróleo. La señal de tráfico, de acuerdo con la teoría y la práctica de la defensa popular general y de la protección civil, advertía que estaba terminantemente prohibido fotografiar las chimeneas.

En la maleza gris e impenetrable, una selva surgida de las malas hierbas, aparecían a cada cincuenta metros señales con calaveras avisando de que el terreno estaba minado. La gente en los Balcanes siente un respeto particular por el símbolo de la calavera. En otras partes es sólo una señal que advierte del peligro de muerte, un emblema de piratas, de vagabundos marinos que han renunciado a todas las banderas, o simplemente una señal de inadaptación adolescente en los cuadernos escolares de jóvenes llenos de granos que, en Alabama, Nuevo México o Texas, intentan llamar la atención dibujando calaveras y, cuando no lo consiguen, roban el rifle automático de su padre –con el que éste durante el fin de semana se dedica a cazar inmigrantes mexicanos, osos o jabalíes– y disparan en el patio escolar a una quincena de chicos y chicas hasta que un policía de operaciones especiales les revienta con balas dum-dum y, por supuesto, en defensa propia, su inteligente y rebelde cabecita. Más tarde, estas calaveras suyas, dibujadas en el cuaderno de papel pautado o en el catecismo de la Iglesia Católica, las examinan e interpretan psicólogos infantiles, profesionales ejemplares, para luego, por lo general, culpar de la degeneración de la fantasía juvenil a los juegos de ordenador, a Clint Eastwood o a Osama bin Laden, a pesar de que se trataba sólo de una frustración de los jóvenes porque nadie les había dicho nunca que dibujaban muy bien.

Sin embargo, en nuestras tierras, las calaveras tienen un significado más profundo. Aquí este símbolo se respeta como señal de haber sido elegido para sacrificar, de renegar en nombre de Dios, de aceptar conscientemente el infierno. Cuando las cosas se pusieron mal, en la Segunda Guerra Mundial, tanto los *chetniks* como los *ustachas* adornaban sus

gorros y banderas con la calavera para degollar, asesinar desmedidamente y asustar a sus enemigos. Amigo mío, no te está matando tu asesino, sino la calavera encima de su frente humana, viva, es ella la que te asesina, ella es la responsable de todo.

En aquel momento, pues, los campos junto a la carretera se adornaban con estos símbolos. El que los había colocado lo había hecho con la idea de avisar a la gente de lo que podría suceder si se adentraba en aquellos matorrales. Pero al mismo tiempo, ante los ojos de sus compatriotas, también había honrado la tierra en la que vivían, señalizándola con el símbolo más humano de los asesinos. La tierra había revivido, se había civilizado y humanizado, y mataba igual que los caballeros y los héroes.

Al profesor le entraron ganas de orinar. Era un reflejo condicionado. Siempre que veía señales de terreno minado junto al camino sentía la necesidad de hacer pis. Cuando la autopista Zagreb-Split aún no estaba terminada, le entraban las ganas inmediatamente después de pasar Plitvice. Sentía un escalofrío al imaginar que podría aparcar al lado de la carretera, dar unos pasos, introducirse entre los arbustos, entre las señales con la calavera.

Si pisaba una mina, pensaba, y explotaba, ¿en ese fragmento de segundo cedería su vejiga y se orinaría en los pantalones ya muerto?

Aguantaba y daba gracias a Dios por tener una próstata sana.

La carretera serpenteaba por unas tierras desconocidas, por todos lados se extendía una llanura sin ninguna colina desde la que la hierba se elevaba al cielo. Cada uno o dos kilómetros aparecían indicadores de carretera escritos en cirílico. El profesor Adum dominaba el alfabeto cirílico. Vaya mierda de historiador el que no sepa leer cirílico, solía decir incluso en los tiempos en los que no debía decirse. La mitad de los libros importantes sobre Dubrovnik está escrita en cirílico, y la otra mitad aún está por escribir. ¡Ea, así son las cosas, señor y camarada Đerek!, gritaba Adum, ya bastante ebrio, en el centro de la sala de profesores, en vísperas del año nuevo de 1992. Y Đerek abrió la boca como un gobio, como el poeta Galović cuando, en la trinchera de Mačva en 1914, lo alcanzó una bala en medio de la frente. Así, boquiabierto, se quedó el colega Đerek, en parte por la sorpresa y en parte porque inesperadamente se le ofrecía la posibilidad de ajustar cuentas de una vez por todas con Adum, de denunciarlo por exaltación de los historiadores de la Gran Serbia y sus reclamaciones sobre Dubrovnik. Đerek estaba feliz, jamás había estado tan contento, tanto que no lograba cerrar las mandíbulas, y recibía justo en la boca los trocitos de pepinillo y salami que el vociferante Adum escupía al hablar. Pero su felicidad duró muy poco, porque no pasarían ni siete días y Đerek, ocupado con sus desgracias, se olvidaría de que había pedido una cita a la directora para informarla del comportamiento indigno del colega Adum, y conduciría su Zastava 101 a cien por hora, a través de pedruscos y maleza, en alguna parte de los montes que descendían hacia Zadar, mientras disparaban con una ametralladora pesada unos *chetniks* domingueros, jóvenes belgradenses de buena familia, llegados para pasar uno o dos días defendiendo a la gran nación serbia. Đerek los vio, les vio las caras, el nido de

ametralladora no estaba ni a cincuenta metros de la carretera por la que hacía correr su Zastava, y no comprendía en absoluto cómo podían tener tan mala puntería. Joder, si sólo una vez en su vida hubieran tenido un fusil en la mano ya le habrían dado en la pupila del ojo, a él, a su madre y a su padre en el asiento trasero.

–¡Dios mío, hemos sobrevivido! –gritó. Pero, desgraciadamente, nadie le contestó. El nonagenario Jozo Đerek y su mujer Spasenija, veinte años más joven, el padre y la madre de Đerek, estaban muertos, igual que los asientos bajo sus cuerpos y la carrocería naranja en la que viajaban, perforados por cincuenta y siete balas, el forense en Zadar las contó. Los pobres, al menos, no habían sufrido mucho...

Y Karlo Adum fue a Zadar al entierro. Abrazó al colega Đerek, fuertemente, como abraza un croata a otro croata, y le susurró al oído: ¡Hermano, sé cómo te sientes! Si Đerek hubiera conservado sólo una pizca de inteligencia, debería haberle arrancado en el acto a este hermano croata suyo la oreja con los dientes, una oreja de la que asomaban tres pelos completamente negros, en cuyas puntas amarilleaba un cerumen meloso, porque en los últimos dos años, desde la creación de la nueva Croacia, Adum le había amargado la existencia debido a que su madre, Spasenija, celebraba las festividades religiosas serbias y no quería marcharse del pueblo en el que vivía, sino que, haciendo gala de gran tozudez, se quedó allí incluso cuando ardieron todas las casas croatas excepto la suya, y también cuando desde Zadar hasta Zagreb se propaló el rumor de que, a causa de su mujer, Jozo Đerek se había convertido en *chetnik*.

Y justo cuando podía denunciarlo porque borracho en mitad de la sala de profesores difundía las ideas de la Gran Serbia, ocurrió que Adum le presentaba sus más sinceras condolencias croatas y católicas, y arrojaba un puñado de tierra sobre los ataúdes en los que yacían su Spasa y su Jozo, y se santiguaba con todo el brazo, agitándolo como un gimnasta ruso, mientras el sacerdote clamaba para que la peste, la guerra y las ruinas se abatieran sobre los asesinos y todo su pueblo. No, el pobre Đerek no arrancó con los dientes la oreja de Adum, sino que unos días más tarde acabó en el hospital psiquiátrico, perdido en una suerte de oscuridad personal que nunca nadie logró iluminar.

Así que a la mierda los historiadores que no saben cirílico, pero también a la mierda los indicadores de carretera con nombres de pueblos que no existen.

En cirílico estaban indicados a ambos lados de la ruta pueblos de los que no quedaban más que ruinas, muros sin tejados, que se diferenciaban de los de Pompeya o Grecia únicamente en que se veía que estaban contruidos también de hormigón, y no sólo de ladrillos, y en que aún mostraban pintadas escritas durante su destrucción, que también solían estar en cirílico, excepto alguna letra U, de *ustachas*, dibujada con prisas, aunque con trazos rebuscados, que habían dejado antes de retirarse aquellos cuyo deber era defender estos vecindarios, de los que lo único que se había conservado entero eran los nombres, nombres que contenían toda su historia y su pasado, porque nada más se menciona en los libros de pueblos formados por una decena de casas.

Durante un rato el profesor Adum se entretuvo intentando reconstruir a partir del

nombre del pueblo cómo se denominaban sus pobladores. Por ejemplo, en el pueblo de Kotorsko seguramente vivían los kotorenses.

Después de todo, puesto que ya nadie vivía allí, parecía que la guerra se había hecho para que el alfabeto latino, con el que estaban escritos los nombres de los pueblos hasta 1991, fuera sustituido por el cirílico. El cirílico es la escritura de la muerte y de los campos minados. Le gustó esta frase. Tenía que memorizarla, y al volver a Zagreb la utilizaría para ponerla en una carta al director en el periódico *Večernji list*.

El cirílico está maldito, se enojaba el profesor Karlo Adum, sin darse cuenta de que anochecía. Tan sólo cuando empezaron a venir en dirección contraria coches con las luces largas encendidas que lo cegaban, comprendió que se hallaba a destiempo como extranjero en tierras ajenas, en una carretera flanqueada por campos de minas. De repente fue consciente del escudo con el damero en su matrícula, tuvo miedo y empezó a conducir más rápido. No había consultado el mapa, ni le había preguntado al Cartero cuántos kilómetros tenía que conducir a través de la parte serbia de Bosnia o, dicho de otro modo, a través de la República Srpska, porque sentía escalofríos con sólo pensar que no tendría más remedio que pasar la noche entre *chetniks*. En la oscuridad todo se volvía real. Recordó cómo en 1944, al no poder dormirse, mamá Cica lo amenazaba con que, si no cerraba los ojos, llegarían los horribles *chetniks* barbudos por la vía férrea de Višegrad y Goražde y le cortarían el cuello igual que a un conejito. Ellos ven cuándo los niños pequeños abren los ojos por la noche, y entonces suben al tren, alimentan bien la caldera de la locomotora y en un pispás se presentan en Sarajevo, en el barrio de Bistrik, y a los que no duermen, con el cuchillo... ris ras. Y mientras él, muerto de miedo, acostado en la cama, fingía no respirar, su padre raspaba la pared con los cuatro dedos y maldecía a su hermano, y su madre, saltando vallas y atravesando huertos, huyendo de ellos dos, bajaba a la ciudad, a pesar del toque de queda, a algún lugar lejano, buscando la libertad. No regresaba hasta la mañana, él la oía abrir la puerta, y la felicidad lo embargaba porque ya no reinaba la oscuridad, había amanecido, y los *chetniks* ya no estaban al acecho en Višegrad ni en Goražde.

Es extraño cómo la gente por la noche revive sus miedos infantiles, el profesor Adum trataba de infundirse valor, pensando en sí mismo como si fuera otra persona. En ese instante el velocímetro marcaba ciento veinte, pero él no se daba cuenta. Tenía prisa por llegar a alguna parte.

Hasta que en mitad de la carretera apareció un policía. Agitaba una señal luminosa y se movía a lo largo de una línea invisible, como si fuera un portero preparándose para defender un penalti. Sólo que con su cuerpo no paraba una pelota, sino un coche. Un pesado Volvo de los tiempos en que la industria automovilística escandinava competía con los avances técnicos de Occidente y el rendimiento de los Volga y ZIL soviéticos, más carros de combate que coches.

El profesor lo vio agitar la señal luminosa, dando saltitos como Dragan Pantelić en el Mundial de España de 1982, una especie de orangután serbio dispuesto a todo, y supo

que no podía evitarlo, no podía sortearlo porque ese portero estaba dispuesto a tirarse bajo las ruedas. Podía barrerlo de la calzada a toda velocidad, y el corazón no le habría latido más deprisa al hacerlo ni le habría remordido la conciencia. La conciencia no tenía nada que ver, era otra cosa. Si no corría peligro de muerte, no tenía sentido atropellar a un policía.

Se detuvo con un chirrido de frenos de película y torció hacia el ensanchamiento de una antigua parada de autobús, donde se detuvo detrás de un Golf de la policía.

—¿A qué viene tanta prisa? —el portero se apostó junto a la ventanilla. Dos metros más allá, tras él, había otro policía. El portero era un hombre entrado en años, se trataba evidentemente de un policía de los de antes de la guerra, y presumía delante del pipiolo con el que le había tocado cubrir el turno. Con la cabeza rasurada, el cuello de toro, los mismos bigotes épicos enroscados hacia arriba y ojos de un azul claro inusual, se parecía a Franjo Bučar, el famoso gimnasta, instructor deportivo y aventurero croata.

—Anda usted un poco abstraído —prosiguió, cuando no obtuvo respuesta del profesor—. ¿Sabe a cuánto asciende la multa por semejante modo de conducir?

—Muy alta —consiguió por fin decir el profesor, acompañando las palabras con su sonrisa de Matusalén.

—¡Pues no señor, al contrario, es muy pequeña! ¿Qué son cincuenta marcos a cambio de salvar la vida? La multa, señor mío, es preventiva. Cuánta gente, de no haberla pagado antes, hubiera muerto cinco minutos después. ¿Ha reflexionado usted alguna vez sobre ello?

—No.

—Sé que no lo ha hecho, por eso se lo pregunto. Pero en el futuro reflexione sobre ello.

—Bien, lo haré, reflexionaré —metió la mano para sacar la cartera, a lo que el portero lo paró con el gesto con el que el dueño de una taberna de pueblo quiere comunicarle ceremoniosamente al médico o al cura que toda la comida y bebida corre por cuenta de la casa.

—Pues no, no vas a pagar nada, esta noche has tenido suerte, hoy no cobramos multas. Doscientos metros más adelante un camión ha atropellado a unos caballos. Están tirados en la carretera, cuidado, no vayas a tropezarte con ellos y tengas un accidente. ¡Por eso, vete despacio! —se despidió el portero con un saludo marcial.

El profesor puso el coche en marcha y, cuando estuvo seguro de que los policías no lo veían, sacó la pistola de la guantera y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta. Ya había anochecido completamente, el profesor Karlo Adum estaba convencido de que le habían preparado una emboscada y estaba dispuesto a disparar, pero no como él mismo, sino como otra persona. El arma surtía ese efecto sobre él. En cuanto la tenía encima, o se hacía a la idea de que estaba armado, empezaba a verse como alguien ajeno, percibiéndose a sí mismo como un personaje literario, Kamilo Emerički de la novela *Zastave* de Miroslav Krleža, o James Bond, según el aire que se imaginara tener en ese momento con la pistola en la mano.

Se paró unos veinte metros antes de llegar a un bulto que había en la carretera.

Al principio no le fue posible distinguir de qué se trataba. Junto al primer caballo, blanco, con una mancha negra en la frente en forma de M, que yacía tendido en un charco de sangre con los intestinos desparramados, estaba sentada, gimiendo en mitad de la calzada, una mujer joven. Sujetaba en su regazo la cabeza del animal, mientras éste agonizaba. Cuando el profesor se aproximó, el caballo blanco aún estaba vivo.

El ojo grande y oscuro parpadeó hacia el desconocido, para enseguida quedarse inmóvil, paralizado, perdiendo en un instante el brillo, lo que hizo que el profesor Adum sintiera escalofríos. El ojo del caballo se había apagado en un parpadeo. Dios se había llevado su alma, suavemente, como la de un niño.

La mujer se mecía al ritmo del plañido, exacto y regular, de un implacable decasílabo que se reconocía entre miles de palabras, frases y versos, en el que no había encabalgamiento y parecía que cada sílaba de más habría resultado una ofensa a esta triste muerte equina y al sincero duelo de la joven.

Pasó a su lado.

Unos pasos más allá aparecieron naranjas. Dio una patada a una sin querer y se asustó creyendo que había topado con una criatura viva, o con algún órgano interno del caballo, la vejiga, el hígado o el corazón. Y entonces vio que sólo era una gran naranja despachurrada, y luego muchas naranjas, tantas que no había asfalto donde pisar, sino que arrastraba los pies y apartaba las frutas para no aplastar ninguna.

Y luego otro charco de sangre resbaladiza y grasienta, y en medio un caballo, negro como la noche, con los huesos blancos sobresaliendo de las patas rotas. Estaba muerto, con el ojo apagado, la cabeza torcida. Del hocico le brotaba una espuma sanguinolenta, burbuja tras burbuja, como cuando un niño en la bañera juega con el champú.

A la izquierda, en la loma que dominaba la carretera, yacía el camión, un tráiler de matrícula eslovena, que transportaba las naranjas desparramadas, las cuales lo teñían todo con su color y relucían como un sol apagado. Al lado del vehículo, con una raja en la cabeza, se acurrucaba un hombre que lloraba y se sujetaba la cara entre las manos. Tenía una herida en la frente, el rostro ensangrentado, sin embargo parecía no darle importancia. El profesor se le acercó y posó una mano en su hombro.

–No llores, hijo, todo se arreglará.

–Déjame, por favor, no se puede arreglar nada. Se acabó.

El profesor se sorprendió. No era esloveno. Por algún motivo eso también le pareció significativo, y pensó que no debería haberlo tocado. Lo había consolado como un forastero a otro y, mira por dónde, el hombre no era extranjero, sino que hablaba con aquel fuerte acento bosniaco con el que antaño hablaban sólo los pobres que buscaban empleo en Zagreb alrededor de la estación central de ferrocarril. Maquinalmente se palpó el bolsillo, la pistola estaba en su sitio.

Continuó el recorrido hasta el lugar donde en mitad de la calzada yacía una enorme yegua ruana, con las patas rotas y la cabeza aplastada. Relinchaba, bramaba, emitiendo

sonidos que no pertenecían al mundo equino ni al humano, pero no se podía decir que expresasen dolor, ni ningún otro sentimiento. No eran más que señales muy fuertes de su presencia, de su esfuerzo por seguir viva esos pocos instantes. Detrás del animal, con las manos introducidas hasta el codo en sus entrañas, había un joven arrodillado que intentaba sacar un potrillo de algún modo.

–¡No te rindas, bonita, no te rindas, corazón! –gritaba a voz en cuello para acallar los ruidos de la yegua.

Para qué querrá el potro, se espantaba el profesor, si no puede sobrevivir sin la madre. El joven reparó en él.

–¿Puedo ayudarlo? –preguntó el profesor.

–Imposible –gimió el chico, y continuó–: ¡No te rindas, bonita, no te rindas, corazón! – y la yegua le contestaba con su voz medio rota, prolongando el ritual.

–No se atormente más.

–¡Déjame en paz, buen hombre, sigue tu camino –le replicó el joven–, no entiendes nada!

Volvió hasta el sitio donde había dejado al camionero.

–Te llevo al hospital –se ofreció, y el hombre hizo un gesto con la mano y le dijo que no podía huir, pasara lo que pasara, él no podía huir, había matado a los caballos y tenía que quedarse hasta ver lo que sucedía.

–¿Y qué es lo que hay que ver? –se enfadó el profesor, con esa irritación que muestran los médicos cuando los enfermos en fase terminal rechazan las medicinas porque les provocan una mala digestión.

–Que no, ni hablar, yo no iré a ninguna parte, Hasan no es hombre que salga corriendo –le contestó.

La mujer seguía con sus lamentaciones junto a la cabeza del caballo blanco. Contaba la historia de la triste vida de un animal elegido que debería haber sido montado por otro elegido. Se trataba de un potro de doce meses, y el sábado deberían haberlo llevado a Banja Luka, a unas caballerizas señoriales, donde lo habrían cuidado y acostumbrado a la silla y al jinete, el infeliz tenía un temperamento muy manso, por lo que la doma no habría sido difícil; todo ello para el día del desfile en que lo montaría el presidente Milorad Dodik, para recorrer como el viento la República Srpska. Por eso el caballo blanco tenía en la frente una mancha en forma de M. Esa letra era el dedo del destino, la señal de aquel a quien el animal estaba destinado.

Hasta que se topó con el camión de las naranjas.

Se quedó aún un rato escuchando a la mujer, que seguía sin advertir su presencia, hablando a alguien que no estaba allí, al Dios que ella imaginaba, el cual, evidentemente en su imaginación, sólo aceptaba cantos fúnebres compuestos en versos regulares. Dios no tiene oído para frases en prosa.

Finalmente, después de que ella mencionara por tercera vez al presidente Milorad Dodik, se hartó y dejó de compartir su tristeza. No sabía nada sobre ese Milorad Dodik;

durante los últimos cincuenta años había sorteado con persistencia cualquier noticia que tratara de los gobernantes, secretarios y cabecillas bosniacos, independientemente de cuál fuera su religión. Ya en la época de Rodoljub Čolaković sus nombres apenas le decían nada. El profesor Karlo Adum estaba orgulloso de su capacidad de no saber y no recordar lo que no le interesaba. Incluso en clase, delante de los alumnos, se jactaba de ello, y realmente creía que era capaz de ignorar lo que no le interesaba, olvidar lo que no quería recordar y no ser lo que era, si lo que era no le gustaba.

Sobre todo le importaba esto último.

Se sentó en su Volvo, rodeó los caballos, pasando por encima de la sangre y de las naranjas, y continuó lentamente su viaje. Se imaginaba que bajo las ruedas quedaba algo parecido al zumo de naranja sanguina. Difícilmente volvería a beberlo después de todo aquello, por mucho que confiase en su capacidad de olvido. Volvió a guardar la pistola en la guantera.

Poco después empezó a entrarle sueño.

El camino era monótono, un cielo sin estrellas se había abatido sobre él, y sólo a veces, a través del follaje y la maleza, se abría paso la luz de una ventana viva. El profesor Adum bostezaba y a causa de los bostezos se le humedecieron los ojos, empezó a cantar en voz alta *Odiseja*, la canción de Leo Martin que se hizo famosa en alguno de los Festivales de Primavera de Belgrado a principios de los años setenta, gritaba a voz en cuello para espantar el sueño, mientras en dirección contraria venía una caravana de camiones militares con matrículas internacionales. Uno tras otro llegarían al lugar del accidente y, Dios mío, qué pensarían al ver al joven con las manos dentro de la yegua, y cuando oyeran: ¡No te rindas, bonita, no te rindas, corazón!

Sintió vergüenza ajena por aquello que iba a ocurrir a sus espaldas. Y eso lo despejó. Se avergonzaba porque los soldados extranjeros no entenderían lo que verían. Los caballos masacrados en mitad de la calzada, la mujer lamentándose con la cabeza del caballo blanco de desfile en el regazo, el joven que intentaba ayudar a la yegua en el parto y salvar al potro cuya madre agonizaba, el esloveno Hasan que había transportado naranjas, y ahora lloraba con la cabeza rota y no quería ir al hospital.

No lo comprenderán, pensaba el profesor. Si fuera un poco más joven o estuviera un poco más loco para creer que a la gente se le puede explicar algo, habría dado media vuelta en la carretera y regresado al lugar donde ahora estaría parada la hilera de camiones militares para darles una clase magistral sobre la historia de estas tierras; o simplemente les pediría que guardaran silencio, que esperaran, que escucharan, si es que entendían algo, porque probablemente no habían vivido nada semejante en su vida. Y con seguridad no lo vivirían jamás.

Tienen ustedes delante, apreciados soldados, una de esas escenas de la historia humana a partir de las cuales se escriben libros sagrados. Esta mujer, querido negro americano, cuyo ritmo suena como el de Eminem, o como se llame ese joven, pronuncia partes no escritas de la Biblia, y además lo hace siguiendo la redacción ortodoxa.

Escúchela, amigo mío, porque le sucede algo que precisamente le ocurría a la humanidad hace cinco mil o diez mil años. Y ese hombre de ahí, probablemente su marido, le dice a la yegua las palabras más tiernas que conoce, y que ni siquiera a su mujer le ha dicho nunca, en el intento de mantenerla viva hasta que dé a luz al potro. Si muere la yegua, morirá también el potro. ¿Lo entiende usted?

Pronunciaba el discurso en su cabeza, hasta que le pareció que los soldados ya no lo escucharían, daría igual en qué lengua hablase, y el profesor Adum apenas hablaba un poco de alemán y de francés, pero se reía y brindaba perfectamente en ruso. Así eran los tiempos, no había tenido ocasión de ir medio año a París o a Berlín, enviado por el partido, como habían enviado a otros, sino que durante años asistió a los cursos nocturnos de la academia de idiomas de la calle Varšavska, primero de ruso, mientras aún soñaba con escribir el doctorado sobre el escritor Juraj Krizanić y su anábasis, luego de francés, en la época en la que había que leer a Braudel, y por último de alemán, cuando, después de que le fallase su plan de trasladarse a la facultad, se presentó a una plaza de profesor en Fráncfort, en la escuela para los hijos de emigrantes yugoslavos que trabajaban temporalmente en el extranjero. Y cuando su solicitud fue rechazada, desistió también del alemán, porque este idioma le recordaba otra de sus humillaciones. En el interrogatorio ideológico de la Secretaría Federal de Asuntos Exteriores en Belgrado le preguntaron a qué se había dedicado durante la guerra. Respondió que, cuando ésta terminó, él tenía cuatro años. Y ellos, como si no lo hubieran oído, preguntaron si durante la contienda había vestido algún tipo de uniforme. Azorado y con las mejillas sonrojadas, a Karlo Adum se le empezó a trabar la lengua, como si lo hubieran sorprendido en una mentira, o como si estuviera borracho. ¡Tranquilícese, camarada!, se le rió en la cara una serbiarraca joven y bastante gorda, de pelo negro, con un lunar en la mejilla izquierda en el que crecían tres pelos oscuros, firmes como el armazón del futuro rascacielos que se vislumbraba en el Nuevo Belgrado. Siempre se aturullaba cuando la recordaba y se le escapaban toda suerte de improperios.

—¿Serbiarraca? —se asombró Hasanbegović, el profesor de educación física, mientras Adum le contaba cómo lo habían rechazado después del examen ideológico. Luego no pudo dormir durante varias noches, porque tenía miedo de que Tefko Hasanbegović lo denunciara por nacionalista. Y corría 1979, un año duro y turbio, en vísperas de la cumbre de los No Alineados en La Habana, cuando las cárceles parecían fantasmalmente vacías y había que llenarlas con enemigos del interior.

Pero Hasanbegović, el pobre y buen Tefko, aunque asombrado por las duras palabras, no lo denunció; en cambio él, Adum, por simple precaución empezó a odiarlo. Y este odio no cesó ni siquiera cuando quedó claro que no iba a haber denuncia ni al cabo de los años, cuando ya no importaba el contenido de la conversación en el café Medulić a principios de septiembre de 1979. Al contrario, el odio de Adum fue en aumento; aprovechaba cualquier ocasión para criticarlo en el claustro de profesores, y estuvo entre aquellos que insistieron en dilucidar el caso de la alumna de séptimo curso, Mirjam

Mortigjija, cuyo padre, Venko, había acusado a Hasanbegović de haberle tocado el pecho a su hija mientras la ayudaba a saltar el potro.

Y la niña tenía unos pechos, ¡Dios mío, vaya si los tenía!, veinticinco años más tarde el profesor todavía se emocionaba al recordar a la pequeña Mirjam, florecida antes de tiempo y lozana como la madre Tierra, delante del mapa físico de Yugoslavia, intentando encontrar el río Neretva, en el que el camarada Tito había salvado a los heridos, buscándolo alrededor de Niš y Vranje.

—Debemos ser estrictos —dijo en la reunión del partido en la que se decidía el destino de Hasanbegović—, porque ¿qué ocurriría, pregunto yo, si después de esto los padres no permiten que sus hijos vayan al colegio? Por eso propongo que el camarada Hasanbegović sea apartado por un tiempo del proceso educativo, digamos durante uno o dos años, o hasta que el asunto se olvide. Sé que él no ha hecho nada de lo que se le acusa, el camarada Tefko también es padre, su Sabina tiene, si no me equivoco, los mismos años que Mirjam Mortigjija, hablamos de un hombre, no de un animal. Sin embargo, por consideración a los padres mi propuesta es que se lo aparte.

Mientras Adum hablaba de esa manera, Hasanbegović lloraba sentado en un extremo de la larga mesa de la sala de profesores, tapándose la cara con las manos y sin entender nada. Las palabras de su colega lo habían emocionado; obviamente, había percibido su propuesta como el colmo de la generosidad, y con posterioridad se lo agradeció durante meses. Eres mi hermano, ya que no tengo otro, solía decirle abrazándolo en el pasillo del colegio, mientras Karlo Adum se sonrojaba, en parte por vergüenza y en parte por rabia.

Cuando Venko Mortigjija demandó a la escuela por no haber tomado medidas contra el profesor de educación física, el cual ni siquiera había recibido una amonestación del partido, Karlo Adum habló durante el juicio en nombre del claustro de profesores. Dijo que Mirjam era una chiquilla maravillosa, una alumna atenta y buena, una de nuestras mejores niñas. Todos ellos son nuestros niños —el profesor levantaba el dedo índice en el aire y dejaba que sus ojos se llenasen de lágrimas—, y un observador ajeno que conozca bien el oficio de educador puede imaginar todo tipo de cosas. Por eso, también el camarada Mortigjija ha podido imaginarse cualquier cosa. ¡Si es que realmente se ha imaginado algo, camaradas! Porque asimismo debemos tener en cuenta otra posibilidad: no tiene que tratarse obligatoriamente de la preocupación paterna que nunca es exagerada, ni siquiera de amor de padre, que nunca es demasiado grande. Tengamos también en cuenta que sospechar de un profesor puede implicar que se sospecha de toda nuestra escuela y de nuestro sistema escolar, de la sociedad en la que vivimos, de sus principios más sagrados. El camarada Mortigjija sospecha de un profesor de su hija, y yo quizá, permítanmelo, sospecharía del camarada Mortigjija, que en el verano de 1973, más exactamente el 23 de julio, fue detenido y luego condenado a tres meses de cárcel...

En mitad del discurso de Adum, Mortigjija saltó de su asiento y se lanzó contra él, tirando las sillas a su paso, y probablemente habría agarrado al profesor por el cuello si

los policías no lo hubieran atrapado y le hubieran inmovilizado las manos con las esposas, porque no se tranquilizaba.

A la mañana siguiente, este suceso apareció descrito en todos los diarios, y Hasanbegović estaba fuera de sí de felicidad y rebosaba gratitud. Le regaló un libro de poemas de Pablo Neruda con una dedicatoria que Adum nunca leyó, porque, molesto, arrancó la página nada más llegar a casa. Ivanka la sacó de la basura y la leyó, y él montó en cólera como nunca en su vida.

—¡Tú no entiendes nada! —gritaba—. ¡Nunca has entendido nada!

A continuación la insultó con diferentes nombres de animal, de lo que más tarde se arrepintió. Durante meses le remordió la conciencia al recordarlo, y cada vez lo embargaba el odio hacia Hasanbegović, ese hombre cuya sombra lo perseguía, y a quien él intentaba fastidiar mientras que el otro seguía pensando que era su benefactor.

Y todo había empezado por haber llamado serbiarraca a aquella mujer de la Secretaría Federal, cosa que había asombrado a Hasanbegović. ¡Hay que ver lo que puede causar el asombro!

Y de esta manera divagó el profesor, apartándose de lo que les habría dicho a los soldados del camión si hubiera vuelto para explicarles la carnicería de los caballos en la carretera. Los había olvidado, y, ensimismado con lo ocurrido veinticinco años atrás, volvió a ser presa del sueño.

Ante el cartel en el que en cirílico, el maldito cirílico, se leía «Bienvenidos a la ciudad de Derventa», el profesor decidió buscar alojamiento, por ejemplo en el hotel municipal. Llevaba encima la pistola, no había nada que temer.

Se desvió hacia la ciudad, conducía junto a casas sin tejado, de las que surgían árboles, álamos y fresnos eslavos silvestres, los *jaseni*, que con melancolía apestan en otoño y primavera, apestan a moho y a muerte, y cuya única virtud consiste en haber prestado su nombre a las hijas de aquellos padres que, por el bien de ellas, trataban de ocultar así la religión y nacionalidad de sus niñas. De este modo, en las décadas de los sesenta y setenta, nacieron numerosas Jasenkas, más por precaución que por miedo, más en esas pequeñas ciudades de provincia, como Derventa, que en las aldeas, más que en Zagreb, porque en las aldeas y en las grandes urbes la nacionalidad no se consideraba algo vergonzoso que uno deba esconder. Los croatas disfrutaban de su condición de croatas y los serbios se jactaban de sus orígenes serbios, los restantes los seguían, más o menos, en este juego; en las aldeas y en las metrópolis florecían los pueblos y nacionalidades, y en Derventa, las cautelosas y asustadizas Jasenkas llevaban el nombre de los fresnos que un día brotarían de sus hogares muertos. Luego, según se dirigía hacia lo que imaginaba que era el centro de la ciudad, se alinearon casas con tejados y ventanas intactas, aunque sin iluminar, y por último edificios de viviendas de la época socialista, tiendas en cuyos escaparates titilaban unas cuantas bombillas, algo que tenía pinta de ser el ayuntamiento, con una fachada en cuyo centro ondeaba una enorme bandera serbia con el escudo real bordado en hilo de oro. Cuanto más oro hay en una

bandera, más sangrienta suele ser. Y en ninguna parte había un alma viva, ni una luz encendida, ni un coche en movimiento.

Así era Derventa.

Conocía esta palabra desde su infancia. Siempre había alguien que era de Derventa, o se mencionaba Derventa en los partes radiofónicos de los centros provinciales, el preso protagonista de un documental televisivo era de Derventa, y también un héroe nacional y varios destacados cabecillas *ustachas* cuyos nombres se mencionaban en las publicaciones del Instituto de la Historia del Movimiento Obrero, que a veces le enviaban a Adum para que las reseñara. De Derventa era el Club de Fútbol Tekstilac, que se había clasificado un año, tal vez a mediados de los setenta, para los octavos de final de la Copa del Mariscal Tito, y en aquellos tiempos causó sensación. En Derventa había nacido –el profesor lo recordaba también– Kemal Šljoka, el defensa del club Čelik de Zenica, de la misma generación de jugadores que Mato Gavran y Mehmed Buza, y que entrenaba Marcel Zigante. Las palabras que se repiten a menudo, con las que convivimos, cuyo significado conocemos hasta cierto punto, pero no su sentido y contenido completo, las palabras en las que nunca pensamos y que no despiertan nuestro interés, tienen su magnitud, que aumenta en proporción a su repetición. Así es la física, la mecánica, la dinámica de las palabras. La palabra Derventa era grande, y le sorprendió lo pequeña que era la población que llevaba este nombre.

Igual que entró, salió de Derventa. No vio ningún hotel.

Continuó conduciendo, los ojos se le cerraban, buscaba en vano un pensamiento que lo pudiera despejar. Después de casi haberse dormido en dos o tres ocasiones, sobresaltándose cada vez que parpadeaba y los ojos no se le abrían, sino que seguían tapados por los párpados, como lo tapaba y arrojaba su Ivanka con el grueso edredón de plumón de Eslavonia cuando regresaba tarde de un viaje, después de que el volante se volviera en sus manos tan lejano como Australia, e igualmente lejana la carretera delante de él, y la línea discontinua apenas visible y también lejana, lejana como el pueblo de Dicmo o el cinco de marzo de 1953, la fecha en la que murió Stalin, el profesor Adum comprendió que ya estaba bien de bromas y que debía pararse. Aprovechó el primer lugar donde el arcén se ensanchaba para detenerse, apagó las luces y el motor, sacó la pistola de la guantera para tenerla a mano, dudó un instante, y se la puso en el pecho bajo la camisa.

Le sorprendió lo fría que estaba, y se durmió en el acto.

Dormía el viejo en el asiento reclinado del viejo Volvo con matrícula de Zagreb.

Los que hubieran apoyado el oído en la ventana del coche habrían podido oír un ruido que no tiene nombre.

No eran ronquidos. Ni tampoco la respiración.

Este ruido sólo lo oyen, en noches de insomnio o cuando tardan en conciliar el sueño, las mujeres que los han querido, con las que ellos han compartido la vida.

Y, en estas noches en vela, ellas siempre piensan, furiosas y despabiladas, que nadie

más que su marido respira tan ruidosa y estridentemente, y que deberían despertarlo para que dejase de hacerlo.

Y luego las mujeres mueren, muere Ivanka, y el viejo duerme en el asiento reclinado del viejo Volvo con matrícula de Zagreb...

Hacia tiempo que había amanecido, el tráfico fluía al lado de Adum. El ensanche en el que había aparcado en realidad no era tal, sino el desvío a un camino secundario. Algunas personas se paraban y golpeaban con las llaves en la ventanilla, él abría los ojos y hacía ademán de palpar la pistola, pero enseguida volvía a quedarse dormido, pensando que sólo soñaba con gente desconocida que tocaba en la ventanilla, y que iba de un sueño a otro sin cesar. Los recordaba: un joven de pelo muy corto vestido con traje, un fraile ya entrado en años con un hábito marrón, y otro, un poco más joven, también con hábito, y luego tres frailes más, todos a la vez...

Qué sueño más raro, pensaba el profesor Karlo Adum en su modorra: veía a estas personas con mucha nitidez, guiado por el miedo intentaba amenazarlas una por una con la pistola, y luego desaparecía, porque se hundía cada vez más en el siguiente sueño.

¿Y por qué tantos frailes?

Se asustó, tal vez se estaba muriendo. Los servidores de Dios lo estaban escoltando al otro mundo, le querían decir algo, pero él los ahuyentaba con la pistola.

Atemorizado, despertó.

Todo era exactamente igual a como lo había visto en sueños:

Él era un viejo que dormía en el asiento reclinado del viejo Volvo, con matrícula de Zagreb, aparcado en medio del desvío a un camino secundario, junto a un cartel en el que ponía Plehan. En el momento en que su corazón latía alocadamente, a su lado pasaba con dificultad una camioneta que se dirigía a Plehan. De la cabina asomaba el rostro extrañado de un hombre ya entrado en años. No lanzaba insultos, ni hacía sonar el claxon porque el profesor hubiera aparcado casi en mitad de la calzada, sino que se limitaba a mostrar su asombro.

El profesor subió el respaldo, la pistola se le deslizó hasta el vientre por debajo de la camisa, cálida como un ser vivo. La devolvió a la guantera, arrancó el motor y continuó el viaje. Seguía preocupado por su sueño. ¿Qué significaría que tanta gente tocara en su ventanilla? ¿Y por qué la mayoría eran curas, frailes?

Dice la gente, por lo menos en esta parte del mundo, que cuanto mayor es una persona, más cercana se siente a Dios y a la Iglesia. Empieza a recuperar la fe, si alguna vez la tuvo, asiste a la misa del domingo, moja los dedos en el agua bendita, luego se santigua, se le doblan las rodillas y se adentra en la iglesia con paso vacilante, como las abuelas enlutadas. Por supuesto, los jóvenes se mofan, pero, si llegan a estas edades, también ellos descubrirán la fe, como viene ocurriendo en los Balcanes durante los últimos sesenta años o más, tal vez durante el siglo entero, que la gente la va descubriendo antes de morir. Últimamente, también al profesor lo empezaba a embargar esta fiebre. Paseaba alrededor de la iglesia en el barrio de Siget y observaba a las mujeres

de provincias vestidas de negro, con collares de perlas falsas y medallas de oro con la imagen de la Virgen María, que llevaban a sus niños, chiquillos de caras sucias y llenas de costras a fuerza de hurgarse en la nariz, y a sus silenciosas y pulcras hermanas, modelos de feminidad católica, para que en la Santa Misa alimentaran y purificaran el alma, cosa esta que al infeliz profesor Adum le daba envidia, porque no formaba parte de su mundo. Podría haber entrado en la iglesia, de todos modos nadie lo hubiera reconocido, y sabía, por lo menos aproximadamente, cuándo había que levantarse, arrodillarse, sentarse, cuándo santiguarse, sacar la lengua, recibir en ella el cuerpo de Cristo, por lo que no había un motivo real para temer que, aunque fuera sólo con una mirada de alguien, pudiera ser expulsado o excomulgado como forastero. Pero daba igual, él sentía la vergüenza de un intruso, y no podía pertenecer a esta comunidad que anhelaba.

Es terrible ser forastero, pensaba mientras los observaba cada domingo delante de la iglesia de Siget, es terrible no poder cruzar el umbral que cruzan los demás, es terrible, es terrible, repetía como un mantra, y golpeaba el asfalto con la punta metálica de su bastón de montañero, aplazando así por otros siete días su primera entrada en la iglesia.

A principios de la primavera de 1945, mientras de los árboles y las farolas públicas colgaban los sospechosos comunistas, cubiertos por el primer rocío matutino, mamá Cica lo llevó a la misa del alba. Aunque todavía regía el toque de queda y por los alrededores patrullaban, en parejas, bien *ustachas*, bien Camisas Negras, ella se puso sus mejores galas, el traje de seda, cubierto con una esclavina y por encima, además, con un zorro muerto, y así andaba, sujetando su mano, y atrapando con su cuerpo, sus pechos, su cabello y sus piernas las miradas de los soldados, igual que una planta carnívora atrapa moscas y otros bichos. En el bolsito de charol, apenas más grande que una cajetilla de tabaco, llevaba el salvoconducto, extendido por el coronel Werner Weisse mann, con la que fue para él su última firma antes de emprender en su Mercedes negro un viaje incierto hacia Hamburgo, donde lo esperaba su Margarita. Ziza, como la llamaba él, le había recordado durante dos años a su Margarita, y Karlo, el pequeño Karlo con su uniforme negro, le había recordado a Horst, el sobrinito de Margarita, al que le llevaba de Sarajevo un sable, un verdadero sable turco, con el que, así se lo había escrito a Horst, los honorables oficiales turcos cortaban la cabeza a los bandoleros. Y después, casi en un abrir y cerrar de ojos, todo se fue al traste, todo desapareció, se derrumbó, y Werner se dirigía a su último viaje, sin esperanzas, consciente de que nunca llegaría vivo a Hamburgo. No le preguntó a Ziza para qué necesitaba un salvoconducto para poder moverse durante la noche precisamente ahora, cuando los *ustachas* andaban completamente locos y había que tener cuidado con ellos incluso de día, sino que con gesto caballeroso le estampó su firma como una rosa a guisa de bonito recuerdo.

Karlo le preguntó a mamá Cica qué era lo que colgaba de los árboles. Hojas, le dijo. Y cállate, desgraciado. En los árboles cuelgan los que odiaban a nuestro *Poglavnik* Pavelić, le explicó, y él ya no preguntó nada más, sino que con un escalofrío pensó si entre los

ahorcados estaban también las víctimas de una acusación falsa, a pesar de que amaban al *Poglavnik*, como cuando te acusan falsamente de haber roto la ventana con la pelota, y la ventana la han roto otros. Pensaba en esas personas, y sintió un miedo cerval a poder encontrarse también entre ellas.

Karlo miraba de reojo sus rostros en los que tan cómicamente sobresalían unos ojos asombrados, y de cuya boca asomaban las lenguas parecidas a patatas, lenguas que habían traicionado a Cristo, y no pudo contener la risa.

De qué te ríes, le preguntó ella. Me río del frío que hace, soltó la primera mentira que se le ocurrió, y mamá Cica suspiró, suspiró tan profundamente que su suspiro resonó a lo largo de las aceras vacías, y fue lo único que se oyó esa mañana más alto que las suelas de las patrullas *ustachas*.

Nadie le preguntó a mamá Cica por el salvoconducto. A Karlo le dio un poco de pena, porque le habría gustado que alguien viese que se lo había firmado el coronel Werner de su puño y letra. ¿Para qué tanto honor, si nadie se lo pedía?

En la iglesia, en la misa del alba, había tres personas más.

Un viejo con una cánula en la garganta, cuya respiración sibilante resonaba como la locomotora de vapor del trenecito que le había traído de Turín el *colonnello*. Al viejo lo llamaban dom Anđelko, y él no hacía otra cosa que inclinarse hacia los cuatro lados, agradecido porque alguien lo recordara aún. Antaño, hacía mucho tiempo, en el siglo pasado, había sido el párroco de Sarajevo, lo había traído Stadler de Zagreb, y se hablaban maravillas de su devoción. Nunca en sus ochenta años dom Anđelko había faltado a una misa del alba, ni ahora, cuando acudía a la iglesia desde el hospital de Koševo, más exactamente desde la Sección de Neumología, donde todos pitaban como la locomotora del trenecito del *colonnello*.

En la primera fila rezaba la hermana Edita, el ama de llaves y cocinera de dom Antun, una eslovena delgada de nariz aguileña, de la que se murmuraba que era judía. Tal vez lo era, tal vez no, el único que podía saberlo era el arzobispo Ivan, según decía mamá Cica. Y acurrucado bajo la mesa, Karlo oía domingo tras domingo, de un almuerzo a otro, cómo se repetía la historia de si la hermana Edita era o no era judía, pero no se atrevía a proponer que le preguntasen al arzobispo Ivan, cuando el Domingo de Resurrección volviera a repartir bombones envueltos en papel de seda y los pequeños conejos verdes hechos de masa.

Detrás de la hermana Edita estaba sentado, como su sombra, el tartamudo Kamilo, que no era capaz de pronunciar ninguna palabra que tuviera *r*, *l*, *ž* o *š*, y nunca había ido a la escuela, pero disparaba bien con el tirachinas y era muy devoto. Farfullaba las oraciones, hacía los gestos rituales en el momento preciso y dormía en el felpudo delante de la casa del párroco, hasta que, cuando empezaba a hacer frío, dom Antun lo dejaba entrar, para que durmiese en el sótano.

Mamá Cica sufrió una decepción, ¡oh, qué gran decepción!, cuando vio que aquella mañana sólo estaban esos tres en la iglesia.

Ella pensaba que llegaría y se volvía hacia la entrada sin cesar, hasta que apareció dom Antun e invitó a orar a los hermanos. Mamá Cica reaccionó santiguándose con resignación, pero lo hizo a destiempo, cuando no correspondía, lo que le valió una mirada reprobadora de dom Antun.

Karlo se rió. Sonoramente, como si un cristal se hubiera derramado por la fría iglesia.

En ese instante entró en el templo con sus botas nuevas y brillantes y con paso acelerado, chirriante, el general Drinjanin.

Aquí está, se le escapó a mamá Cica. Karlo se volvió y vio al general en el momento en que éste hacía una suerte de genuflexión, como una princesa de cuento, como la Cenicienta llegando a la misa del alba para lavarse los pecados de la noche anterior.

El valiente general Drinjanin, que seleccionaba, identificaba y colgaba en los árboles a aquellos que no amaban al *Poglavnik*.

Se quedó atrás, al fondo de la iglesia, a la sombra abismal de una columna, entre dos *ustachas*, uno de los cuales llevaba en la cabeza un fez, un fez negro, como los que llevaban los cristianos antaño, en los tiempos turcos.

Karlo no paraba de mirar hacia ellos, y en mitad de la misa mamá Cica empezó a agitarse y a darse la vuelta, buscando una oportunidad para cambiarse de sitio. En vano carraspeaba dom Antun, alzaba la voz y amagaba con lanzarse por la nave de la iglesia y coger de la oreja a la inquieta ovejita de Dios, cosa que a ella no le importaba, al revés; en cuanto el sacerdote se volvió de nuevo hacia el altar, agarró al niño de la mano y lo arrastró hasta la fila en la que estaba el general Drinjanin.

—¡Te vas a enterar! —le dijo, porque no se apresuraba.

El general pronunciaba cada oración con voz queda pero nítida. Se sabía cada palabra, y las decía al mismo tiempo que dom Antun. A su tesitura de tenor, que se aproximaba casi a la de soprano, característica de los curas de aquella época, el general le ofrecía un fondo viril de bajo barítono. Dom Antun graznaba como una gaviota, Drinjanin rugía como un carro de combate, y, al menos para el oído de Karlo, aquella fue una misa del alba perfecta. Ninguno de los oratorios y sinfonías, réquiems y pasiones, calvarios y resurrecciones musicales, que tanto había oído de adulto, podía compararse con la impresión que le había causado aquella sencilla armonía de dos voces masculinas, bajo los ahorcados cubiertos del rocío matutino, mientras se mezclaban los olores dulzones del incienso y de los cuerpos humanos en descomposición.

El general abandonó la iglesia antes de que la misa acabara.

Madre e hijo tuvieron que moverse para que él pasara. Sus acompañantes no se fueron, sino que permanecieron mirando de manera abierta y desvergonzada a mamá Cica y sus pechos todavía jóvenes y turgentes que se le marcaban bajo la seda lisa y brillante, con los pezones mostrando la loable disposición croata mientras el general Drinjanin pasaba a su lado, rozando probablemente sus intimidades con el cinturón. Mamá Cica se quedó rezando fervorosamente bajo la mirada de aquellos dos, y ellos, más excitados aún porque su hijo los observaba, se cebaron con la mujer, le hicieron todo lo que se les pasó por la mente, mancillaron su cuerpo y su alma, mientras ella, triste y descontenta, navegaba por espacios metafísicos.

Aquella fue la última vez que vieron al general Drinjanin, y fue la última vez que Karlo estuvo en una iglesia. Apenas quince días más tarde llegó la libertad, partisanos en abarcas y zapatos polvorientos, sucios y sudorosos, trajeron el hedor de la cebolla y del desinfectante Lysol, del polvo contra pulgas y chinches, y de mierda reseca. Los primeros días a mamá Cica le daban asco, echaba pestes de ellos y pegaba a Karlo porque no lograba aprenderse la fórmula sin Mona Grazia y modista, pero luego se acostumbró también a ellos, y mientras paseaba por la calle Aleksandrova, que ahora se llamaba Titova, y sólo unos días atrás Pavelíćeva, buscaba la proximidad de sus cuerpos y sus metralletas, habituándose a toda prisa a los olores del comunismo.

Y el padre, el invisible padre, iba a esfumarse de todos sus recuerdos en un abrir y cerrar de ojos, ocupando en la memoria del profesor Karlo Adum menos espacio que Winston Churchill o Aldo Moro. También con los comunistas siguió sentado sin hacer nada, maldiciendo a su hermano y raspando la pared de la cocina con sus cuatro dedos hasta desmayarse de dolor.

Al lado de la iglesia había que pasar como al lado de un espejismo, un sueño del pasado, el fantasma de unas paperas remotas. Cuando de la misa del domingo salía gente que ella conocía, parientes de papá Ilija, los vecinos más cercanos, hombres con los que había flirtado antes de la guerra y aquellos que durante la contienda la habían visto flirtear con oficiales alemanes e italianos, ella fingía no verlos. La saludaban, pero mamá Cica miraba a través de ellos, guapa, joven y sonriente, a través de sus cuerpos y cabezas veía un futuro mejor con todo su contenido. Veía el comunismo y se había convencido de que no se trataba de una simple ilusión, sino de algo a lo que había que aspirar, de lo que había que alegrarse y para lo que una debía ofrecer su cuerpo femenino aún joven y atractivo.

Así Karlo comprendió que, de vez en cuando, uno empieza a vivir de nuevo, y que la vida se compone de varias vidas pequeñas, en cada una de las cuales el hombre cambia de cara. Hasta llegar a la última, con la que uno se presenta ante Dios.

¿Realmente ante Dios?

Como a tantos otros ancianos, al profesor Karlo Adum lo asustaba la respuesta. El año anterior había cumplido los sesenta y cinco, pronto cumpliría uno más, había enterrado a todos los suyos, sentía claramente la gravitación de la tumba y sabía con certeza que ante

él no había más que el vacío, el vacío y nada más. Sólo podría aplazar el miedo a ese vacío si vencía su vergüenza y un domingo cruzaba el umbral de la iglesia de Siget.

Ahora, lejos de Zagreb, como siempre en semejantes ocasiones, le parecía que todas las iglesias de este mundo estaban abiertas para él, y por lo tanto también la de Siget, y que, al volver a casa, entraría en ella para agradecer a Dios que lo hubiera protegido durante el viaje.

Cuando en el verano de 2001, en el hospital de la estación termal de Varaždinske Toplice, agonizaba mamá Cica, hacía ya un año que Karlo iba a visitarla cada fin de semana. En ocasiones lo acompañaba Ivanka, pero por lo general solía ir solo. Le dijeron que mamá Cica sufría de alzhéimer, que su partida podía prolongarse y que a él podía resultarle dolorosa, mientras que a ella la dejaría más o menos indiferente. Todo su sufrimiento se reduciría a una breve agitación a última hora de la tarde, provocada por un cambio del tiempo, y les correspondía a los médicos ayudarla y evitársela. Mamá Cica se iba al paraíso, olvidando todo aquello que hacía diferente este mundo de dicho paraíso.

Preguntó a la doctora Jambrešić cómo lo afectaría a él la enfermedad de su madre. Ella lo miró sorprendida, y le dijo:

–Quizá de ningún modo, si usted se mantiene frío.

Fue una ofensa, una más en la serie que había empezado el camarada Šušnjar cuando le explicó la etimología de su apellido. La señora Jambrešić se acordaba de él de esa época, pues era entonces la secretaria del partido en el hospital de Rebro, hasta que en 1990 la expulsaron.

–¡Yo no tengo la culpa! –gritó tras ella por el pasillo del hospital.

–Señor, le ruego que se controle, aquí hay enfermos –le contestó.

Creyó que Štefa Jambrešić quería fastidiarlo y no volvió a pensar en cómo podría afectarlo la enfermedad de su madre.

Ese verano los calores empezaron muy pronto. Ivanka compraba tres veces por semana el periódico de anuncios *Plavi Oglasnik* y anotaba el número de teléfono de las casas que se vendían en la isla de Hvar, en la de Korčula y en la de Brač. Insistía en que era la última oportunidad para comprar una casa, porque pronto los precios subirían tanto que sólo podrían comprar propiedades en las islas los ingleses y los rusos. Los croatas son unos canallas, la apoyaba él, son unos mierdas los croatas: suben los precios, venden como locos y albergan la esperanza de que todo esto será suyo de nuevo, como la última vez, cuando se lo vendieron a los serbios, para luego recuperar las casas en los años noventa por un precio irrisorio o incluso gratis.

Pero los ingleses no son serbios, y tampoco los rusos lo son, lo que se venda ahora se habrá vendido para siempre. Pronto los croatas no serán en Dalmacia más que policías, camareras de hotel y putas para los ingleses viejos y gordos. Tanto los hombres como las mujeres. Por un buen puñado de billetes, al dálmata no le disgustará tumbarse en la cama del viejo George, y George se lo cepillará gustosamente hasta que los ojos se le salgan de

las órbitas y el orgullo croata por la nariz. Pero incluso entonces le quedará una ligera esperanza de que habrá otro 1991 y recuperará las villas serbias.

Así se lo decía a Ivanka, ella se horrorizaba, lo conminaba a callarse, porque alguien podría oírlo, le rogaba que no dijera vulgaridades, mientras él seguía añadiendo más barbaridades. Quería de alguna manera quitarle a ella la ilusión por esa villa, lo aterraba la idea de comprar una casa con un crédito de consumo, pero no podía decírselo a las claras, y por eso describía cada vez con más detalle y precisión anatómica a las camareras dálmatas satisfaciendo oralmente a jóvenes y nerviosos mafiosos rusos, mientras éstos telefoneaban y encargaban asesinatos en Moscú, y a los gigolós dálmatas tumbados bajo zapateros londinenses jubilados, melancólicos y con impulsos poéticos.

Y por fin, un sábado, por primera vez mamá Cica no lo reconoció.

—Por lo demás, ¿quién es usted, camarada, que viene a molestarme mientras me preparo para recibir al camarada Rato Dugonjić? ¿Acaso no sabe usted quién es Rato Dugonjić? Márchese, porque como lo vea aquí, terminará en la trena.

—Madre, no digas tonterías, soy yo, tu hijo Karlo.

En respuesta, mamá Cica empezó a reírse como una loca. Casi se ahoga con su propia risa, la enfermera tuvo que sacudirla con la palma de la mano en la espalda y en el cuello para que expulsara el aire, porque mamá Cica consideró que era increíblemente cómico que ese viejo afirmase ser su hijo. ¡Qué barbaridad!, ¿dónde se ha visto que un hijo tenga tres veces más años que su madre? Porque ella era una joven costurera de Sarajevo, presidenta de la Junta Popular del municipio de Stari Grad y alta funcionaria de la Cruz Roja, y no le sobraba tiempo para tonterías. Los fines de semana iba con su brigada de trabajo a construir el estadio de Koševo, que un día sería el lugar en el que las juventudes esperarían al camarada Tito. Y al camarada Rato Dugonjić tenía que darle el parte sobre los avances de las obras, y este viejecito no la dejaba en paz. Decía ser su hijo, y era mayor que aquel criminal *ustacha*, Ademaga Mešić.

El profesor Adum estaba conmocionado por el hecho de que mamá Cica hubiera perdido en tan poco tiempo el contacto con la realidad. Sólo una semana antes había conversado con él de forma bastante normal. Por eso el domingo, por la mañana muy temprano, fue de nuevo a Varaždinske Toplice, esta vez en compañía de Ivanka. La llevaba consigo para que le resultara más fácil soportar que mamá Cica no lo reconociera. Dejó que ella entrara primero en la habitación.

—Eh, eh, eh, aquí viene mi nuera —se alegró mamá Cica—, hacía mucho que no venías, querida, casi un mes, ya sé, ya sé, no es fácil para ti hacer semejante viaje. Si alguien me lo hubiera dicho, no me lo habría creído: que a una persona ya entrada en años, como tú, le den mareos al montar en coche, hay que ver; y ni siquiera los médicos de aquí tienen idea de esa enfermedad, les he preguntado. Pero lo importante es que has venido, cariño... —no dejaba de hablarle a Ivanka, mientras que a él sólo le limpiaba con la mano unas migas de la solapa del traje, y le ajustaba la corbata:

—¡Míralo, ya es un vejestorio y todavía no ha aprendido a hacerse el nudo de la

corbata como Dios manda!

El sábado siguiente se dirigió de nuevo solo a Varaždinske Toplice. Mamá Cica estaba sentada en su sillón y no se movía. Lo miraba con expresión obtusa, como si sus ojos fueran de madera y se los hubiera pintado y maquillado la pintora naif Baba Penavuša. Las manos le descansaban apáticamente en el regazo, cada uña estaba pintada de un color, una verde, la segunda amarilla, la tercera marrón. Los colores de los rotuladores que los ancianos recibían durante la escuela matinal para dibujar sus casas, lugares de trabajo, villas, el Dubrovnik de su juventud y los profundos bosques de Eslavonia. El académico Flis, nuestro lingüista más grande, que en una ocasión intentó enseñarle a Tuđman los fundamentos de la lengua, y que, cuando éste no quiso escucharlo, lo mandó a tomar viento fresco, dibujó una casita con dos ventanas y una puerta, y encima de ella un enorme sol sonriente con bigote.

—¿Por qué tiene bigote el sol? —le preguntó la doctora Jambrešić.

—¡Para que sea más bonito y los niños no le tengan miedo! —respondió alegremente el académico Flis.

Pero mamá Cica se limitaba a agarrar los rotuladores desparramados por la mesa y a pintarse las uñas a escondidas. Las enfermeras se lo tenían prohibido, le quitaban las pinturas, pero ella entonces, abatida como una perra empapada por la lluvia, se acurrucaba detrás del armario, y allí gemía en voz baja. Nadie advertía cuándo salía de su rincón y cogía otros rotuladores. Después de pintarse las uñas de las manos, mamá Cica se quitaba las zapatillas y los calcetines, y se pintaba las uñas de los pies.

Todos los lunes y viernes, el equipo de enfermeras organizaba el gran aseo de mamá Cica. Empezaba por la mañana con una lavativa, que le imponía sobremanera, por lo que durante estos rituales hablaba de sí misma como si fuera George Eliot, Alma Mahler o Sarah Bernhardt. El aseo continuaba, en compañía de otros enfermos, con el baño y el lavado del pelo, y luego, en una operación que duraba hasta la tarde, se eliminaba con acetona, cremas y preparados cosméticos los abundantes restos de maquillaje de mamá Cica. Lo que más tiempo requería, por supuesto, era la limpieza de las uñas.

En esos momentos se ponía muy triste. Mientras le quitaban el maquillaje, se metía en el papel de joven miembro de las Juventudes Comunistas de Yugoslavia, castigada por haberse entregado a las lujurias burguesas, el maquillaje, los encajes y sujetadores.

—¡Sólo os pido que no me rapéis al cero! —rogaba.

Karlo estaba delante de ella, destrozado, solo y al borde de las lágrimas.

Ella lo miraba como si mirase una pared.

—¿Quién soy yo? —le preguntó Karlo.

Ella se estremeció, despertó como un monje hindú después de una meditación de seis meses, los ojos volvieron a brillarle, lo miró.

—Nadie. Nadie. Nadie —repetía jovialmente.

—¿Cómo que nadie?, ¿acaso no me oyes hablar?

—Como lo oyes —se reía—, tú no eres nadie, corazón mío, y ahora me quieres poner a

prueba.

–Cica, soy tu hijo.

–Dios me libre, podrías haberlo sido. Pero no lo eres, no eres nadie.

–Soy tu hijo.

–Te faltó poco para serlo. Me quedé embarazada de aquel imbécil. Hacía frío, veinte bajo cero, y estábamos a finales de marzo de 1940, cuando me quedé preñada. Él aún tenía diez dedos en las manos, pero yo ya sabía cómo era.

–Ya ves, lo has dicho todo correctamente, el 27 de octubre de 1940 nací yo.

–¡No! –se reía mamá Cica batiendo palmas–, no naciste, corazón mío, porque cogí todo el dinero del cajón, compré el billete de tren y me fui a ver a Natalija Vinogradova, la esposa del general Vinogradov, en Belgrado, enfrente del mercado de Bajlon, y ella te atravesó el corazón con una aguja de media. Dejé que te desangraras, corazón, y fue lo más inteligente que hice en la vida.

–No digas esas cosas.

–Y ahora has venido como nadie, para recordármelo.

–Madre, estás enferma.

–Así es, estoy enferma. Es más: me muero. Cada vez que la enfermera Slavka cambia la ropa de cama, pienso que es la última, y huelo la sábana fresca. A lavanda, corazón, la sábana huele a lavanda, a Hvar, por última vez, y eso me alegra. Nunca he sido más feliz que ahora.

–Y te has olvidado de que me diste a luz. Es el alzhéimer, estás senil, tu memoria se ha evaporado, volatilizado, como el gas del agua mineral.

–¡O como el de la Coca-Cola, la Fanta y el Sprite! Se ha muerto nuestro papa Juan Pablo, que Dios lo tenga en su gloria, y él, querido mío, tomaba Sprite. A mí, para que lo sepas, no me gusta. Es como si bebiera un perfume con gas. Pero a él, ya ves, a ese santo, sí le gustaba. Por eso los domingos, después de la misa, yo también pido que me traigan un Sprite, para acordarme de él. Y nunca me dan Sprite, piensan que soy una vieja loca, una cabeza hueca, y me dan jarabe de frambuesa con agua. Yo me lo bebo y finjo que me creo que es Sprite. Si a ellos les hace felices... ¿Dices que padezco el mal de Alzheimer? El Papa sufría de la enfermedad de Parkinson. Es distinto y, sin embargo, parecido. Se mueren las células del cerebro. Si a ellos les hace felices, que sea la enfermedad de Alzheimer. A mí ni me va ni me viene.

–A mí me alegraría que volvieras a ser mi mamá Cica.

–¿De verdad? –se rió–, pues, lo siento, pero yo no puedo alegrarte si no existes, gracias a Dios te perforó la aguja de la señora Natalija, la misma aguja que utilizaba para hacerle jerséis a su nieto Serjoža. También Serjoža murió joven, más o menos en 1963, el corazón se le paró mientras tomaba el sol en Zaostrog. Entonces pensé por primera vez que había sido una suerte no tenerte. Si la señora Natalija hubiera perforado a tiempo el corazón de Serjoža, se habría ahorrado muchas penas. Quedó destrozada, la pobre,

cuando le dijeron que había muerto. No llegó vivo a Ploče. La infeliz nunca se recuperó de ello. Bueno, ya está bien, ahora vete, y vuelve en otra ocasión, que me hará feliz.

El profesor Adum, el viejo profesor, se quedó parado un largo rato en mitad de la habitación, mientras por sus mejillas corrían las lágrimas. Más tarde las enfermeras lo llevaron al dispensario, y la doctora Jambrešić le inyectó un cóctel de tranquilizantes.

La antigua miembro del partido le clavó la aguja de tal forma que tuvo el brazo dolorido durante las dos semanas siguientes.

Se quedó dormido un momento en la otomana, y luego lo trasladaron en ambulancia a Zagreb. Ivanka fue al día siguiente por el Volvo. Por supuesto, pasó a ver a mamá Cica.

–¿Te ha reconocido? –le preguntó.

–Sí –Ivanka no pudo mentirle.

Aquel verano lo torturó de tal forma que recibió su muerte como un alivio. Únicamente lo reconocía si estaba en compañía de Ivanka, y cuando la visitaba solo, era un desconocido o no era nadie. Una vez consiguió alterarla con sus preguntas, y ella empezó a gritarle, exigiéndole que dijese lo que era, ya que afirmaba ser algo. ¿Una persona? No era suficiente. Todas las personas eran algo más. ¿Profesor de historia? Venga ya, eso también podía decirlo de sí mismo un libro muerto, incluso un ordenador podía decir de sí mismo que era profesor, y de historia, además. Una persona, a diferencia de un libro y de un ordenador, es algo más. ¿Qué más?

–¡El que no lo sepa, no es nada! –dijo por fin, feliz como un niño pequeño.

Mientras que con Ivanka hablaba como habla una mujer con otra, y aquel verano la quiso como nunca antes la había querido.

–Cuídame a este infeliz mío –le solía decir señalando a Karlo–, sin ti no sabría hacer nada.

El último día, un miércoles, sonó el teléfono en la sala de profesores, la directora fue a buscarlo en mitad de una clase.

–¿Ha muerto mi madre? Dígamelo, sé que puede ocurrir en cualquier momento, no me haga perder el tiempo.

–No ha muerto, pero tiene que venir inmediatamente a verla.

Al otro lado de la línea estaba la señora Jambrešić. Le dijo fríamente que su madre deseaba verlo y que pronto ya no tendría posibilidad de cumplir sus deseos.

Ivanka quiso ir con él, pero no se lo permitió. Ella insistía, y él empezó a gritarle:

–Es la última ocasión que tengo de quedarme a solas con ella y decirle todo lo que me pesa.

Lo aceptó, pero con la condición de que alguien lo llevara. El Cartero dijo que él podía hacerlo. Hasta Varaždinske Toplice no profirieron palabra. Se quedó a esperarlo en el café junto al aparcamiento. El profesor Adum volvió alrededor de medianoche.

–¿Cómo está? –el Cartero le tendió las manos.

–Se acabó –respondió, mientras sus brazos se balanceaban, muertos como dos trozos de bacalao seco a la entrada del supermercado.

No le contó a nadie lo que había ocurrido dentro.

Mamá Cica lo había reconocido. Estaba terriblemente asustada, intentaba abrazar el aire que la rodeaba, buscando los brazos de su hijo.

La noche anterior se había quedado ciega de repente. Probablemente un derrame cerebral, dijo la señora Jambrešić. Él la esquivaba, huía de las manos que, en realidad, nunca lo habían abrazado de la forma en la que al menos él se imaginaba que las madres abrazan a sus hijos, y mamá Cica lloraba, le rogaba que la sostuviera, que no la dejara, que la protegiera.

Cuando se tranquilizó un poco, le dijo que sabía que se iba y que le daba pena no poderlo ver. Él callaba. Lo embargaba la rabia, y eso lo asustaba. Pensaba que podía golpearla. Intentaba encontrar el punto que le hiciera sentir piedad, el punto que lo hiciera sucumbir y caer en su abrazo. Sabía que iba a lamentar no haberla abrazado.

Pero no sucumbió. Ni en aquel momento, ni unas horas más tarde, cuando le rogó que le trajese un sacerdote.

—Despacio, ya vendrá —le decía. Y cuando la enfermera en el pasillo le preguntó si quería que llamase a un sacerdote, respondió que no se le ocurriera hacerlo. Ni a ella, ni a la loca de Jambrešić.

—¡Esta noche no habrá aquí curas! —chilló.

Más tarde llegó un fraile, con larga barba blanca, y el profesor Adum le dijo que se fuera al diablo. Desde el otro lado de la puerta, mamá Cica suplicaba que lo dejara entrar.

—¡Por encima de mi cadáver —gritaba Karlo—, me habéis destrozado la vida!

El fraile lo miraba sin saber qué hacer, nunca antes se había enfrentado a un caso igual. Media hora más tarde mamá Cica dejó de respirar. Simplemente espiró y expiró. El profesor Adum dio media vuelta y, sin decir palabra, salió fuera.

—¿Cómo está? —el Cartero le tendió las manos.

—Se acabó —respondió.

A continuación, durante el viaje de regreso a Zagreb, le contó los problemas que había tenido un tal Meursault cuando murió su madre. Es horrible, el Cartero se estremeció. En vano intentaba el profesor Adum convencerlo de que no era horrible. Y al final, ¿qué fue de él?, le preguntó el Cartero. Lo condenaron a muerte, dijo el profesor. Bien hecho, concluyó el Cartero. Y así, entre algunas risas y bromas, llegaron a Zagreb.

El funeral en el cementerio de Mirogoj fue como si enterraran a un gorrión. Pequeño y triste. Al profesor le enterneció que al entierro de mamá Cica fueran dos ancianos, el señor Mirzet Fetahagić, zagrebiense de nacimiento, que contaba noventa y cinco años, y el señor Petar Srzentić, un hombre alto y fuerte de Boka Kotorska, unos quince años más joven. Cada uno a un lado de la fosa, se observaban con hostilidad, con esa viva enemistad masculina que hace que los hombres se parezcan tanto a leones o tigres, y que, hablando en términos generales, es la enemistad más noble que existe entre los humanos. Es más propio del corazón guerrear por una mujer que por asuntos de Estado, religiosos o políticos.

Aparte de ellos, sólo estaba Ivanka.

Cuatro sepultureros bajaron el ataúd. A nadie le extrañó que no hubiera sacerdote, porque ni siquiera recordaban la religión de la difunta.

Karlo se vengó de mamá Cica escondiéndole a Dios en el momento en que ella lo necesitaba por primera vez en su vida.

Seguía conduciendo a través de eriales, pasando junto a ruinas y campos de minas, cruzando tierras de Posavina, en las que, sorprendentemente, estaban arreglados sólo los cementerios católicos. Habían desminado los alrededores y los habían sembrado con césped inglés, las lápidas de mármol negro y blanco estaban pulidas, habían repasado el dorado de las cruces y adecentado las capillas. En cada cementerio que dejaba atrás había visitantes. Junto a la carretera había coches aparcados con matrículas croatas de Slavonski Brod y de Zagreb. Pese a ser un día laborable, los bosniacos expulsados, aquellos cuyas casas se habían convertido en ruinas antiguas, cumplían con sus ritos funerarios. En medio de la nada, en el país de la basura, la maleza y las minas oxidadas del Ejército Popular Yugoslavo, ellos disfrutaban arreglando los lugares de reposo de sus muertos, y se enorgullecían ante los serbios de los alrededores del excelente estado de la muerte entre los croatas. A los serbios, sin embargo, lo último que se les ocurriría era dedicar tanta atención a sus cementerios. El profesor pasó junto a dos o tres de ellos. Invadidos por las hierbas, como todos los camposantos normales del mundo, no había visitantes, y sólo en algún punto amarilleaban unos cirios y hería los ojos alguna florecilla de plástico. Tuđman había enseñado a los croatas a estar orgullosos del arte de morir, orgullosos de sus numerosos cadáveres, de sus horrendas lápidas y cenotafios para los voluntarios caídos, del dorado de sus cruces sepulcrales, y del hecho de que los pueblos croatas de Posavina ya no existieran, mientras que los cementerios croatas florecían como nunca.

¿Que sucedería ahora, pensó, si bajase del coche, me acercara a la tumba en la que está arrodillada esa mujer de negro y le disparara una bala en la nuca?

Ciertamente, seguían excitándolo estos pensamientos de pistolero. Desde que había salido de Zagreb, seguramente había matado en su imaginación por lo menos a una veintena de personas. Conque es así, por tanto, como se convierte uno en asesino en serie a la americana. Consigues la primera arma, y luego te das cuenta de todo lo que te has perdido andando desarmado por el mundo.

Un cartel en el que se leía Dobož.

Tampoco había estado nunca en esa ciudad, pero, como concepto, Dobož le parecía todavía más grande e importante que Derventa. Conducía a través de un suburbio alargado, en realidad a través de un pueblucho feo, lleno de talleres de vulcanización, desguaces y servicios de lavado de coches, bares con letreros en cirílico, niños que cruzaban la carretera corriendo y perros y gatos atropellados, que salían volando golpeados por un coche y luego rebotaban cinco o seis veces en la calzada, como delfines que saltan en el mar, dejando tras de sí unas huellas sangrientas, hasta que paraban y las

ruedas del siguiente automóvil volvían a pasarles por encima. Al profesor le pareció que allí el arrollamiento de los gatos en la calle era deliberado. La gente se aburría, no sucedía nada, hacía tiempo que la guerra había terminado, las autoridades internacionales habían prohibido todo lo que realmente entusiasmaba a la gente de estas tierras, y no les quedaba otra cosa que atropellar gatos.

Bordeando la carretera aparecieron de nuevo kioscos montados con unas cuantas planchas de madera, en los que se vendían discos de música y de películas, y el profesor Adum se acordó del film *Fanny y Alexander*. Lo había visto con Ivanka en el cine Balkan, debió de ser a mediados de los ochenta, era viernes, pasó a mediodía para comprar entradas para las nueve, se vistieron y acicalaron como dos viejos, a pesar de tener sólo cuarenta y tantos años, estaban sentados en la primera fila del balcón, las manos cogidas, se reían del tío de la película, y más tarde, volviendo a casa, el profesor dijo que a partir de entonces podrían ir cada viernes al cine. Ella se alegró, parecía que la vida, ese viernes, poco antes de la medianoche, empezaba de nuevo. Y nunca más fueron al cine.

Se detuvo delante de una choza en la que, sobre un mostrador de madera, estaba escrito Boutique de Nikolson. Apilados contra las paredes había cientos de discos, y un hombre con gorro de lana negro en la cabeza, a pesar de que hacía veinte grados como mínimo, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonreía. En vez de abalanzarse sobre el profesor, ofrecerle a buen precio todo lo que tenía, o al menos saludarlo, el hombre se limitaba a sonreír.

Lo miró, y recordó que se había dejado la pistola en el coche. La cosa terminaría mal si pensaba trasladarla constantemente del bolsillo al coche y viceversa. No entendía por qué el tipo le sonreía de forma tan extraña, como si lo conociera.

Se puso a revolver entre los discos, fundas fotocopiadas en papel barato, Jelena Karleuša, Izvorinka Milošević, Magazin, Halid Muslimović, Nedeljko Bilkić, Parni Valjak, Bijelo Dugme, Ceca, Luis, Selma Bajrami, Marko Perković Thompson.

Al ver este último se sintió un poco menos incómodo. En Doboj, entre el cirílico y los serbios sin afeitar que apestaban a aguardiente de ciruelas: Thompson.

Lo percibió como alguien familiar en ese mundo ajeno y, sin una intención clara, cogió el disco. No recordaba la carátula y le dio la vuelta para ver los títulos de las canciones. Sólo había una: *Jasenovac y Gradiška Stara*. Rápidamente intentó volver a ponerlo en su sitio.

—Sí, es sólo una canción, pero se repite veinte veces para que usted no tenga que rebobinarla al principio si el lector no tiene esa opción —detrás de él estaba el vendedor con el gorro de lana.

—No importa, sólo estoy mirando.

—Cómprelo, en Croacia no ha salido.

—Mejor no, no es mi tipo de música —se justificó.

—No tenga miedo, no pasa nada si lo compra. Yo también lo oigo, amigo, y soy serbio

hasta la médula –Nikolson se reía–. Cuando alguien es capaz de componer una buena canción, hay que reconocérselo, y este Thompson suyo es un hacha. Lo mejor es lo del río Neretva que nos lleva, a nosotros los serbios, degollados. Es lo mejor. Mire, se me pone la carne de gallina –afirmaba.

–No me moleste con esto. A mí no me interesan esas porquerías.

–No son porquerías, señor mío –Nikolson se puso serio–, así es la vida y así son las canciones. A mí no me gusta cuando cantan cosas que no tienen relación con la vida. Y que en esta canción los degollados sean serbios, por Dios, tampoco es tan horrible, mañana nosotros degollaremos a los croatas, pero no sabremos componer una buena canción al respecto. Tal vez la solución sería llamar a Thompson para que haga una versión de la suya para nuestro mercado. ¿Qué piensa usted, sería posible? Tenga, le regalo este disco de todo corazón, lléveselo a Zagreb, y no se avergüence de lo que es. No hay cosa peor que un hombre que se avergüenza de lo que es.

–Yo no soy eso que usted piensa.

–Da igual, lo importante es que no se avergüence –dijo Nikolson, guardando el disco en una bolsa de plástico que llevaba estampado en cirílico Vuk Karadžić Ćelinac.

El profesor Adum cogió la bolsa para no ofender al hombre y se dirigió hacia el Volvo. No preguntó por *Fanny y Alexander*. Quería huir cuanto antes de aquel hombre, que había vuelto al mismo sitio, con los brazos cruzados, el gorro de lana en la cabeza y su sonrisa.

Idéntico a Jack Nicholson, comprendió el profesor cuando ya era tarde, Jack Nicholson en *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Por eso necesitaba el gorro.

Conducía junto a edificios de viviendas altos, bonitos y armoniosos, con enormes aparcamientos, en los que había pocos coches. Tras estas ventanas vivía gente a la que el profesor temía y desconocía, porque antaño, hacía mucho tiempo, siendo aún un chiquillo, había decidido no volver nunca más. Pero de este mundo había conservado el acento insólito –un habla limpia y dura, que se oye sólo en la policía y en las clases de lectura del colegio– y la incapacidad de adoptar el bonito, despreocupado y redentor dialecto de Zagreb para poder hundirse como una piedra en un pozo oscuro, desaparecer, y ofrecer así un sentido vital a su huida de entonces. Habría sido más fácil para Karlo Adum empezar a hablar japonés, malayo o pastún, que aprender a pronunciar de forma natural expresiones locales de Zagreb. Su lengua era nudosa como un tubérculo.

Después de Dobož llegó la frontera más allá de la cual ya no había cirílico. Cruzó un puente. Debajo corría un arroyo que los locales probablemente denominarían río, y aparecieron letreros distintos. De repente, de los campos llanos y cubiertos de maleza surgieron montañas, y entre ellas, aldeas pequeñas y dispersas, y los esbeltos lápices blancos de las mezquitas. No sólo era un país diferente, sino que además vivía en otro tiempo. Entre los pueblos muertos de Posavina y los bien conservados cementerios católicos en medio de los cuales crecía un césped wimbledoniano, junto a los interminables campos de minas y los hierbajos que allí brotaban, uno creería estar en el

siglo XXII. Después de Dios, después de la gente y de todas sus biblias, todo estaba definitivamente muerto. Mientras que en este lado, al pie de las montañas y delante de las feísimas imitaciones en hormigón de *Las mil y una noches*, bares y clubs nocturnos que se llamaban Hawai, Hollywood o Bagdad, con las vistas tranquilizadoras y reconfortantes de unos pequeños pueblos en la distancia y las mezquitas contiguas, estábamos en una suerte de transición del siglo XVII al siglo XXI.

El profesor disfrutaba del papel de turista, asombrado por el desencuentro de los tiempos, y entonces divisó también en este lado un kiosco de planchas de madera con cientos de discos de música y películas. Frenó precipitadamente –si detrás del Volvo hubiera habido otro coche, podría haber sucedido cualquier cosa–, torció y se detuvo justo delante de la tienda.

–¿Tienen *Fanny y Alexander*? –le preguntó a una niña que no tenía más de doce años y estaba detrás del mostrador con una camiseta negra en la que, con gruesas letras rojas en alfabeto latino, figuraba estampado «¡PARA QUE NO SE OLVIDE!». El mensaje atrajo su atención.

–¿Qué es eso?

–Una película.

–¿Qué tipo de película?, tenemos quinientas películas y mil más si es por encargo.

–Una película sueca.

La niña lo miró sorprendida –el profesor seguía con la vista clavada en su pecho, intentando adivinar qué era lo que no había que olvidar–, dio media vuelta y sin decir palabra salió del kiosco y se fue a la parte de atrás.

Volvió con un huesudo muchacho rubio, que tenía el aspecto de ser su hermano:

–Dígame, ¿qué es lo que necesita? –le preguntó de forma hostil.

–La película *Fanny y Alexander*.

–¿Qué película es ésa?

–Una sueca, de Bergman.

El muchacho se rió e hizo gala de una repentina amabilidad. Sólo entonces el profesor se dio cuenta de lo enfadado que estaba antes el joven, enfado que de pronto había desaparecido.

–Verá, nosotros no vendemos ese tipo de películas. No hay demanda, ya sabe cómo es la gente, el trabajo, las preocupaciones, la familia, y si les apetece ver una película, entonces quieren distraerse. Son incultos, amigo mío, y por eso Bergman no les parece divertido. Así lo definiría yo, más o menos. Pero le puedo conseguir ese Bergman, tardaría uno o dos días.

Le explicó que iba a Sarajevo y que no sabía cuándo volvería. Que iba por un asunto importante que no podía revelar, se puso dicharachero el profesor Adum, pero que este asunto conllevaba ciertos peligros, por lo que no estaba seguro de si regresaría a casa alguna vez. Anda, claro que regresará, lo consolaba el joven, no hay asunto en el mundo a cuyo término un hombre honrado no vuelva a casa. Usted, joven, no sabe quién soy

yo, ni cómo, ni si soy honrado. No se apresure con semejantes valoraciones, continuó el profesor. Tengo buen ojo para estas cosas, le interrumpió el muchacho, no sabe usted qué ojo tengo, enseguida veo quién es honrado y quién no.

Y luego con el dedo índice tiró del párpado inferior, dejando al descubierto la reluciente esclerótica, y el profesor pensó: ¡Dios mío, qué anémico está! Quién sabe lo que comen estos pobres, y quién sabe si alguien le habrá dicho al chico alguna vez que está anémico.

La niña estaba de pie junto a él y callaba, durante más de quince minutos no dijo una palabra, se contentaba con observar al profesor Adum, y a él le pareció que la chiquilla era capaz de leer cada uno de sus pensamientos. Hay gente que produce esa impresión, en particular los niños, te asustas cuando ves cómo te observan.

—Bien —dijo el muchacho—, yo le tendré preparada la película, mire, aquí he apuntado cómo se llama, Ingmar Bergman, Ingmar como Stenmark, Bergman como Monica; a partir de pasado mañana la película estará aquí, ¡y usted ya vendrá! Sea dentro de siete días, sea dentro de siete meses. Lo único que debe hacer es pararse cuando vea mi tienda.

—Si arreglo todo y vuelvo a casa, seguramente me pararé.

—Pues claro que lo va arreglar, ya lo veo yo.

Contempló una vez más el «PARA QUE NO SE OLVIDE». Seguramente se trataba de una película, pensó, pero le daba vergüenza preguntarlo.

Mientras pisaba el acelerador para salir a la carretera antes de que pasara un enorme camión con remolque polvoriento, que trepidaba como la fábrica entera de automóviles de Priboj, el profesor pensó que sería bonito volver a Zagreb con la película *Fanny y Alexander*, y sentarse el viernes por la noche con Ivanka delante de la televisión y, durante las tres horas siguientes, acurrucados en sus sillones, con las mantitas encima de las piernas, ver de nuevo la misma película de la última vez que fueron al cine. La idea era tan bonita, que en un instante lo dejó completamente devastado.

Empezó a temblar, veía todo borroso, lo asustaba con cuánta claridad podía imaginar este regreso a casa con la película, a Ivanka que le cogía la mano y recitaba los nombres de todos los que habían llamado mientras él estaba de viaje, leyéndolos en el papel cuadriculado arrancado del cuaderno que siempre estaba al lado del teléfono, y él apenas podía esperar a que acabara, porque no le interesaba nada saber quién había llamado, pues lo único que anhelaba era que fuera viernes y ver con ella la película.

Sólo que ellos nunca, ni siquiera un viernes, habían estado sentados tan felizmente delante de la televisión como él lo imaginaba ahora. Siempre había algo que le complicaba la existencia: Ivanka estaba nerviosa o constipada, o había llegado una factura muy alta de agua y calefacción.

No quería pensar más en ello. ¿Por qué, después de tanto tiempo, lo embargaba justo ahora esta incontrolada tristeza por Ivanka? Durante meses se había protegido, evitando a las personas que se la recordaban, ahuyentó de su lado a parientes y familia política, y

amigos, al fin y al cabo, no tenía. O casi no tenía. Ya no iba al mismo supermercado a comprar pan y leche, y la compra semanal ya no la hacía en el Billa sino en el Interspar, evitaba las calles por las que había paseado con ella, no volvió a ir al mercado de Utrine, ni a pasar por el bar asador Rubelj, donde, mientras Ivanka vivía, cada mañana se sentaban un famoso escritor croata y su esposa para tomar café y leer la prensa. La pareja compraba todos los periódicos que había en el kiosco. Él fruncía el ceño y sonreía más por incomodidad que por complacencia, y tenía que sonreír porque Ivanka se acercaba a su mesa y alababa sus libros, los había leído todos. El profesor solía decirle que no lo hiciera, el hombre se siente incómodo, no le gusta que lo molesten mientras toma café y lee la prensa, pero ella no le hacía caso y entablaba una conversación con la señora del escritor, que a veces duraba incluso diez minutos, y ellos dos, el profesor de historia en un instituto y el autor famoso, se observaban como dos *gentlemen* en la sala de baile del Titanic, que esperan a que las damas terminen la última pieza con los caballeros contratados del barco.

El profesor sólo le dirigió la palabra en una ocasión: cómo había podido llamar en su novela más famosa a Francisco José I, rey y emperador, Francisco José II. Fue un error, señor mío, le respondió el escritor, pero quedó patente que la pregunta no le había gustado en absoluto, y que a partir de ella se formaría su opinión sobre el profesor. Sin embargo, éste lo único que había querido era demostrarle que había leído su libro...

No podía aguantar cruzarse de nuevo con él y que el escritor se diese cuenta de que Ivanka no estaba, no podía aguantar que la cajera de la tienda le preguntara por ella, que el encargado de la gasolinera de Slobostina le dijera que hacía mucho que no la veía.

Cuando murió, él no puso una esquela en el periódico, ni mandó hacer recordatorios de la defunción. Hizo todo cuanto estaba en su mano para que las otras personas, las que los conocían sólo de vista, creyeran que era realmente posible que ambos se sentaran ese viernes delante de la pantalla para ver *Fanny y Alexander*. Se notaba que ése era el tipo de películas que a ellos les gustaban

De los pensamientos sombríos huía siempre de la misma manera. Se hartaba de comer. El profesor Karlo Adum nunca había estado gordo, desde los días del bachillerato pesaba los mismos setenta y cinco kilos, pero si pusiera sobre una báscula todo lo que había comido a lo largo de su vida, resultaría que había suficiente para tres hombres muy gordos. Tan infeliz había sido, y tanta negrura había pasado por su cabeza.

Sí, pero hacía dos días que no había comido nada. A uno se le puede ocurrir cualquier cosa si no come. Miraba los nombres de los restaurantes junto a la carretera, buscaba uno para detenerse. Cada centenar de metros había lugares donde se comía cordero, es decir, *janjetina* o *jagnjetina*, como se decía en esta parte de Bosnia. Esta «g» le desgarraba el oído y, si no hubiera existido, tal vez el profesor se habría parado, porque no tenía nada en contra del cordero al espetón, pero en ese sonido duro, en esa «g», había algo amenazador, algo extremadamente ajeno, que le repugnaba. *Jagnjetina* es serbio, una maldita palabra cirílica, pensaba el profesor, buscando un motivo para no

detenerse delante de restaurantes que se llamaban El palacio del sultán, Anatolia, Sydney y El ataífor de Mithad, y los lingüistas seguramente le habrían dado la razón, pero ¿por qué entonces, Dios mío, en las oraciones la palabra cordero figuraba siempre escrita con esta «g»?

Podría ser que la «g» lo molestara por algún otro motivo. Simplemente lo asustaban aquellos que no sabían que esta «g» sobraba, o los que venían de un mundo donde la «g» no sobraba. Por esta pequeña diferencia en la ortografía habían corrido ríos de sangre. Y éste no era el momento de añadir una gota suya.

Además de los restaurantes con *jagnjetina*, frente a los cuales, iluminados por el tardío sol estival, resplandecían cisnes de hormigón e imitaciones de columnas de la Antigüedad con capiteles por los que se derramaba un dorado falso y el óxido marrón de sus armazones precarios, junto al camino que serpenteaba al pie del monte y seguía el curso del río, había bares y comedores pequeños y menos presuntuosos, que anunciaban potajes, *ćevapi*, especialidades bosnias, *burek* a la brasa. En estos establecimientos incluso podría haberse parado, pero temía no saber cómo pedir, pronunciar mal alguna de las palabras, equivocarse con el acento y que lo identificaran como extranjero, y el profesor Adum no quería que allí lo reconociesen ni como forastero ni como local. Quería ser una persona cualquiera.

A partir del cartel indicador que anunciaba la localidad de Žepče, el paisaje empezó a cambiar. A la derecha de la carretera, casi en la cima de la colina, junto a una casa solitaria de dos plantas, se erguía una enorme cruz de hormigón. En el lado izquierdo había un pueblo con una mezquita, en cuyo alminar ondeaba una bandera verde. A ambas orillas de la vía, desperdigados, había talleres de vulcanización, tiendas de piezas de repuesto, servicios de lavado de coches. No había clientes por ninguna parte. La gente, por lo general, estaba sentada delante de sus comercios y fumaba mirando fijamente la carretera, o rondando por los alrededores en sucios monos de trabajo. Delante del taller mecánico Stipo Okić, «Médico de Mercedes», un hombre joven sujetaba una manguera sobre las manos de otro mayor, el cual, con movimientos acelerados poco naturales, como si el agua estuviera muy fría o muy caliente, cogía jabón en pasta de una gran caja redonda y se lavaba las manos.

Disminuyó la velocidad, para observarlos bien. El mayor era probablemente Stipo Okić, el médico de Mercedes, y el más joven un aprendiz del pueblo. El doctor Stipo seguramente había trabajado en Alemania y había vuelto a su terruño natal para abrir el taller de coches. El pobre no sabía lo que le esperaba. Si hubiera sido inteligente, se habría quedado en Fráncfort o Berlín, abriendo zanjas en las obras, o llevando al desguace, por orden de su patrón turco, Mercedes de apenas dos o tres años de antigüedad; habría tenido hijos con nombre alemán, Paul, Franz o Ingrid, y con ellos y con el paso del tiempo habría olvidado su lengua y su tierra natal, hasta que un día, ya en vísperas de la jubilación, hubiera dejado de ser Stipo Okić de Žepče. Nunca habría sido un alemán verdadero, pero ahora no estaría al lado de la carretera lavándose las manos al

chorro de una manguera roja, en una tierra de nadie desierta, entre una horrenda cruz de hormigón y una bandera verde foránea, falsamente convencido de que el taller a su espalda era suyo, igual que la casa de detrás y la hectárea de tierra, allá arriba en el monte.

Con la intención de ver cómo Stipo acababa de lavarse la grasa de las manos, el profesor disminuyó tanto la velocidad que el camión de marca FAP que se arrastraba tras él empezó a pitar como un loco, porque con el remolque que llevaba no lograba adelantarlo. Mientras intentaba fijar la mirada en Stipo, el profesor se había ido moviendo cada vez más hacia el centro de la carretera y, a diez o quince kilómetros por hora, oscilaba y zigzagueaba como un borracho. El conductor del FAP estaba tan furioso que se le pegó completamente al parachoques trasero, y casi lo arañó.

El profesor aceleró y se desvió enseguida hacia el restaurante que se llamaba Stradun, como la calle principal de Dubrovnik.

Delante de la enorme construcción, recubierta de placas de hormigón que deberían imitar las piedras de Dubrovnik, y con la estatua en escayola de san Blas plantada encima de la puerta de entrada, se extendía un amplio aparcamiento asfaltado, con las plazas de coches y autobuses bien señaladas, y cuatro plazas para minusválidos pintadas de amarillo. Se trataba de un gráfico del pavimento, como los que hay en el centro de Zagreb, y era evidente que el dueño se enorgullecía de él. Justo delante de la entrada, a la derecha, estaba aparcado un Jaguar plateado, y al lado una señal de tráfico informaba de que el puesto estaba reservado para el 427-D190. El Jaguar llevaba, desde luego, unas placas de matrícula con esos mismos números.

En la puerta lo recibió un camarero vestido con el traje típico de Dubrovnik y tocado con un bonete rojo. Sin pronunciar palabra, lo guió hacia una mesa junto a la ventana, se inclinó, y se fue calladamente. Luego vino una camarera, también con el traje típico de Dubrovnik, con una bandeja en la que había tres botellas de aguardiente, de hierbas, de uva y de guindas, así como un cestito de mimbre con higos secos y almendras. Depositó todo delante de él y se alejó sin decir palabra. Después volvió el camarero con vasos y una jarra llena de agua, luego otra vez ella, con el menú.

Así le sirvieron, sin abrir la boca. Casi no hubo necesidad. Cada movimiento estaba perfectamente medido, como si lo hubieran ensayado durante meses, hasta acabar, cual bailarines de ballet, transformándose ellos en puro movimiento. No podía apartar los ojos de ellos; ambos lo sabían, les encantaba y lo disfrutaban ofreciéndose y agradeciéndolo al cliente con pequeñas inclinaciones de cabeza, que, según la ocasión, eran más o menos profundas.

Mordió un higo, y enseguida se topó con la mirada de la camarera. Con un elogio mudo, asintió con la cabeza y dirigió la vista hacia el techo, como si mirase al cielo para agradecerle a Dios esos dones, y parecía que a ella se le había quitado un gran peso de encima, como si su vida dependiera de que aquel higo fuera delicioso, después de haberlo traído del otro extremo del mundo sólo para él.

Se sirvió un aguardiente de hierbas y sorbió un poco. Oía a los pinares de Korčula de 1972. Frunció el ceño, y enseguida lo alcanzó la confusa mirada del camarero. A continuación tomó un trago, y frunció el ceño aún más, como un acusado que escucha la condena en La Haya, y se sacudió como un perro mojado por la lluvia cuando entra en casa, lo que en los Balcanes desde siempre significa sólo una cosa: que el aguardiente es bueno y fuerte.

Examinó el menú mientras ellos dos continuaban danzando a su alrededor. La chica regulaba con el mando a distancia el aire acondicionado y el hombre comprobaba el refrigerador de vinos, mostrándole al profesor, como en una antigua puesta en escena de ópera, que en el restaurante Stradun tenían un frigorífico especial para vinos, como no lo había siquiera en algunos de los mejores locales de Zagreb.

Era el único cliente en el Stradun; el Volvo era, junto al Jaguar, el único coche estacionado en el mayor aparcamiento de restaurante que había visto jamás. Al menos doscientos coches y cinco autocares cabían en él.

No le molestaba esta soledad, pero la percibía cada vez más.

Con la cabeza hundida en el menú, cuyas tapas de cuero le recordaban a las que tenía en las manos Miroslav Čangalović mientras cantaba *El oratorio a la revolución* en el Día de la República, el profesor Adum echaba un vistazo furtivo a todo lo que lo rodeaba. Sin que los camareros se dieran cuenta, quería hacer un reconocimiento del espacio, inspeccionarlo y olisquearlo, librándose así de la incomodidad que uno siente cuando se halla por primera vez en un lugar. Deseaba hacerlo sin ellos, sin su baile, su mímica, sus gestos y su puesta en escena, pero era difícil, porque atrapaban inexorablemente cada uno de sus movimientos y miradas, respondiendo a ellos con un adiestramiento perfecto.

De las paredes del restaurante colgaban cientos de fotografías enmarcadas en las que aparecía Dubrovnik; eran de distintos tamaños, pero ninguna más grande que la palma de la mano. Algunas eran sólo postales, fotografiadas en aquel eterno ángulo desde el que se divisa la ciudad vieja con el puerto y las fortalezas, pero la mayoría pertenecía, obviamente, a un álbum privado. En estas imágenes, por lo general en blanco y negro, se observaban partes de la ciudad, las murallas y la calle Stradun con los paseantes, y a veces una familia que posaba: padre, madre e hijo. Junto a la cabeza del profesor, lindando con la ventana, colgaba una fotografía tomada en el parque Gradac. Al lado de un Fiat 1300, se erguía un hombre con enormes patillas pobladas y gafas oscuras, en pantalón corto y camiseta, en la que el profesor reconoció la cara del jugador de fútbol Josip Katalinski. Junto a él, una mujer rubia, de sonrisa amplia, con un niño en brazos. El rostro del crío estaba desfigurado por el llanto, mostrando el aspecto de uno de esos niños que van a morir pronto debido a una enfermedad grave. A sus espaldas, abajo, como fondo, Dubrovnik reposaba al sol. En el borde superior de la foto, estaba escrito a bolígrafo y en letra diminuta: «Julio 75, Mario no quiere comer, pero quiere un helado».

Encima de la barra colgaba un gran escudo croata y a su lado una foto de Franjo

Tuđman, en uniforme blanco de almirante, que, con la vista clavada en el horizonte, vislumbra los diminutos Dubrovnik diseminados por las paredes.

Pulpo a la brasa, ensalada de pulpo, callos de pulpo, *gulasch* de pulpo, langosta a la *buzara*, gambas a la *buzara*, calamares a la parrilla, calamares rebozados, calamares a la marinera, filete dalmata, cabrito al horno, cordero al espetón... Leía automáticamente, como si el menú estuviera escrito en una lengua extranjera, en latín o hebreo, y tan sólo al llegar al cordero, a ese *jagnjetina*, se detuvo, se centró y agrupó sus pensamientos alrededor de la «g» extraña, que en este lugar ya no sonaba como una amenaza, sino como una trágica prueba de la imposibilidad de huir. En el restaurante Stradun todo estaba dispuesto de modo que uno pudiera olvidarse de que se hallaba en Bosnia, en algún punto cerca de Žepče, y hasta el más mínimo detalle estaba subordinado a la demostración, mediante la transformación y la magia, de que entre Žepče y Dubrovnik no existía la menor diferencia, y por eso los croatas de esta región de Bosnia eran idénticos a todos los otros croatas, iguales que los de la calle Ilica, los de la calle Vlaška, los de Gornji Grad en Zagreb, iguales que los de Split o de Stradun, y que se merecían este reconocimiento siempre, porque estaban dispuestos a probar y demostrar de forma muy conmovedora en todo momento y lugar su condición croata. Y así, de esta manera, en el país llamado Bosnia, en la tierra de los desguaces, talleres de vulcanización y cisnes de hormigón, en estos Balcanes, entre banderas verdes y el cirílico, existía un único valor puro y derivado, completamente fundado en la renuncia de sí mismo y de su patria: existían estos tristes croatas destilados.

Pero daba igual, su cordero llevaba añadido esta «g» traidora. A causa de semejante detalle, pequeño, pero importante para la identidad y los orígenes, la gente terminaba antaño en las chimeneas de los crematorios.

Hizo una señal al camarero.

Éste, cual cisne negro, se deslizó hacia la mesa, hizo una pirueta alrededor de la silla del profesor y le faltó poco para terminar de un salto en el regazo de Adum.

–Un bistec poco hecho, por favor, con croquetas de queso, y una ensalada mixta.

–¿Algo para beber?

–Gracias, tengo agua. Tal vez un poco más de aguardiente.

–¡A su disposición!

Tenía una voz ronca, como si hubiera estado de juerga toda la noche, y el duro y amenazador acento del traficante de divisas de delante del café Gradska Kavana en Zagreb. En el año 1993, uno de ellos le dio sin ningún motivo una bofetada. El profesor Adum llamó a la policía, llegaron dos agentes de la calle Petrinjska, pero, naturalmente, el traficante se había largado. Le pidieron el documento de identidad. Karlo, nombre del padre Ilija Baltazar, lugar de nacimiento Sarajevo. Y dígame, señor, ¿qué relación tiene usted con el señor que, según dice, lo ha abofeteado? ¿Ninguna? Interesante, me parece muy interesante, ¿él es también de Sarajevo, y no tienen ninguna relación? ¿Cómo espera que yo sepa que él es también de Sarajevo? Pues porque todos los traficantes de

divisas son bosnias, señor Adum, ¿acaso los croatas se dedicarían al mercado negro de divisas mientras su patria se desangra?

Eso es lo que le dijo, en aquel 1993, el policía delante del Gradska Kavana, y el profesor lo memorizó, se le quedó grabado en la mente y en los oídos. Nunca en su vida olvidaría cómo se fue cabizbajo a casa, y estuvo callado, sin decirle nada a Ivanka, le mintió pretextando un dolor de cabeza, y se tumbó en la cama, ella bajó las persianas para que no le molestara la luz, y durmió hasta el anochecer, luego se levantó, Ivanka le preguntó si se sentía mejor, le dijo que sí, que estaba muy bien, nunca se siente uno mejor que cuando le deja de doler la cabeza.

El camarero tenía la misma voz ronca y el acento de aquel traficante.

No quería pensar más en ello. Miraba la fotografía y repetía en su mente: Mario no quiere comer, pero quiere un helado. Mario no quiere comer, pero quiere un helado. Mario no quiere comer, pero quiere un helado. De los altavoces surgía una música ligera, Buco y Srđan, su canción *Zelenci*, repleta de agudos, con sus límpidas voces de muchachos y ambiente del final de los años setenta. El profesor cerró los ojos y disfrutó. Sentía que una brisa le acariciaba el rostro, como si la camarera bailara a su alrededor y fuera a desaparecer en el momento en que él abriese los ojos.

El bistec tenía por fuera el aspecto de estar demasiado hecho, con cinco líneas negras, carbonizadas, cinco huellas de la rejilla metálica de la barbacoa, pero, al cortarlo, brotó de la carne pura sangre roja que se derramó por el plato, se metió entre las croquetas, las empapó y las tiñó. Comía, y lo que comía le recordaba a la guerra, a las trincheras y la muerte heroica. Cada vez que tomaba un bistec, le pasaban por la cabeza las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial, disfrutaba con el color rojo de la carne cortada y chamuscada, igual que los niños disfrutaban de vez en cuando torturando animales. Una vez le confesó a Ivanka lo que pensaba mientras comía un bistec, y ella se quedó horrorizada. Tan horrorizada que tuvo que mentir y decirle que era una broma. A partir de entonces ya no pedía bistec cuando ella lo acompañaba. Ahora estaba completamente solo en el mundo, en un restaurante en el que no había nadie, entre dos bailarines que no hacían más que bailar, y en el baile no existen dudas morales, gozaba con los regueros de sangre que se derramaban por las llanuras de Francia y Bélgica.

Cuando abrió la cajita de madera en la que el camarero le había traído la cuenta, sonó una voz de ratoncito que recitaba el *Canto a la libertad* de Gundulić. Aunque no lograba reconocer la voz del actor porque la grabación estaba pasada de revoluciones, era posible que se tratara de Rade Šerbedžija.

Al salir, fue despedido con una graciosa reverencia femenina, las puertas se abrieron una tras otra, el camarero le dijo con voz ronca que volviera de nuevo, a lo que el profesor, sin saber por qué, le dio unas palmaditas en el hombro.

El aparcamiento seguía vacío, a excepción del Jaguar y el Volvo.

Continuó conduciendo y adelantando filas de gente en camiseta rojinegra, con bufandas y banderas. Al principio caminaban bordeando la carretera, pero pronto

aumentó el número de los que iban por el centro de la calzada haciendo ondear las banderas, los brazos en alto, con sirenas y botellas de cerveza, e ignorando los coches.

Abrió la ventana, y preguntó qué ocurría.

–Las eliminatorias para la primera división –le respondió un policía–, ¡la final de todas las finales!

–¿Un partido muy importante? –preguntó estúpidamente.

El policía lo miró y se rió:

–Depende. Para ustedes en Zagreb seguramente no. Pero nosotros, si no ganamos hoy, nunca más tendremos esta oportunidad. Entiéndame, no es que no la vayamos a tener en los próximos diez, veinte, cien años, sino nunca más. Cuando nos desentierren dentro de mil años como a la pirámide de Visoko, dirán: Mira, estos son los que en septiembre de 2006 jugaban la final para la primera división. Y luego se oirá un suspiro, como en un estadio lleno.

–¿Habrá atasco?

–Si acaso lo hay, no durará más de veinte minutos. Es lo que se necesita para llenar el estadio. No es el Maksimir de Zagreb, es el Ivančiča gumno, pero para nosotros es como el Maksimir.

–¿Y a mí, me dejarían entrar? –preguntó el profesor, que no sabía cómo demostrarle al policía que no desdeñaba su partido.

–¿A ti? –pasó inmediatamente al tú–. ¿Y qué vas a hacer allí?

–Pues ver cómo acabáis.

–Y a ti qué te importa cómo acabamos –se rió el policía.

–¿Cómo no me va a importar?, me he encontrado con vosotros en mi camino.

–Vaya, ni un *hoya* lo podría haber dicho mejor. Pero no importa, si realmente quieres ir al partido, yo te haré pasar al Ivančiča gumno.

En las tribunas construidas chapuceramente con andamios y tablones de obra se habían amontonado varios miles de personas con banderas rojinegras, banderines y trompetas, tambores, megáfonos, cohetes, bombas de humo y una osa viva, cuya nariz perforaba una gran argolla de hierro, de la que colgaba una cadena que terminaba en la mano de un hombre bigotudo de rasgos gitanos. Una joven tocaba rítmicamente la pandereta, y la osa bailaba de tal forma que temblaban las tribunas bajo sus patas. En los momentos en que se paraban los gritos de ánimo del público o terminaba una canción de los aficionados, el bigotudo tiraba con fuerza de la cadena, y el animal soltaba un bramido de dolor, como la sirena de barco en los grandes partidos, seguido de las risas del público, como en las series de humor americanas, y la multitud urdía chascarrillos a costa de la osa.

–Me dice mi Anda que a ella también le gustaría ponerse un *piercing*. Yo le digo: mujer, mientras vivas bajo mi techo ni se te ocurra. Sin embargo, ahora he cambiado de opinión. Mañana mismo le perforaré la nariz, y cuando se juegue la Liga de Campeones,

el Liverpool-Barcelona, tiraré de ella cada vez que el morenito Ronaldinho se lance a regatear.

Después de quince minutos de diversión con la osa, cuando al animal ya le goteaba sangre del hocico y el gitano permitió que se tumbara en la tribuna y se cubriera con las patas la parte dolorida, de una casita prefabricada de chapa, en realidad un garaje, salió corriendo el equipo local. Una euforia increíble se apoderó de los espectadores, sonaron disparos de todo tipo de armas, el policía sacó del bolsillo un puñado de petardos, encendió la mecha y los tiró al terreno.

El profesor comprobó con la mano si entre tanto alboroto el monedero y la pistola estaban todavía en su sitio.

Mientras los rojinegros calentaban y chutaban la pelota a la red, en el lado contrario del terreno, de un garaje más pequeño y ruinoso en el que ponía Manjača en cirílico, saltaron al campo once jugadores con camisetas amarillas y azules, como las que suele llevar la selección de Brasil. Los silbidos llegaron de todos los lados, y luego un clamor al unísono: «pa-ta-nes, pa-ta-nes, pa-ta-nes...».

–¡Gracias a Dios que en el otro lado también hay croatas, si no se montaría una buena! –gritaba el policía para que el profesor le oyera.

El profesor encogió un poco el cuello entre los hombros, le zumbaban los oídos, como si una batería de morteros hubiera disparado una salva junto a su cabeza, y se preguntaba cómo era posible que hubiera terminado en semejante lugar. Quería parecer simpático al policía, del que todavía no sabía el nombre, quería evitar que el hombre pensase que subestimaba su partido histórico sólo porque era de Zagreb. En realidad, como tantas veces en su vida, el profesor Karlo Adum había deseado que no lo juzgaran en virtud de la matrícula del Volvo. Quería que pensaran que ni siquiera era de Zagreb, sino que únicamente su coche estaba matriculado allí.

Una estúpida obsesión que a edades avanzadas convierte al hombre en idiota. De eso se trata, pensó el profesor. Estaba furioso consigo mismo, pero, en cuanto el policía lo miraba, él sonreía.

–Bastante morenos los nuestros –gritó al oído del agente.

–Brasileños, señor mío, pagados por Zirdum komerc.

Alrededor de todo el campo, uno tras otro, se sucedían paneles publicitarios en los que con letras rojas sobre fondo negro estaba escrito el nombre del principal patrocinador, Zirdum komerc, salvo en un cartel detrás de una portería, descolorido por la lluvia y el sol, en el que podía leerse Energoinvest, Sarajevo.

–¡Once brasileños! –se extrañó el profesor.

–Tampoco lo son los once –chilló el policía–, con cuatro de ellos se la jugaron.

En ese instante empezó el partido, por lo que el profesor no llegó a preguntar quiénes y cómo se la habían jugado a Zirdum komerc con el asunto de los brasileños. El portero era negro como la noche, con aquel peinado afro que ya no se veía desde los tiempos de Boney M y las negras gacelas de piernas largas en los escaparates de los bares de

Ámsterdam, que había recorrido, sin Ivanka, en la primavera de 1981, durante las pausas de un simposio sobre Ana Frank. En la línea defensiva figuraban cuatro mulatos: los dos defensas centrales poseían un tamaño y fuerza temibles, cual reclusos de cabezas rapadas, mientras que los dos laterales eran menudos y pernituerros, como mosquitos que han cobrado forma humana, y corrían sin parar a lo largo de la línea de banda, aunque el partido todavía no había empezado. En el centro del campo brincaban cuatro negros, y en el ataque, un blanco y un mulato. Mientras se colocaban en el terreno, como si fueran a rodar una película de propaganda sobre tácticas futbolísticas, los once, salvo el delantero centro blanco, parecían haber nacido en el mismo pueblo. En el banquillo, junto al entrenador y su ayudante, estaban sentados cinco muchachos locales. En las expresiones de sus caras se apreciaba que habían nacido en un círculo de diez kilómetros, y que estaban muy deprimidos por el hecho de que los extranjeros les quitaran el juego y el pan de la boca.

A Adum le interesaba sobremanera saber en qué consistía el engaño.

En el equipo rival, que había llegado de Herzegovina, había sólo un negro. Jugaba en punta de ataque, y ya en los primeros quince minutos del partido cubrió de luto a los locales, como solía decir antaño con tanto ingenio el reportero de la televisión de Belgrado, Vladanko Stojaković. Antes de que se dieran cuenta, y antes de que en el minuto quince el estadio enmudeciera de tal modo que se podía oír el rumor del riachuelo que fluía al lado del campo, acompañado de los aullidos de la osa, porque el gitano la torturaba de nuevo tirando del *piercing*, el resultado ya era 3-0. El primer gol cayó en el minuto uno, cuando el negro con el número nueve corrió hacia la portería contraria, atravesando el campo por el centro, mientras los anfitriones se volvían a mirarlo casi inmóviles, probablemente para no estropear la perfecta alineación al estilo de Mourinho en la que los había colocado el entrenador. Los dos defensas centrales de cabeza rasurada y frente baja contemplaban obtusos cómo el nueve, pegando a la pelota en su parte inferior, superaba con un globo al portero, que se tiraba como en una función de circo, y como si en ese momento por las pantallas de televisión lo estuviera observando toda la familia en Belo Horizonte, no fueran a pensar que él no había hecho todo lo posible para salvar lo insalvable.

—¡La madre que lo parió, es igual que Mujo Đanin de Banovići! —se llevó las manos a la cabeza un viejo detrás del profesor.

Tres minutos más tarde se produjo otro gol. El portero local sacó mal la pelota, que llegó al lateral de los amarillos, un chaval que parecía no tener ni dieciocho años, menudo, pálido y con una cabeza grande, éste chutó con fuerza hacia delante y a duras penas la alcanzó antes de que saliera por la línea de córner, la centró, probablemente como nunca en su vida, el negro saltó desde el área de meta y la colocó de cabeza bajo los palos.

—¡La madre que lo parió, es igual que Mujo Đanin de Banovići! —repitió el viejo con incredulidad.

El tercer gol fue igual que el primero, únicamente que esta vez el nueve regateó también al portero, para luego, despacio, paso a paso, con esa suerte de desprecio tan popular en los Balcanes que sirve para humillar aún más al adversario ya vencido, haciendo juegos malabares y pasando la pelota del pie izquierdo al derecho, llegar hasta la línea de gol, lanzar el balón al aire y enviarlo de un cabezazo a la red.

—¡La madre que lo parió, es igual que Mujo Đanin de Banovići! —fue lo último que se oyó, antes de que el rumor del riachuelo y los aullidos de la osa fueran los únicos ruidos del estadio.

Se jugaba el minuto diecisiete, un silencio siniestro se apoderó de Ivančića gumno, el profesor, nervioso, frotaba con los dedos sudorosos la pistola en el bolsillo, y el policía miraba al vacío, al horizonte que se encontraba detrás de los sauces que crecían junto al riachuelo, detrás de la carretera nacional de Sarajevo y la colina con la cruz de hormigón, miraba a ese punto lejano que crecía en su interior y le arrugaba la frente, como a un soldado que se prepara para saltar de la trinchera y lanzarse a la carga decisiva.

No se oía ni una voz, miles de cabezas masculinas sintieron escalofríos, sólo el gitano tiraba de la cadena en intervalos regulares de diez segundos, los gruñidos de la osa eran cada vez más altos y dolientes, por su hocico manaba la sangre, se tumbaba sobre el lomo y empezaba a aullar unos instantes antes de que el gitano tirase de nuevo. El animal había aprendido cuándo volvería el dolor, tenía un cronómetro en la cabeza, como si fuera un ser humano.

En el minuto veinte, mientras los rojinegros, atolondrados, corrían tras la pelota y bombeaban hacia la portería del equipo visitante, y los contrincantes se entretenían alegremente moviéndose con pases cortos por el campo, como si jugaran delante de su propio público, el gitano cambió de ritmo.

Ahora tiraba de la osa cada cinco segundos, y ella gruñía, se empinaba, pero no se atrevía a arremeter contra él. El hombre lo sabía, y seguía tranquilamente sentado en su asiento, mientras unas enormes patas con garras afiladas cortaban el aire por encima de su cabeza. La gitana estaba allí, parada, con la pandereta en la mano y la vista clavada en dos jóvenes desnudos hasta la cintura con bufandas rojinegras al cuello. Sus fuertes cuerpos masculinos, en los que se marcaba cada músculo, estaban llenos de cicatrices. Parecían gemelos. Incluso las cicatrices estaban repartidas por igual.

La osa aullaba sin cesar.

—¿Por qué la tortura? —preguntó el profesor al policía.

—¿Quién? —éste se sacudió como si se despertara.

—El gitano a la osa.

—No se trata de ningún gitano —se rió el policía—, te mataría si te oyera. Es Spartak Mijajilović, tan croata como tú, sólo que es coronel del Ejército Croata y general del HVO, el Consejo de Defensa Croata. En Vukovar perdió la mano izquierda. Y la osa es nuestra mascota, ¿no la oyes cómo nos anima? Se llama Angelina Jolie.

La osa continuaba bramando, empezó a echar espuma por la boca, la sangre le

manaba de la nariz, agitaba las patas alrededor de la cabeza de Spartak Mijajilović, se preparaba para golpearle, para arrancarle con las garras la cara del cráneo, pero al instante se paraba, el miedo la vencía, y el dolor se repetía cada vez más fuerte y agudo. Spartak tiraba del *piercing* de Angelina Jolie, le dislocaba los huesos de la cabeza, penetraba en su cerebro animal como un sucio pensamiento humano grande y vigoroso, con la oxidada argolla metálica zamarreaba su naturaleza osuna. Más poderoso que la muerte, cada cinco segundos, exacta e inexorablemente, cual batería de cañones a las puertas de Stalingrado, Spartak destrozaba cada uno de sus nervios.

La gente de alrededor empezó a apartarse. Se vaciaron las filas cercanas a Spartak Mijajilović y a la mujer con la pandereta, huían de él y de la osa, temiendo que las tribunas pudieran ceder bajo el peso del enorme animal, o que, por un prodigio, ellos mismos pudieran convertirse también en víctimas de Spartak.

—Tuđman en persona lo elogió, Tuđman en persona —escupía el policía al oído del profesor—, y lo hubiera condecorado, pero no hubo tiempo, porque Spartak ya había vuelto a Bosnia para defender a nuestro pueblo. Para defender Ivančića gumno.

En ese instante, en el minuto treinta y uno, el nueve regateó casi en el área de castigo a los dos defensas centrales, tiró y dio en el larguero. Un suspiro de alivio se extendió entre el público, pero por poco tiempo, porque el rechace del balón terminó justo en la línea de banda, donde uno de los amarillos, llegando a toda carrera, chutó el balón con toda su fuerza hacia la portería. Semejante balón ni con mil intentos hubiera sorteado tantas piernas para llegar a la meta, ni con otros mil hubiera conseguido pasar entre las piernas del portero y rodar ligero hasta la red.

El resultado era 4-0; un rugido sacudió Ivančića gumno, como si Spartak Mijajilović hubiera arrancado a cada uno de los espectadores una argolla de la nariz, botellas y antorchas volaron hacia el campo, y el partido se interrumpió.

Un hombre gordo, medio calvo y vestido de traje gris con corbata rojinegra saltó al terreno y disparó una ráfaga a lo alto con un Kalashnikov. El alboroto no paró, las botellas seguían volando al terreno de juego, pero por lo menos el público no entró al campo.

—San Ilija —el policía le gritaba al oído—, Zirdum komerc en persona. Mientras esté aquí, la cosa no irá a más.

Diez minutos más tarde el árbitro pitó el final del primer tiempo, los jugadores huyeron a sus garajes y el público empezó a tranquilizarse.

—La madre que lo parió, este brasileño que tienen es igual que Mujo Đanin de Banovići.

—No es brasileño, sino camerunés —abroncó el policía al viejo—, ya nos tienes hartos, más que hartos, tú y tu Mujo Đanin de Banovići, de todos los que en los últimos treinta años nos han dado una paliza, has dicho que eran iguales que Mujo Đanin de Banovići. ¡Que te jodan a ti y a tu Mujo Đanin de Banovići!

—Anda, Stipo, no te enfades, hombre, no es mi culpa que las cosas sean así...

—¿Y quién es Mujo Đanin de Banovići? —preguntó el profesor al policía.

–Nadie, amigo mío, ¿quién va a ser?

–¿Cómo que nadie? –se rebeló el viejo–, tú sí que no eres nadie, y no él. Mujo Đanin es el más grande delantero centro jamás visto en Bosnia. Más grande que Ronaldo y que ese Šuker vuestro.

Al mencionar a Šuker empezó a golpear el hombro del profesor con la palma de la mano, y no paró hasta terminar su disertación. Adum no entendía por qué sabía el viejo que él era de Croacia. No había visto su coche.

–Mujo Đanin era el más grande de todos los que jamás tocaron una pelota, y de los que no lo hicieron también. Entre los hombres jamás hubo uno como Mujo Đanin. Me importa un bledo que fuera musulmán, y tú, Stipo, lo sabes de sobra: los musulmanes me han degollado a dos hijos, sin embargo, no hubo persona más grande que él, por eso, muchacho, escúchame bien, cada vez que en Ivančića gumno alguien nos da por saco, como este brasileño hoy...

–... ¡No es brasileño, sino camerunés!

–... ¡Me importa un pito cómo lo llames tú! Cada vez que en Ivančića gumno alguien nos da por saco como este brasileño, yo digo: *Chapeau*, en verdad es grande como Mujo Đanin de Banovići. Y tú, Stipo, por Dios, deja de decir tonterías y provocarme, que yo podría ser tu abuelo. No te creas que porque te hayan dado este uniforme eres para mí algo distinto de lo que eras. Eso no funciona conmigo, yo he entregado dos hijos por Croacia, y nadie me va a joder impidiéndome que vea el partido como me apetezca a mí. Y usted, señor Šuker, escuche, usted es un hombre culto, y lo comprenderá. Mujo Đanin jugó en Split, en 1952, cuando nosotros éramos jóvenes, un partido de la copa contra el Hajduk. Los de Banovići perdieron 8-3, y los tres goles los marcó él. Era inútil que lo controlaran cinco adversarios, él pasaba entre ellos como un punzón, y le metía el gol al gran Beara, el portero más grande del mundo. Más tarde lo llamaron para que jugara en el Hajduk, pero no quiso. ¡A saber por qué! Probablemente porque era tonto. Pero dime, ¿qué sería de este mundo sin tontos como él? Entre semana trabajaba en la mina, el sábado entrenaba y los domingos jugaba los partidos. Así vivió Mujo Đanin, y así murió. Explotó el metano y los sepultó a él y a veinticinco más. Por eso, y aunque sea mil veces musulmán, yo siempre lo mencionaré, ¡que lo sepas, pedazo de bruto!

El policía se puso colorado y ya dejó de volverse hacia el viejo, intentando entablar una conversación con el profesor para que él tampoco se volviera. Este anciano es uno de esos que les esconden a los extranjeros, pensó el profesor.

–¿Sus hijos murieron? –preguntó al policía.

–Déjelo, no es momento para esas historias.

En el segundo tiempo se oyó tres veces más: La madre que lo parió, míralo, es igual que Mujo Đanin de Banovići. Y en el minuto ochenta, Spartak Mijajilović se levantó demostrativamente del asiento, empujó a la mujer y a la osa hacia delante y filas enteras tuvieron que quitarse de en medio y salir antes que ellos, para regresar de nuevo a sus asientos, pero, por lo que vio el profesor, nadie se atrevió a decirle nada a Spartak.

Cuando el árbitro pitó el final del partido, los rojinegros se fueron abatidos al garaje, y el público se dispersó pacíficamente.

¡Me cago en la madre que los parió, habría que enviarlos a todos a Manjača, al campo de concentración, a ver si se los comen las chinches!, observó alguien, más para sí mismo al término de esta trágica derrota con la que se acababa, como afirmó el policía Stipo, la historia del orgulloso club rural, que por una vez había tenido la oportunidad de luchar para subir a la primera división de Bosnia y Herzegovina.

En vez de continuar inmediatamente el viaje después del descalabro, y como suele hacerse después de un funeral, el profesor Karlo Adum, para prevenir los malos augurios, tuvo que irse a tomar un trago con el policía Stipo. En el café-bar Vatrene 98, «Los fogosos del 98», repleto de fotografías de los futbolistas que en ese año dieron el bronce a Croacia, pidieron un brandy Rubin y brindaron por las almas de los vencidos. Allí el policía le contó cómo unos ejecutivos de Zagreb, ¡maldita sea su estampa!, habían engañado a Zirdum komerc. Fue así:

Hace dos años, cual peregrino, San Ilija fue a verlos al despacho oficial de la agencia, justo enfrente del estadio de Maksimir, y les dijo que quería comprar para su club de fútbol a cinco brasileños. ¿Ni más ni menos que cinco? ¡Ni más ni menos! No hace falta que sean de la misma cantera de la que seleccionan el Hajduk y el Dinamo, dijo entonces San Ilija, pero que sean como los que se llevan los clubes Cibaliya y Hrvatski dragovoljac, jóvenes, sólidos, que no se droguen, y que no estén, Dios los proteja, infectados por el sida, y que, si Dios quiere, después de unos años puedan revenderse bien.

Los ejecutivos, dos jóvenes altos y esbeltos como álamos, con carrera universitaria, y además originarios de Zagreb –Ilija los habría casado en el acto con cualquiera de sus cuatro hijas–, le preguntaron cuánto dinero tenía previsto para estos cinco brasileños. Y el pobre soltó al instante: ¡un millón doscientos!

¿Un millón doscientos qué? Si tanto dinero no tienen ni el Željezničar, ni el Sarajevo ni el Široki, cuando compran así, al azar. Un millón doscientos mil euros, respondió San Ilija a los ejecutivos de Zagreb, orgulloso de su gestión tanto en Bosnia Central como en las pequeñas empresas en Fráncfort y Múnich, razón por la que había dicho más de lo que en principio había pensado.

No es fácil encontrar a cinco brasileños por un millón doscientos, le contestó el ejecutivo mayor. Es fácil hacer un negocio de pacotilla, añadió el joven, pero nosotros no trabajamos con basura, ¿lo tiene usted claro?

Desde luego, ¿cómo no iba a tenerlo claro?, le respondió San Ilija. Con basura se trabaja en Novi Pazar, en Foča y en Modriča, y nosotros aspiramos a Europa. Mi plan es crear un club que dentro de tres o cuatro años pase a jugar la Copa de la UEFA.

¡Madre mía, qué habrán pensado esos dos, cuando el honrado Ilija Zirdum les mencionó la Copa de la UEFA!

Lo importante es que durante un rato hubo un tira y afloja respecto a lo que era

posible comprar por un millón doscientos mil euros, hasta que el mayor de los dos dijo que para ellos era mucho más fácil comprar a quince excelentes brasileños por dos millones de euros, que a cinco por un millón doscientos mil. Así está la situación en el mercado, hoy día incluso los futbolistas se venden mejor al por mayor.

El infeliz de Ilija se lo creyó, a pesar de que no disponía de dos millones de euros, pero decidió suscribir un préstamo en Alemania, relanzar sus negocios de Fráncfort y Múnich, arriesgar algo, pasar parte de las mercancías ilegalmente al otro lado de la frontera, dedicarse al contrabando, suministrar por los quince brasileños diez veces más albaneses y afganos a Occidente, meterse en negocios a los que nunca antes se había dedicado...

Sin grandes riesgos no hay grandes beneficios.

San Ilija firmó los quince contratos incluso antes de ver con sus propios ojos a los jugadores. Sólo los había visto en cintas de vídeo que, entre whisky y caviar, los ejecutivos le mostraban hasta muy tarde por la noche en una suite del hotel Sheraton de Zagreb. Y realmente cada uno de ellos era como un nuevo Ronaldinho, o por lo menos como Kaká.

En los contratos sólo ponía, además del precio, que cada desperfecto de la mercancía corría a cargo del comprador. Es lo habitual en el negocio futbolístico, le dijeron.

Dos semanas después llegó al Ivančića gumno un autocar con catorce brasileños. El número quince no estaba. No le habían dejado pasar la frontera porque llevaba un pasaporte falso, expedido por la administración internacional de Kosovo. ¿Y para qué necesitaba un brasileño un pasaporte kosovar?, San Ilija seguía sin entender nada de nada.

Después de unos entrenamientos, el señor Milijaš, el profesor de educación física en la escuela primaria local, gran entusiasta del fútbol, y según su propia confesión el alumno más leal de José Mourinho, le dijo a Ilija Zirdum que ninguno de los jugadores comprados valía nada.

¡Vaya por Dios, no me hagas eso, te lo ruego, no me lo hagas!

Y así el profesor Milijaš aceptó entrenar a unos brasileños que no tenían ni idea de fútbol, y, aparte de un pequeño sueldito, San Ilija le pagaba todos los meses un billete de avión y dos dietas para que viajara por toda Europa y viera a Mourinho en acción. Con el paso del tiempo alguno de ellos incluso aprendió a jugar, ciertamente peor que la mayoría de los jugadores locales, pero por lo menos cada uno de ellos corría como el demonio, y enmascaraba así el hecho de haber nacido siendo una excepción, una triste excepción: un brasileño sin talento para el fútbol.

El profesor Milijaš, que debido a su devoción por Mourinho había aprendido también un poco de portugués, se dio cuenta enseguida de que cuatro de sus brasileños ni hablaban ni entendían este idioma, sino que se comunicaban con susurros y sólo entre sí en una lengua distinta, más cercana y familiar, y el resto del tiempo callaban como si fueran mudos. Al presionarlos y descubrir a simple vista y sin especiales conocimientos

policiales que sus pasaportes eran falsos, el profesor Srbo Milijaš, con los poco finos métodos de Spartak Mijajilović, que lo ayudaba en el interrogatorio, constató que José Amadeo de Jesus (Makao), Ronson Evidentio de la Prima (Pelé), Ianus Simão Resus de Black (Rivelinho) y Eduardo Edson Sabrosa de Segundo (Fafá) en realidad eran Muharem Isajić, Mustafa Selimovski, Đorđe Asanović y Tarzan Horvat.

Y para que la cosa fuera aún más triste, Isajić, Selimovski, Asanović y Horvat eran los mejores jugadores del equipo, los únicos que, en realidad, tenían algo de brasileño. En las camisetas, escritos en letras doradas encima del número, continuaron llevando los apodos Makao, Pelé, Rivelinho y Fafá, a pesar de que había poca esperanza de que San Ilija los pudiera vender a un club rico como brasileños.

Después del segundo brandy, el profesor dejó que el policía siguiera ahogando las penas por la derrota en el bar Vatreći 98, y continuó camino a Sarajevo. A las seis de la tarde del segundo día del viaje, con los pensamientos muy lejos de la vida que había vivido, llegó a las inmediaciones de Zenica. Un turbio río amarillo verdoso se doblaba como una rodilla, y en ese lugar se erigía una ciudad con hileras de rascacielos y bloques de viviendas con el estilo arquitectónico de finales de los años sesenta y setenta, y con chimeneas de fábricas y altos hornos que, aunque más pequeños que los que el profesor había visto en Magdeburgo, daban la impresión de un socialismo frío como el acero, de fraternidad, igualdad y solidaridad obreras, cuidadosamente vigiladas por la policía secreta.

Le gustó esta Zenica porque, vista desde lejos, le recordaba a su juventud, a los años cincuenta y sesenta, a Sisak, Smederevo y los encuentros de jóvenes autogestionarios, las conferencias sobre las siete ofensivas del enemigo que daba en fábricas de Croacia y de Serbia, las brigadas de trabajo voluntario y la construcción de la autopista a través de Serbia. Nada en esta ciudad, observada así de lejos, parecía haber sido construido ni haber cambiado en los últimos veinte años, cuando la vida de Karlo Adum había empezado a declinar.

Y entonces, en una columna debajo de un viaducto, vio de repente una pintada en árabe, escrita con esmero y precisión en dos colores, con el cuidado de quien no teme que la policía pueda agarrarlo del cuello por hacer garabatos en las paredes. No le gustó lo que veía, pero sabía que más pronto o más tarde eso tenía que ocurrir. Los hombres con caftanes blancos y barbas largas injertadas en fisonomías eslavas, sus mujeres invisibles bajo los burkas negros y con pancartas en las manos, mensajes amenazadores en los muros y en las pantallas televisivas, en las banderas que ondean en los alminares de las mezquitas. Cada inscripción en árabe, con sables, volutas y virgulillas volantes, es una amenaza para los que no están bajo la protección de estos alfanjes. Incluso los más hermosos versos de Rumi, de Al-Ghazali, de Avicena y la traducción al árabe de Goethe parecen completamente iguales: una amenaza de los que desde el Este, por los caminos polvorientos de Líbano y Siria, Turquía, las puertas del Bósforo y Grecia avanzan hacia el corazón de Europa, convertidos en bombas humanas y secuestradores de aviones,

seguidores de Osama Bin Laden, del apuesto y culto príncipe saudí que, igual que san Francisco, harto de la vida libertina de *bon vivant*, decidió sacrificarse en aras del bien. Fue coherente con su sacrificio, no vaciló, no se desvió del camino recto ni traicionó a sus partidarios. No le distrajeron del sacrificio la debilidad humana cotidiana, la cobardía, la irresponsabilidad, la hipocresía e inseguridad, nada de lo que despreciamos en otras personas y ocultamos en nosotros mismos. Lo único que Osama no sabía, si está en nosotros juzgarlo, era determinar qué es el bien, y para el bien de quién había que sacrificar la vida.

Suicidas bomba, *pasdaran*, muyahidines y antiguos guerrilleros marxistas, que graban a periodistas secuestrados y lo emiten en sus televisiones locales, para cortarles a continuación la cabeza con el sable. El periodista saluda a su mujer y a sus dos hijos, una niña de tres años y un niño de uno, y ruega por última vez a su presidente que tenga piedad y acepte el intercambio de prisioneros, y en la siguiente escena su cabeza vuela por el plano, rueda por el suelo de tierra apisonada y se detiene con los ojos clavados en el cielo, allá arriba donde ya no hay un Dios francés, alemán, italiano o británico, pero sigue reinando el Señor Bendito, Justo y Misericordioso Alá, cuya sola evocación hiela la sangre en las venas de los occidentales, los cuales, por un reflejo condicionado, saben que Su nombre en los labios significa lo mismo que el sable que blanden hacia la cabeza del periodista secuestrado.

Pero el profesor Karlo Adum lleva la pistola.

Con esta pistola se defiende de Osama Bin-Laden y de los pensamientos que le suscitaba, se defiende de los suicidas bomba y de los secuestradores, se defiende del mensaje en la columna del viaducto, escrito en un punto en el que orinan los perros y que, con toda certeza, no se halla en ese lugar tan indigno para glorificar a Dios, sino para que lo vean, y para que lo teman, los que no son musulmanes.

Por eso el profesor Karlo Adum había cogido la pistola.

Y además añadiría, para explicárselo a sí mismo –ya que no había otros que pudieran o quisieran oírlo–, que él, hacía mucho tiempo, cincuenta y dos años más o menos, al huir con mamá Cica de Bosnia, y un poco más tarde, al comprender que jamás volvería a esta tierra, que la ocultaría en el propio nombre, en el lugar de nacimiento silenciado y en el acento que aflora como la sarna y es imposible de ocultar, ya entonces él en su cabeza y en su corazón, aunque todavía sin definir y expresar, pensaba y sentía lo que hoy piensa y siente el mundo entero.

Vistos desde lejos, los alminares pueden ser bonitos, las mezquitas en Estambul, comparables a las iglesias de Roma; unas y otras son lugares que los turistas visitan y admiran, como también admiran los museos del holocausto y los restos calcinados de los campos de concentración. Siempre hay algún japonés que con el flash de su cámara de fotos muestra la verdadera magnitud de esta fascinación. Entre el Vaticano y Santa Sofía, el profesor lo había comprobado con sus propios ojos, no había diferencia alguna.

Pero vistos de cerca, los alminares son otra cosa. Son lugares alrededor de los cuales

no hay espacio para infieles, y esto se les hará ver cada día, aunque con una afable sonrisa oriental en el rostro eslavo, y al final, si no captan el mensaje, se les dirá en voz alta. El profesor lo sabía muy bien, y que nadie intentara convencerlo de lo contrario.

Por eso el profesor llevaba la pistola.

Acechaba a izquierda y derecha buscando nuevas pintadas, pero no había más. Las paredes estaban empapeladas, quién sabe desde cuándo, con carteles de partidos políticos que palidecían y se desprendían como piel humana quemada, y no había nada más. A ambos lados de la carretera aparecían casas diseminadas sin revoque, delante de las cuales estaban aparcados coches muy viejos, coetáneos del Volvo, en su mayoría Golf y Yugo 45, y la ropa se secaba en cuerdas tendidas entre largos palos de madera. Poco a poco empezó a caer la noche, y la ira del profesor, provocada por alguien que quería asustarlo con un mensaje en árabe, se fue aplacando.

La gente estaba sentada a la orilla del río, una barbacoa humeaba, vigilada por un hombre en camiseta con la cabeza cubierta por un pañuelo con un nudo atado en cada punta, que agitaba el periódico para avivar las brasas. Los demás miraban como hipnotizados la corriente y reposaban los ojos en el río, que fluía tal como aseveraba Heráclito. No les molestaba que el agua no fuera limpia y azul, como tampoco les molestaba que una decena de metros a sus espaldas fluyera el tráfico, cubriéndolos con el hollín de los tesoros sin quemar de la península arábiga: en realidad nada molestaba a aquellas personas que parecían estar, en vísperas del fin del mundo, disfrutando de su pequeño paraíso.

Eso lo hizo vacilar por un momento. El profesor no era un intolerante, y siempre lo destacaba con orgullo. Si a final de curso un alumno necesitaba una nota mejor para obtener la calificación global de sobresaliente, Adum estaba dispuesto a dársela. Lo sabían todos. El profesor Karlo Adum no era un intolerante. Que se tuviera en cuenta cuando se hablara de él. Por eso mismo, al observar a estos pobres que habían venido en sus Zastava 101 o sus Yugo, que hacían su barbacoa y se divertían viendo el río fluir, pensó que ellos probablemente también eran musulmanes y que no habría sido correcto que lo hubieran oído un momento antes.

Son desgraciados, cavilaba el profesor Adum, pero justo por su desgracia son capaces de cometer todo tipo de maldades. Por eso se había llevado la pistola en ese viaje.

De nuevo iba muy lento. Una caravana de vehículos militares, camiones, blindados y jeeps, con las luces giratorias de emergencia y las sirenas, lo adelantó, empujándolo contra el bordillo. Conducía con las ruedas derechas por la gravilla del arcén, dando saltos a causa de los socavones y los baches, hasta que finalmente rozó el encintado. La chapa crujió y chirrió el parachoques de plástico; por primera vez en treinta y un años el profesor había dañado la pintura del Volvo.

Tocó el claxon, pitaba histéricamente a los camiones para que se apartaran de su carril, blasfemaba, pero no lo oían ni le hacían caso. La chapa crujió de nuevo, el profesor sintió un pinchazo en el corazón, estaba arañando el bordillo, porque tan sólo a un palmo

de su oído giraba la enorme rueda de un vehículo militar blindado, un anfibio o un tanque, a saber lo que era.

Por suerte, era el último vehículo de la caravana. Llevaba una banderita americana tremolando y, al igual que los camiones y los jeeps, tenía matrícula americana. El profesor memorizó los números de dos: US Army 265 y US Army 272. Pensaba denunciarlos en la primera comisaría de policía, pero luego se dio cuenta de que sería completamente inútil. Un viejo de Zagreb llega a un puesto de las fuerzas del orden en una provincia de Bosnia, entre Zenica y Sarajevo, en el quinto pimiento, donde denuncia al ejército estadounidense por una infracción de tráfico. Sería un buen comienzo para una película sobre gente extravagante. El profesor Adum no quería de ningún modo que lo consideraran extravagante.

Encendió un cigarrillo, el primero en los últimos dos días.

En un ensanche de la carretera, entre un montón de basura que alguien había descargado allí, se paró y, fumando, examinó el costado dañado de su viejo Volvo. La herida que los americanos habían infligido al profesor consistía en cuatro arañazos grandes, que dejaban al descubierto la chapa gris, fea como la celulitis en el trasero de una antigua belleza. Pero nadie más que él tenía la culpa, por ser codicioso y haber emprendido este viaje.

Aspiraba el humo de tabaco y se imaginaba qué feliz sería ahora si pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Rompería el telegrama, olvidaría esta, de antemano sospechosa, confabulación con Tadija Melkior y el abogado, el doctor Jozo Sunarić, no ansiaría una herencia tan incierta, un dinero que le había legado un hombre centenario de Sarajevo, sino que viviría su vida, conduciría el coche que fielmente le había servido durante los últimos treinta años, sin dejarlo nunca en la estacada.

Se emocionó al empezar a pensar, de manera automática, en el Volvo como en un ser vivo, un animal herido, que yacía en medio de basura, entre *tetrabriks* aplastados de leche cortada, bolsas de nailon con logotipos de cadenas comerciales austriacas, montones de pan mohoso, verde como la campana de la iglesia de San Blas, latas de aceite industrial, cartuchos de tóner gastados, cintas de máquina de escribir –que ya no necesitaba nadie– y un montón de desechos de procedencia dudosa. Al profesor se le saltaron las lágrimas, fácilmente, como nunca antes le había sucedido, y, asombrado, rompió a llorar como no lo había hecho desde que era niño, de manera tan escandalosa que parecía querer llamar la atención de alguien con su llanto.

Siguió conduciendo, pasó por Kakanj y Ćatić, por una cementera aterradora que parecía un museo de arte contemporáneo, tal como lo imaginan los ociosos comisarios de exposición de Zagreb mientras recaudan dinero en el Ministerio de Cultura para traer del ancho mundo la exposición de conejos fluorescentes vivos, el último grito de las artes aplicadas, el *Guernica* de nuestro tiempo. Pero el profesor pensaba menos en los conejos, y más en los americanos.

Podía entender a Osama Bin Laden, incluso podía identificarse con él, pese a no ser

un fanático ni un héroe, pero no lograba entender a Bush, ni a aquella negra suya con rasgos de sirvienta blanca fea de las películas de principios de los años cuarenta, aquella *Condolencia Arroz*, ni lograba comprender a sus conductores, que a miles de kilómetros de sus hogares se divertían sacando coches de la carretera. Debían de tener prisa por llegar a alguna parte. ¿Y adónde diablos podrían ir los americanos con tanta prisa en Bosnia?

Durante el comunismo, y mientras Yugoslavia se consideraba un país comunista, en la capital de cada una de sus repúblicas existía un Centro Americano. Se trataba, por lo general, de un local en el centro de la ciudad, con enormes escaparates de cristal, en los que los americanos colocaban fotografías de su país, de sus ciudades, pueblos, bosques y desiertos, imágenes todas de la libertad, la democracia y el bienestar, sobrecargadas de colores, como si estuvieran destinadas a daltónicos, fotos llenas de caras sonrientes de todas las razas, fotos de gente vistiendo todo tipo de trajes típicos, sombreros de vaquero y plumas de indio. La democracia y el capitalismo en los escaparates de los centros americanos se parecían a Disneylandia.

Mientras paseaba con la señora Ivanka por Zrinjevac, yendo de una tienda de libros antiguos a otra, el profesor solía echar un vistazo a las fotos del escaparate americano. A veces entraban, hojeaban revistas y libros, y los jóvenes empleados, en traje azul de misionero baptista, los animaban a que cogieran material y se lo llevaran a casa. Ivanka, en ocasiones, cogía algún librito o folleto, por cortesía, para no ofenderlos, pero luego lo tiraban en la primera papelera. Nunca llevó uno de estos libros y prospectos a casa, a pesar de que era como una urraca que arramblaba con todo tipo de cosas, incluso objetos que al cabo de dos semanas se convertían en basura. Impresas en papel caro, graso como un codillo, las imágenes multicolores del Centro Americano eran basura en el mismo instante en que uno las cogía.

Pero estos escaparates, sobre los que ondeaba la bandera, siempre limpios, altos y vastos como la mitad de un campo de baloncesto, eran los escaparates de la libertad. No por lo que se exponía en ellos, que no dejaba de ser un material ingenuo y ridículo, coloreado como un puñado de caramelos, sino porque mostraban un mundo que se diferenciaba del nuestro ya por sus intenciones. Las vitrinas del Centro Americano estaban protegidas por policías, para que a nadie, ni por azar, se le ocurriera tirarles una piedra. Y en verdad, nunca nadie lo hizo.

Y cuando el comunismo cayó, los centros americanos se convirtieron en embajadas. En Zagreb, en Zrinjevac, reforzaron los grandes escaparates con rejas y planchas metálicas, pusieron pilares de hormigón en el acceso, los policías identificaban incluso a los paseantes casuales, y sólo se podía entrar al edificio después de un control exhaustivo. Al llegar la democracia, o la libertad que los americanos anunciaban con sus fotografías coloreadas, los escaparates se transformaron en búnkeres, las salas de lectura en oficinas para controles de seguridad, y a los jóvenes sonrientes en traje baptista los sustituyeron asesinos a sueldo y cazadores de cabezas árabes. No tardaron en construir

una embajada nueva en Buzin, justo a la entrada de Zagreb, que pese a ser visible desde los cuatro puntos cardinales, por su ubicación y funesto aislamiento recordaba al Kremlin. Tras sus paredes de cristal reinaba el malvado Mickey Mouse.

Contra él, la pequeña pistola era impotente.

Cuando por fin se tranquilizó, apagó el cigarrillo, montó en el coche y continuó el viaje. Antes del desvío para Visoko, la estrecha carretera nacional se convirtió en una autopista. Había anochecido hacía tiempo, las luces largas de los coches que venían en dirección contraria lo deslumbraban, estaba cansado y harto de todo. No se había informado de los precios de los hoteles en Sarajevo, ni de cuál sería el mejor lugar para pernoctar. Tenía apuntado el número de teléfono del abogado Sunarić, y era lo único que conocía en Sarajevo.

Bueno, conocía también una dirección: callejón de Balibegovica, número 3, frente a la tahona de Behdžet. Esta coletilla, «frente a la tahona de Behdžet», no significaba nada, pero sin ella, Karlo tampoco recordaría la dirección del callejón de Balibegovica, número 3. En la época en que mamá Cica le preguntaba dónde vivía, para que la gente supiera adónde llevarlo si se perdía, ya no existía la tahona de Behdžet, tampoco existía antes de la guerra, había ardido antes de que naciera Karlo, pero su vecino musulmán, Bahrija, que le enseñaba a cantar canciones *ustachas* y otras cosas, lo instruyó también para que dijera que vivía en el callejón de Balibegovica, número 3, frente a la tahona de Behdžet, porque si lo decía así, le explicó, los que lo encontraran sabrían que era del barrio de Bistrik, y no un pueblerino recién llegado, y se ocuparían de él. A mamá Cica le gustó que Bahrija le enseñara el nombre de la calle, pero no le gustó demasiado el detalle de la tahona de Behdžet. No le hará falta, le decía a Bahrija, no se quedará toda su vida en Bistrik, ni tampoco en Sarajevo, si Dios quiere, irá a Zagreb, estudiará allí, y nunca más volverá. Lo nuestro es Zagreb, allí está la salvación para los croatas. Y Bahrija, que era *ustacha*, miraba a mamá Cica con tristeza, como a una mujer guapa que nunca le pertenecería, y como a una croata que podía determinar en qué medida uno era o no croata. Le dijo que eso no estaba bien. Y ella le respondió con altivez que los musulmanes a la sazón podían ser la flor y nata, porque, gracias al *Poglavnik* Pavelić, en los tiempos que corrían, en los parques croatas crecía todo tipo de flores, pero tal vez el día de mañana, Dios no lo quisiera, vendrían otros tiempos, en los que los musulmanes ya no sólo no serían croatas, sino que ocultarían que alguna vez lo habían sido.

No le sirvió de nada a Bahrija ser oficial *ustacha* y haber ido a Zagreb a dar el parte al *Poglavnik*, no podía hacer nada en contra de mamá Cica. Mientras existiera el Mona Grazia y hubiera oficiales alemanes y señores italianos, ella podía decir lo que se le antojara. Y cuando desapareciera el Mona Grazia, desaparecería también Bahrija. De él no quedaría en Bistrik, en Sarajevo, ni en este mundo más que el callejón de Balibegovica, número 3, frente a la tahona de Behdžet. Y hete aquí que, incluso hoy día, sesenta años después, Karlo no conseguía recordar su primera dirección sin esta coletilla innecesaria.

La autopista se terminó tan repentinamente como había empezado. De nuevo en mitad del camino, casi sin una sola señal, un poco antes de entrar en Sarajevo, los cuatro carriles se convertían en dos en peor estado aún y con más socavones, que, probablemente, no se habían reparado desde antes de la guerra. La ciudad comenzaba con los contornos de unas ruinas, almacenes de material de construcción, casas llenas de parches de gente pobre e innumerables tiendas de chinos. A ambos lados de la vía había filas de coches aparcados, las personas surgían de todas partes, delante de una gasolinera verde habían chocado un Jeep con matrícula diplomática y un Fiat 500 amarillo de fabricación polaca, del que salía un hombre entrado en años y con una brecha en la cabeza. En el Jeep no se veía ni un rasguño, y el cochecito estaba completamente destrozado. El hombre se puso en mitad de la carretera y detuvo el tráfico.

–¡Vosotros seréis mis testigos! –gritaba.

El coche del profesor era el tercero en la fila. Delante de él hacía sonar el claxon frenéticamente un Audi negro que intentaba sortear al hombre por cuyo rostro corría la sangre, manchándole la camisa blanca como la nieve. Llevaba un traje negro con corbata y evidentemente volvía de algún tipo de celebración.

–Pues no te escaparás –se arrojó sobre el Audi–. Te quedarás aquí tanto como yo.

De repente, con un chirriar de ruedas, el Audi torció hacia un lado, lanzando al hombre lejos. Cayó bocabajo en el barro junto a la carretera.

Mientras se levantaba, el Audi continuaba su camino, seguido por el Peugeot 206, con matrícula de Split, a cuyo volante se sentaba una morena de pelo largo, que no había parado de hablar por teléfono.

El profesor Adum no se movió. A sus espaldas pitaban, pero él no avanzaba. No porque quisiera quedarse y testificar del accidente, que además no había visto, sino porque no podía apartar la vista del hombre del Fiat 500 amarillo, esa planchita, como llamaban en algunos lugares a ese modelo.

Podría ser de su edad, o un poco más joven, pero después de que se levantara del barro y empezara a andar vacilante, ya no parecía alguien que volvía de una fiesta. En un instante el hombre se había hundido, había cambiado y se había transformado en un payaso vagabundo.

–¡Usted testificará por mí! –se le acercó tambaleándose y empezó a golpear el capó del Volvo.

El profesor, tranquilamente, sin fijarse si alguien lo observaba, cogió la pistola de la guantera, la guardó en el bolsillo y salió.

–Señor, usted es mi testigo, ha visto que ella se saltó el ceda el paso al salir de la gasolinera –el hombre se serenó un poco.

–Pero, de verdad, yo no he visto nada.

–¿De verdad?

–Créame, no llegué a verlo.

El hombre dio la vuelta sin pronunciar palabra y se dirigió hacia el Jeep. El profesor

fue tras él, quería explicarle que realmente no había visto nada, que no mentía, que no tenía ningún motivo para mentir, llamaba al desconocido: ¡Por favor, señor!, pero éste no respondía.

En el Jeep, tras el volante, que estaba en el lado derecho, se sentaba una mujer pelirroja con pecas, muy menuda y alrededor de la treintena. A su lado estaba un varón de rasgos indios, pelo negro y tez olivácea; en los asientos traseros había tres niños, dos chicos y una niña pequeña, que, ya a primera vista, parecían el anuncio de una asociación de amistad indiodanesa.

La mujer aferraba el volante con las dos manos y miraba hacia delante como si estuviera conduciendo. Su acompañante fingía no ver al viejo manchado de barro y sangre, que histéricamente tiraba de la manija de la puerta del Jeep y tocaba con el dedo índice, grande y peludo, en el cristal. Fingía también no ver al otro hombre, más o menos de la misma edad, que se había acercado al primero por la espalda y movía los labios como si le estuviera diciendo algo.

Tenían el aspecto de esperar a la policía, que los salvaría de esa situación.

Y los niños, como niños que eran, observaban curiosos a los hombres de fuera, obviamente extrañados porque mamá y papá fingían no verlos. A decir verdad, debía de haberlos asustado un poco el hilo de sangre que corría por la cara del tipo que golpeaba la ventana, aunque sus padres hacían como que no lo veían.

—Tranquilícese, señor, vendrá la policía, todo saldrá bien —decía el profesor Adum, pero el hombre no quería oírlo, y seguía golpeando y tirando de la manija de vez en cuando para ver si por un milagro se había desbloqueado.

Alrededor ya se arremolinaba la gente, comentando alegremente el incidente y proponiendo al viejo que cogiera una piedra y rompiera la ventana del Jeep. La fila de coches rodeaba el Volvo, parado en mitad de la carretera, por el lado interior, cruzando el charco y el barro; también se acercó el empleado de la gasolinera, vistiendo un mono verde y camiseta amarilla. Exhortaba al viejo a que esperase a la policía, a que dejase de golpear la ventana y de tratar de hacer saltar la cerradura, y de comportarse como un loco. Actuaba con poca delicadeza, como si no hablara con una persona mayor.

La joven limpiacristales de la estación de servicio trajo una gasa, vendas y alcohol. Mojó un pañuelo de papel y alargaba la mano para limpiarle al hombre la cara cuando se oyó con toda claridad:

—¡Ahhhh!

Sonó poco convincente, como en una mala función de teatro, y alguien soltó una risa breve, mientras el viejo se desplomaba sobre el asfalto. El profesor se apartó con un movimiento brusco, como si estuviera ante un enfermo contagioso, y enseguida se encontró mirando las espaldas de los que se agachaban o arrodillaban alrededor del viejo. Un cuarentón de pelo corto, al que todos llamaban doctor, le masajeaba el corazón, al principio suavemente, como en las series americanas de hospitales, para luego empezar a

golpearle el pecho y casi saltar encima de él, rompiéndole la caja torácica, pero fue en vano...

–Se nos va el profesor Pandžo –dijo primero el empleado de la gasolinera.

–Se ha desplomado de golpe.

–Un infarto.

–O una hemorragia interna.

–Ay, pobre profesor, no hace ni seis meses que enterró a su hija.

–Es lo que lo hizo pedazos.

–Hay que llamar a su hijo. ¿Tú tienes el número de Fejzulah?

–¿Qué Fejzulah?

–Pues qué Fejzulah va a ser, el hijo del profesor.

–¡Qué dices!, si desde la guerra no le dirijo la palabra.

En ese momento el profesor Adum comprendió que, para todas aquellas personas, el viejo no era un desconocido. Antes de que se desplomara muerto, nadie había demostrado que lo conocía. Estaban parados alrededor, miraban cómo intentaba abrir el Jeep, intentaban disuadirlo de que lo dejara, pero en ningún caso habían dado señales de conocerlo.

–¿De qué era profesor, qué materia impartía? –le preguntó al empleado de la gasolinera.

–Qué sé yo, algo en arquitectura –contestó el otro, mirando a un lado. El profesor sintió que se le había quitado un gran peso de encima.

Una vez más miró a la mujercita pecosa, que continuaba agarrando fuertemente el volante, como si estuviera entrenando en un simulador de conducción, y a su indio, que miraba hacia delante, como si siguiera el trayecto, y a los niños, que, tranquilos y quietecitos en sus asientos, parecían esperar a que se llevaran al cielo al anciano muerto.

Subió al Volvo y advirtió que le habían arrancado el espejo izquierdo. Probablemente alguien que intentaba esquivarlo se había enganchado, lo había arrancado y ni siquiera se había detenido. Pero el profesor no se alteró. En ese momento, pero sólo en ese preciso momento, el retrovisor arrancado no le parecía importante en la vida.

Bajó a la ciudad por un viaducto que rodeaba un viejo cementerio católico con una capilla en medio. Dondequiera que vieres un templo de Dios, le decía la hermana Pankracija mientras le atizaba en los dedos con una vara, tú haz la señal de la cruz. Lo castigaba para que lo memorizara mejor, mientras a él le bailaban los dedos como a un pianista de *jazz*, pero no se atrevía a retirarlos, porque entonces le daba con el cucharón de remover la ropa en remojo, y gritaba: ¡Vuelve al camino recto, pecador, más que pecador! Eso era en el otoño de 1944, cuando mamá Cica iba a Eslavonia para conseguir en el mercado negro huevos, panceta ahumada y queso y, en realidad, sin que lo supiera su padre, estaba en Opatija, con el coronel Weber-Stipčević, en un viaje romántico. Lo había dejado al cuidado de la hermana Pankracija, que le prometió a mamá Cica que le

quitaría la costumbre de orinar en la cama por la noche. Tenía ya tres años, era hora de que lo dejara.

Y luego mamá volvió bronceada y eufórica, con las bolsas llenas de panceta, cebolla, huevos, queso y manteca de cerdo, y con una gran tableta de chocolate para Karlo. Papá Ilija miró tristemente primero el chocolate y luego a mamá Cica, pero ella no rehuyó su mirada. Esperaba que le preguntara de dónde había sacado el chocolate en Eslavonia, pero él no preguntó nada; aquellos días se dedicaba a maldecir con mayor intensidad a su hermano, el condenado Tadija, rascaba con los cuatro dedos la pared, hasta que se le cayeron las uñas y se le abrieron heridas en las yemas, y siguió escarbando con las huesos desnudos en el revoque.

El profesor contempló el cementerio al lado del cual descendía, y se le ocurrió que tal vez su vida habría sido diferente si hubiera obedecido a la hermana Pankracija y se hubiera santiguado ante cada iglesia, cada templo de Dios y cada capilla de cementerio. De haberlo hecho, quizá ahora no estaría conduciendo de noche y sin retrovisor.

Al centro de la ciudad se llegaba por una avenida ancha cortada en el medio por los rieles por los que circulaban viejos tranvías destartados haciendo un ruido insoportable mientras recorrían los últimos trayectos de ese día. Ya eran más de las once y no había mucho tráfico. El profesor conducía despacio y observaba los alrededores para ver si reconocía algo de la ciudad en la que había vivido antaño. Pero lo rodeaban edificios nuevos, rascacielos y torres de cristal, nada que le resultara familiar. Tan sólo al llegar a Marijin Dvor reconoció la iglesia, a la que iba con mamá Cica a la misa del alba para que ella viera al general Drinjanin, pero ya no había farolas, ni árboles de los que colgaba gente. Los habían cortado junto con los muertos. Después de la guerra también pasaba por delante de la iglesia, pero no la reconocía, ni recordaba la misa del alba, ni los cadáveres morados cubiertos por el primer rocío de la mañana.

Buscó un hotel.

Conducía por el paseo del río Miljacka, aquí y allá se cruzaba con algún transeúnte, unos jóvenes esperaban en la acera delante de un club nocturno del que salía una música ruidosa. El rapero Edo Maajka chillaba algo sobre un asesino a sueldo, originario de Srebrenica, y Dado Topić cantaba el estribillo: Para qué vida debo nacer, para qué juicio final tengo que vivir. Mira por dónde, eso también estaba de moda ahí.

Cuando los padres de su edificio protestaban porque sus hijos iban a escuchar a Edo Maajka, el profesor Adum los intentaba convencer en el ascensor de que eso no podía ser tan malo. Aunque el joven cantante era de Bosnia, de donde había huido siendo niño, el profesor se sentía cercano a él. Lo elogiaba en la sala de profesores el último año mientras todavía enseñaba. Todos solían sorprenderse de que él, de repente, defendiera semejante música.

Había comprado la cinta y la había oído en el coche, hasta que se cayó a pedazos. No compró otra. Pero siguió defendiendo al cantante frente a los preocupados padres. Y frente al Cartero, que había prohibido a sus hijas ir a conciertos de este tipo, y luego, con

el novio de Dubravka, presidente de la asociación municipal de inválidos de guerra, acabaron en Samobor, en el concierto del cantante folclórico serbio Miroslav Ilić.

¡Ay, Rado, ay, Radmila, qué me has hecho; ay, ojos, ojos míos, las lágrimas me corren como ríos!, se quejaba amargamente el Cartero después de esa noche, pero ya no había remedio. De aquello resultó una moraleja pedagógica que el profesor utilizaba siempre que se le ofrecía la oportunidad. En secreto estaba furioso con el yerno del Cartero, Anto Beribak, inválido y héroe de guerra, pero no podía confesárselo a nadie.

Llegó al final de la ciudad, la señal indicaba que más allá la carretera llevaba a Pale, por lo que torció a la izquierda, rodeó el edificio que aparecía en todos los reportajes de guerra de la CNN y se encaminó de nuevo hacia el centro. En ocasiones divisaba el anuncio de un hotel, pero estaba prohibido girar, o no había sitio para aparcar, o el hotel le parecía demasiado caro o sospechoso.

Había pasado la medianoche cuando se detuvo delante del hotel Mauretaniya. No tenía aspecto de ser caro, y también le atraía el nombre. Se trataba de un edificio de viviendas viejo y gris, construido probablemente en tiempos del Reino de Yugoslavia, detrás de la antigua estación de ferrocarril. Era evidente que el que tuvo la idea de convertirlo en motel no contaba con clientes de cierto estatus. Pero eso no le preocupaba al profesor.

Aparcó justo delante de la entrada, comprobó que tenía la pistola en el bolsillo, sacó la maleta del maletero, y quiso entrar. La puerta estaba cerrada con llave. Llamó un largo rato al timbre, y no desistió porque no sabía adónde dirigirse a esas horas, hasta que por fin, después de unos diez minutos de llamar, se oyó una sarta de improperios, pero de los más sucios, de esos que se le ocurren a uno en el momento, y apareció un tipo enorme y sin afeitar, sudando a chorros, como si en aquel preciso instante hubiera salido de una fundición. Iba subiéndose los pantalones y, mientras lo hacía, el pene se le salió por la bragueta. Con un movimiento rápido se lo guardó, pero a través del cristal de la puerta el profesor pudo ver toda la magnitud de su erección, y el individuo tenía que saber que lo había visto.

–Sí, por favor, ¿qué se le ofrece?

–¿Tienen habitaciones libres?

–Depende de lo que busque.

–Una individual.

–Tal vez haya alguna.

–Pues, ¿lo puede comprobar?

El recepcionista seguía sudando a chorros,apestaba a ajo, a la loción de afeitado Pitralon y a alguna sustancia química que el profesor no lograba identificar. Fue hasta el mostrador, abrió y cerró inmediatamente un cuaderno, y dijo que la habitación 123 estaba libre; primera planta, escalera izquierda.

–La habitación tiene teléfono, para el exterior pulse el nueve, pero no telefonee ahora si no es realmente necesario, porque entonces a mí me suena la centralita en la habitación y me taladra el oído. Y además, ¿a quién iba a llamar a estas horas?

El profesor se dirigió hacia la escalera, el recepcionista le gritó:

–¡Y el pasaporte, no me ha dado el pasaporte!

Tardó un rato en sacar el pasaporte del bolsillo, para evitar que se le cayera la pistola. El recepcionista esperaba y sonreía, lo que puso al profesor más nervioso aún.

–¡Aquí esta!

–Albricias, por fin ha aparecido. Si necesita alguna cosa más, para que lo sepa, yo me llamo Atila.

El cuarto era amplio y con pocos muebles: un armario traído de una vieja oficina socialista y un catre militar, sobre el que descansaba un colchón que sobresalía, hundido en el centro como un arco. Sobre la cama colgaba una fotografía en blanco y negro, cubierta de cagarrutas de mosca, que mostraba el barco *Mauretaniya* anclado en el puerto de Southampton. Cerró la puerta con llave, apoyó la silla contra ella, para que se cayese y lo despertase si alguien intentaba entrar, luego puso la pistola bajo la almohada, y se durmió en el acto.

Soñó de nuevo el mismo sueño que la noche anterior a su partida de Zagreb.

Caminaba por las calles de una ciudad desierta, por delante de edificios cuyas ventanas estaban todas tapiadas. Sabía que soñaba, recordaba cómo la última vez en el mismo sueño había dado un puñetazo en la pared y que la mano le había dolido mucho. Por eso las metió en los bolsillos. En el derecho estaba la pistola. Igual que en la ocasión anterior, pronto apareció una carroza fúnebre que se detuvo delante de él. Dentro estaba el mismo ataúd, con la cruz en la que se distinguían las arrugas alrededor de los ojos y la boca del Cristo. El profesor recordaba que era él quien yacía dentro del féretro, pero, a pesar de ello, lo abrió. Al instante ya no era el que estaba apostado junto a la carroza, sino sólo el cadáver del ataúd. Se sorprendió y se asustó. Intentaba moverse, pero no podía. Estaba realmente muerto, con la boca entreabierta y los ojos desorbitados. Al lado de la carroza estaba Atila, sudoroso, con una camiseta de marinero y calzoncillos a través de cuya bragueta asomaba una polla nudosa, surcada por venas azuladas, con un grueso glande morado, en cuyo agujerito aparecieron dos gotas claras mientras se acercaba al féretro.

Quería saltar fuera, pero no podía; quería gritar, pero no emitía sonido alguno. Con la boca entreabierta y los ojos fuera de las órbitas, el profesor Karlo Adum observaba su propia muerte.

Gritó y se cayó de la cama golpeándose la cabeza contra el borde del armario. Le dolió muchísimo, el dolor se extendió desde la sien por todo el cráneo, descendió a lo largo de la espina dorsal, hasta los pies, que por un momento no pudo mover. La orina empezó a deslizarse por las piernas.

El baño estaba al final del pasillo. Caminó envuelto en la toalla por el sucio entarimado que crujía bajo sus pasos. De las habitaciones vecinas asomaban cabezas.

–¿Qué golpes son éstos, y a estas horas? –un hombre con la cabeza rapada y fuerte acento extranjero lo miraba. Detrás de él había tres mujeres, dos chicas jóvenes y una señora mayor, que podía tener incluso unos sesenta años. Esta última estaba desnuda

hasta la cintura. El profesor tuvo la impresión de seguir soñando, o de que se había golpeado demasiado fuerte en la cabeza y ahora sufría alucinaciones.

La puerta del baño era imposible de cerrar.

Intentó bloquearla con una suerte de armarito, pero al moverlo, de debajo salieron corriendo en todas las direcciones cucarachas, chinches, cochinillas de humedad y toda clase de insectos que jamás había visto. Descalzo y sobrecogido, se quedó clavado en el hormigón mojado.

La ducha no funcionaba bien, no había mezclador de agua, por lo que de unos agujeros manaba un chorro de agua fría como el hielo y de otros salía ardiendo. Daba saltos en una bañera recubierta por una costra amarillenta. La arrugada piel de un *bulldog* envejecido, tres tallas más grande, seguía sus movimientos y retornaba a su posición inicial, como un objeto extraño, como si no fuera suya. Era feo y blanco, con un ralo vello negro, lleno de lunares que año tras año se multiplicaban, los capilares rotos se ramificaban por sus piernas. Cuando a cierta edad la vena estalla, ya no cicatriza nunca más. Mientras el agua le quemaba y congelaba, el profesor examinaba su cuerpo, que, en ese lugar sucio, entre paredes en las que la cal se descascarillaba y caía al suelo, por primera vez le parecía viejo y ajeno, como el de un enfermo en coma al que las enfermeras jóvenes de un geriátrico lavan con bolas de algodón, mientras parlotean sobre el último episodio de la serie televisiva de moda.

Desde la niñez hasta que envejece, el hombre carga con su cuerpo. Observa sus dedos, sus manos, las arrugas y las manchas que las cubren y que siempre le parecen idénticas. El tiempo sólo se advierte en los cuerpos ajenos.

Temía que alguien entrase en el baño, por lo que procuraba hacer el mayor ruido posible. Golpeaba y salpicaba, pero no era suficiente. Finalmente empezó a cantar:

—Por una bella mujer morena, por su bello cabello negro, por una mirada triste en la noche, por su promesa de que regresará, triste y solo, la espero yo...

Gritaba a voz en cuello mientras la piel se le ponía cada vez más roja y se le encogía el miembro entre las piernas, oculto por un ralo vello canoso, una esperanza muerta y perdida.

Se secó a toda prisa y, descalzo, corrió del baño al pasillo, que ya estaba lleno de gente. Dos herzegovinos vestidos con trajes baratos y camisas sintéticas dejaron de hablar cuando lo vieron medio desnudo. Una rubia de piel oscura, con una visible pelusa negra sobre la boca, se pintaba los labios con un carmín rojo claro mirándolo desvergonzadamente. De la habitación a sus espaldas asomaba un joven en pijama que se parecía al general Norac:

—¡Vamos, Kajuša, tanta experiencia y tanta leche, y yo esperando mientras tú te dedicas a mirar a la gente que está cagando!

Ella fingió no oírlo y siguió pintándose los labios y mirando al profesor, tenía los ojos enrojecidos, como si hubieran pasado mucho tiempo a oscuras y con mucho humo; el

profesor bajó la vista y pasó como un prisionero de campo de concentración al lado de Maja Buždon, la torturadora *ustacha*.

Llamó al número 514-489.

–Instituto Santa Klara, recepción –contestó una voz femenina.

–Quiero hablar con el doctor Sunarić, Jozo Sunarić.

–¿Con quién?

–Con el abogado Sunarić.

–¿Qué habitación, qué planta?, hombre, por Dios.

Esto lo desconcertó y colgó. Durante un rato permaneció sentado en la cama sin saber qué hacer. En el suelo, entre las jarapas estampadas, corrían unas diminutas cucarachas marrones, como si fueran soldados que cruzaran la línea de fuego, y a él de nuevo le entraron ganas de llorar.

Se vistió, cogió la pistola y fue a recepción. Atila estaba sentado detrás del mostrador y leía el periódico, fumaba y tomaba un café. En lugar de en un cenicero, dejaba caer la ceniza en una cajetilla vacía de Marlboro. El periódico se llamaba *Dnevni avaz*, y la cabecera le recordaba al profesor que allí era extranjero. Nada como la cabecera de un periódico para recordarnos cuál es nuestra madriguera y nuestra patria. Al menos por eso, el profesor estaba seguro de dónde era. Se quedó mirando la primera página que sostenía Atila. Con gruesas letras mayúsculas ponía: Un hijo degüella a su madre y se lava las manos.

Atila atrapó la mirada, dobló el diario y dijo:

–No se preocupe usted. En Croacia no tienen estas cosas, ¿verdad? –y esbozó una sonrisa.

El profesor le contestó que esas cosas pasaban en todas partes, en Croacia era peor aún, para el *Jutarnji* y el *Globus* ya no era noticia que un hijo sólo degollara a su madre, tenía que haber algo más para que el suceso apareciera en portada.

–Digamos que la violó después de muerta –Atila lo provocaba.

El profesor se ruborizó, sintió que no podía ocultarlo, la cara se le puso roja como la bandera del partido, y habría dado cualquier cosa para que el recepcionista no lo advirtiera y, si lo hacía, que al menos se lo callara.

–Oh, pero usted –Atila se mostró asombrado–, usted se ruboriza como una chiquilla.

–Estoy resfriado. Tengo fiebre –mintió el profesor sin pensárselo.

–Uf, uf, eso no es bueno. A su edad uno pilla enseguida una neumonía. Estornudas un par de veces y te vas al otro barrio. Es lo que le faltaba. No hay nada peor que palmarla en el extranjero, aunque en casa tampoco es una bicoca. Pero ¿sabe lo mejor contra el resfriado? Le aseguro que es eficaz. Una buena jodienda, de varias horas, con una puta si es posible, y, por supuesto, si a usted aún se le levanta. A su edad, la polla se derrite como un helado, y no le queda más remedio que pedir antibióticos, penicilina. ¿Quiere que le consiga penicilina?

Atila se reía socarrón, atento al cambio de humor del profesor, y a cómo se esforzaba

en vano por caerle bien. Se carcajeaba de algo que habría debido ofenderlo, le daba palmaditas en la espalda, intentaba decir cualquier cosa, completar la broma del recepcionista, pero éste no lo escuchaba, sino que continuaba mientras le brillaba en los ojos esa pura maldad a causa de la cual los hombres como él se despertaban por la mañana plenos de alegría esperando el momento en que algún idiota cayera en sus garras. Adum había olvidado que existen tipos así, su instinto de defensa, el arte de huir y de ocultarse, el poder de la invisibilidad, se habían debilitado, y había ido a dar de bruces con Atila, teniendo la impresión de que ya había vivido todo eso. O mejor dicho, de que ya había tenido, y muchas veces, ese vacío bajo la lengua y en la cabeza, y la misma sensación de ser tonto, infeliz e incapaz, y de que le dirían en la cara todo lo que no quería oír.

–Vamos, vamos, que no le va a dar tiempo a visitar la ciudad –Atila de pronto se comportó con amabilidad.

El Volvo seguía en su sitio, pero inclinado de una manera extraña. Se acercó a ver lo que le había sucedido. La rueda trasera del lado derecho estaba desinflada. Quizá se había dañado mientras conducía rozando el bordillo, por la grava y las piedras. Los arañazos en la chapa tenían peor aspecto que la noche anterior. Tan polvoriento y embarrado como estaba, el Volvo parecía el exponente de un desguace.

–Es un milagro que haya conseguido llegar a Sarajevo con este cacharro, un auténtico milagro –reía el recepcionista desde la entrada.

Ya en la calle, buscó un taxi. Por la mañana hacía más frío que en Zagreb; el profesor se abrochó la chaqueta y mientras caminaba notaba más pesado el lado en el que llevaba la pistola. Tenía que haber comprado esa correa con cartuchera que llevaban los policías y los gánsteres serios.

Por la calle correteaban los niños con las carteras en la mano. Gritaban, imitaban a los negros americanos y saltaban la cadena entre los barrotes que separaban la acera de la calzada. Debían de tener diez u once años. Llevaban los pantalones tres tallas más grandes, por debajo de las caderas. También los había visto en Zagreb vestidos igual. A esa edad él todavía estaba en Sarajevo, pero se le había olvidado todo.

Salvo que su escuela llevaba el nombre de un comunista de antes de la guerra que había cometido algún atentado, quizá Alija Alijagić, y que en un rincón del aula había una estufa de cerámica que alimentaban con carbón y que humeaba permanentemente. Como si eso no bastara, también recordaba que en el último pupitre se sentaban dos alumnos, Stevo Kuprešanin y Murat Zornić, que con la navaja cortaban trocitos de goma y los arrojaban a la estufa ardiente.

¡Ah, cuánto hacía que no se acordaba de ellos!

Recordaba el dolor de cabeza y la peste de los neumáticos que se derretían y del pésimo carbón de Kreka con el que se calentaban en casa, en el callejón sin salida de Balibegovica, número 3, enfrente de la tahona de Behdžet. Se acordaba de que, al llegar el verano, Stevo y Murat recogían ortigas detrás de la escuela, un extremo lo envolvían

en papel de periódico y con el otro azotaban las piernas desnudas de las niñas. Y también las suyas. Tenía las piernas llenas de ronchas, como dos salchichas de cerdo a medio cocer. Ilija, su padre, lo oía quejarse, contemplaba con tristeza las piernas de Karlo, y cuando tenía que decir algo se limitaba a susurrar: Dios te ayudará.

Mamá Cica no hablaba. Todavía duraba la fase de recuperación y reconstrucción, los guardias fronterizos defendían el país de los rusos, Stalin estaba vivo, por la noche llevaban a los enemigos del pueblo a la Dirección de Seguridad Interior y luego, en camiones y trenes de ganado, los trasladaban hacia el sur a prisiones seguras. Mamá Cica llevaba la bandera en el desfile del Primero de Mayo, pronunciaba discursos en la inauguración del estadio, despedía a los jóvenes que iban a París a encuentros con la juventud progresista de Europa. Miraba indiferente sus piernas enrojecidas y rabiaba en silencio por su torpeza, igualito que su padre, por eso lo maltrataban en la escuela. Su sabia mamá Cica presentía que aquello no iba a acabar bien.

Entonces murió su padre, una mañana no se levantó. Faltaban diez días para que terminara el curso escolar. Después del entierro fue al colegio con un botón negro cosido en el uniforme en señal de duelo. Iba hacia la escuela y veía a Murat a la izquierda y a Stevo a la derecha, que esperaban a las chicas con las ortigas. Como siempre, a los chicos los dejaban pasar. Pensaba entonces que él era mayor y más maduro porque se había quedado sin padre. Ellos lo sabían, la escuela entera sabía que había muerto Ilija Baltazar Adum, la maestra y el director habían estado en el entierro y también el padre de Murat.

Creía que no le harían nada y, cuando le dieron con las ortigas en las espinillas desnudas, Karlo por primera vez empujó a Murat, lo empujó con fuerza, tanta que cayó de espaldas y se golpeó en la cabeza contra una escalera.

Murat Zornić pasó siete días en coma. Al octavo murió. Lo enterraron bajo la estrella de cinco puntas, en el cementerio de Koševo. Media ciudad acudió al sepelio. Esa noche volaron piedras contra las ventanas del número 3 del callejón de Balibegovica. Era un viernes. El lunes, la camarada Josipa Adum, de soltera Stambolija, con su hijo Karlo, menor de edad, abandonó Sarajevo. Enviaron tras ella una orden de busca y captura, porque el padre de Murat, un comunista de antes de la guerra y uno de los primeros partisanos, exigió que se juzgara al chico que había asesinado a su hijo y se lo condenara a la cárcel de menores de Stolac en Bosnia o a la de Turopolje en Croacia, ya que tanto alardeaban de croatas.

El profesor Adum no se había acordado del incidente ni siquiera cuando emprendió el viaje.

Siguió a los niños y, buscando un taxi, llegó hasta la escuela. Allí le preguntó a un padre que llevaba al colegio a su hija pequeña dónde había una parada de taxis.

El hombre lo miró extrañado y luego se dio cuenta de que era un forastero.

–Levante usted la mano y le parará el primero que pase. Esto es como Nueva York.

Se detuvo un Mercedes bastante nuevo con los asientos de cuero y el aire

acondicionado encendido. El conductor era joven, no debía de tener ni veinte años, y, cuando el profesor le preguntó por el Instituto Santa Klara, no sabía dónde estaba. Sacó el teléfono móvil y llamó a información.

–Es una residencia de ancianos, una residencia de ancianos, señor mío –le explicó.

El profesor no se atrevió a decirle al taxista que no, que el Instituto Santa Klara no podía ser una residencia de ancianos, sino que lo dejó conducir hasta la dirección que le habían proporcionado en información. Le preocupaba un poco que el doctor Sunarić le hubiera dado un número equivocado cuando envió el telegrama. Se le ocurrió decirle al taxista que volviera a llamar a información y pidiera el número del abogado Jozo Sunarić, pero no lo hizo.

El Instituto Santa Klara se hallaba en un suburbio medio en ruinas, al sur de Sarajevo. Entre barracas e inmuebles de varias plantas en las que sólo vivía gente en una o dos, mientras que el resto permanecían vacías, abandonadas, con los muros de hormigón quemados a través de los cuales se vislumbraba el cielo, se alzaba un edificio completamente nuevo, de cristal, que reunía todos los colores del espectro, en cuya fachada de mármol se podía leer: «Cáritas del Arzobispado de Bosnia»; y debajo: «Instituto Santa Klara, residencia de ancianos incapacitados y ciegos». Entró, y una monja que estaba sentada en la portería le preguntó a quién buscaba, a lo que él, confundido, dijo que no buscaba a nadie, que estaba allí por puro azar y que, de paso, le gustaría verificar una cosa. Preguntó si en esa residencia quizá había vivido Tadija Melkior Adum.

–Sí, aquí vivió y se apagó como una vela. ¡Que descanse en la paz del Señor! –le dijo en voz baja con una sonrisa, como si hablara del niño que mejor había pintado a Dios y recibido por ello una felicitación delante de toda la guardería.

–Soy su sobrino.

–Oh, mucho gusto –la religiosa se levantó de la silla–, qué contento se va a poner el doctor Sunarić, por fin se juntan los tres. ¿Quiere que lo lleve a ver al doctor?

Subieron en ascensor al primer piso y caminaron por un pasillo largo y luminoso cubierto por una alfombra azul claro. A izquierda y derecha, las paredes eran transparentes y veinte puertas de cristal a cada lado daban paso a las habitaciones con cuatro camas en las que estaban acostados los ancianos. Algunos tenían conectado un suero, detrás de otros se alzaba el monitor del electrocardiograma, pero la mayoría estaban tumbados sin más, con cuñas de vidrio fijadas bajo la cama, a veces desnudos, con la piel grisácea y la mirada vacía.

–El doctor Sunarić está en el último cuarto, ya sabe, como en el cuento popular de *Acero acerísimo* –ella intentaba animarlo–. Está solo desde que su tío se fue.

Jozo Sunarić estaba acostado con el cabecero de la cama elevado, con una tabla delante sobre la que había un tintero, folios y un libro grueso.

–Tendremos que esperar, al doctor no le gusta que se le interrumpa a mitad de trabajo –dijo la monja, y le tendió una silla al profesor.

Él se sentó, mirando de perfil al anciano de gran nariz aguileña, bigote canoso y pómulos huesudos, que mojaba la pluma en el tintero y escribía. Parecía que no hubiera advertido su presencia. Al cabo de un tiempo se detuvo, sacudió en el aire el papel en el que escribía, cerró el tintero, limpió la pluma, guardó los folios en una carpeta y volvió la cabeza hacia la derecha, donde tras la pared de cristal estaban sentados el profesor Adum y la monja. Le hizo una señal, como si ya se conocieran.

La habitación olía a acetona.

—No tema, no me pinto las uñas, lo que huele mal es mi muerte. Pero no se inquiete, *amice*, ¿puedo llamarlo *amice*? Sabe, me recuerda a mis días en Viena y Zagreb, en 1928, delante de la librería Kugli, cuando aún vivía ese infeliz de Radić, ahí estábamos y mirábamos a las jóvenes damas, y la vida que pasaba con ellas, mi *ahbab*, mi amigo, de Sarajevo Miloš Besarović y yo. Teníamos dieciocho años, teníamos la vida por delante, y él me dijo: Fíjate, Jozo, aquí estamos los dos, brilla el sol, es julio, y recordaremos este momento hasta la muerte, recordaremos que un día en Zagreb nos tratábamos el uno al otro de *amice*. La vida es breve, y Sarajevo, una ciudad malvada; no nos diremos el uno al otro esta palabra a menudo porque en esa aldea dirían que somos maricas. Y ya ves, *amice*, así son las cosas, Karlo, lo que en Zagreb es normal y habitual en Sarajevo se considera una mariconada repugnante. Por eso te diré que yo no te habría pedido que vinieras a Sarajevo; no te molestará que te tutee, ¿verdad?, no olvidemos que para mí eres un crío; bueno, decía que estás aquí porque era el deseo de tu difunto tío, mi querido compañero de cuarto, Tadija, antes de exhalar el último suspiro. Quería que os encontrarais los tres para la lectura de su testamento, porque nunca antes os habéis visto. Los otros dos vinieron anteayer, uno volando desde Fráncfort y el otro corriendo desde Belgrado. Tenían prisa por saber cuánto les había dejado el viejo que casi no habían visto nunca en su vida, y del que seguramente pensaban que había muerto hacía años. ¿Quién iba a sobrevivir con noventa y pico años el sitio de Sarajevo? No, no te preocupes, no te voy a aburrir con eso. De todos modos, no tenemos mucho tiempo. Cada vez huele más a acetona. Es el ángel Gabriel que me inciensa, para que me apresure con vosotros tres y pueda marcharme allí donde todos son jóvenes. Dime, ¿crees que hay algo después de esto? No, mejor no me digas nada. No querría que me decepcionaras. ¿Sabes?, me caes bien porque has sido el último en venir. Se ve que no perdías el culo por el dinero de tu tío. Me contó que en una riña con tu padre le cortó un pulgar, y que tu padre nunca se lo perdonó. Ya ves lo que es el hombre, su vida se reduce a un pulgar. Venga, muchacho, siéntate a mi lado, dame la mano que nos saludemos como es debido. Jozo Sunarić, doctor en Derecho por la Universidad de Zagreb, tocayo en nombre y apellido de ¿sabes quién?

—Sí —dijo el profesor—, de uno que desapareció sin dejar rastro, y antes de desaparecer fue un alto cargo *ustacha*.

—No desapareció —se rió Sunarić—: se escondió, y los que lo buscaban no pudieron encontrarlo. Los otros siempre supieron dónde estaba.

—¿Y dónde estaba?

—¿A qué viene esa pregunta? —Sunarić sonaba desilusionado.

—Soy profesor de historia, me gustaría saber qué ocurrió con Sunarić.

—Ah, no, no vas a pillarme, él no tiene ninguna importancia histórica. Mejor que nadie vuelva a recordarlo. Y ahora, vamos, muy educado por tu parte haber venido a visitarme, pero tengo que trabajar, tengo que prepararos el testamento y ocuparme de algunos asuntos, dudo de que llegue al domingo, ya he descansado bastante en la vida, si te quedas unos días tal vez podrás venir a mi entierro. ¡Es una broma! Es mejor que sigas tu camino, a Zagreb o adonde diablos vayas. Fijo la apertura del testamento para las diecisiete treinta, o a las cinco y media, si lo prefieres. Y no te retrases, *amice*, es muy descortés en semejantes ocasiones. Ahora puedes irte.

La monja lo acompañó hasta la puerta y le tendió la mano. Era algo insólito para él. Por primera vez en su vida le estrechaba la mano a una religiosa. No sabía la razón, pero le resultaba indecoroso. Como si al felicitarle el cumpleaños a la mujer de un amigo la besara en la boca.

Compró el billete y se sentó en el autobús que se dirigía al centro de la ciudad.

La gente entraba. En cada parada se llenaba más, el profesor seguía en su asiento acurrucado contra la ventana, mientras los viajeros se empujaban a su alrededor, unos a otros se clavaban el codo en las costillas y luchaban por un espacio vital, como si estuviera a punto de llegar el día del Juicio Final y cualquier soplo de aire fuera más valioso que el oro y la plata. Intentó ignorarlos, ahuyentar de su cabeza la idea de que sería uno de ellos si no hubiera empujado con tanta fuerza a Murat Zornić, o si Murat, al menos por un instante, hubiera visto en él a un igual y hubiera esperado el golpe.

Había pasado la vida sin pensar en él, y ahora, en vísperas del final, Murat regresaba.

Volvió al Mauretaniya. La rueda delantera izquierda del Volvo también se había desinflado, y el coche se inclinaba como el Titanic un poco antes de hundirse. Atila no estaba en la recepción, y el profesor corrió escaleras arriba para no encontrárselo. La habitación estaba abierta, aunque estaba seguro de que la había cerrado con llave cuando se fue. Inspeccionó y comprobó la maleta, pero todo estaba en su sitio. En el doble fondo estaba la caja de las balas.

Se acostó, se removía en la cama, algo lo ahogaba, abrió la ventana, temía dormirse y volver a soñar el sueño de la noche anterior. Abajo, en la calle, un niño jugaba al tenis. Tiraba la pelota contra el muro y la devolvía si caía dentro de su campo, que había trazado con tiza con precisión. Golpeó la pelota con la raqueta una decena de veces y el muro la devolvía. El niño iba retransmitiendo el partido. Jugaban Besarović y Federer, la pared era Federer y era el favorito absoluto. Ljubičić estaba un poco resfriado y tenía un tirón en el hombro, por lo que se esperaba que entregara el partido sin luchar. Al principio, el crío informaba con voz tranquila, queda, para que no lo oyeran los que no tenían ni idea del drama que estaba ocurriendo y que quizá les causaría risa, pero después de que Ljubičić ganara el primer set, creció la emoción del locutor, olvidó todo a

su alrededor, gritaba y en completo trance azuzaba a Ivan Ljubičić para que aguantara hasta el final.

En el 4-1 del segundo *set* estaba fuera de sí:

–El gran Roger Federer está de rodillas, e Ivan golpea para su peña, para su ciudad, para Ferhadija, para Bosnia, para todos nosotros, y se dirige a grandes pasos hacia una victoria histórica en el torneo de Indian Wells. Después de este día, ya nada será igual. Pero noooo, Ivan, justo ahora una falta de principiante, ¿no puedes aguantar un poco más? Apreciados espectadores, le duele el hombro, son esfuerzos sobrehumanos, nadie lo soportaría, pero nuestro Ivan sigue luchando y se mantiene contra el mejor del mundo, el terrible Federer del país del chocolate y los relojes más exactos. Qué tragedia, señoras y señores, otro punto perdido, no es posible, y estaba a un paso de la victoria, a un servicio del triunfo. Recen; los que tengan fe que recen a Dios de las tres maneras bosniacas, para que devuelva a este valiente joven la fuerza y la serenidad.

Pero noooo...

El crío, evidentemente, había empezado a dejar que la pared ganara puntos, se tiraba al suelo de cemento y vacilaba en la línea blanca, gritando a voz en cuello de modo que toda la calle podía oírlo, los vecinos del edificio de enfrente habían salido a la ventana, otros en la calle se habían parado y miraban, como miraba el profesor. Estaban hipnotizados por lo que sucedía ante sus ojos. Ivan Ljubičić perdió al final contra Roger Federer; el chiquillo, completamente abatido, estrechó la mano de un rival invisible y se fue tapándose la cara con las suyas, como si llorara. O lloraba de verdad.

El profesor seguía ahogándose, la habitación estaba llena de polvo, le parecía que respiraba mediante branquias. Se vistió y bajó.

–Oh, señor Hadum, ¿cómo va su salud? ¿Ha tomado algún remedio?

Atila imitaba el acento de Zagreb y remarcaba la «h» inexistente para demostrarle que sabía lo que significaba su nombre.

–¿Hay algún restaurante por aquí?

–Vis a vis, de frente, justo al torcer la esquina, a la izquierda –Atila seguía con sus payasadas–. No se enfade, hombre, siga la calle y encontrará un restaurante –gritó detrás del profesor.

El restaurante se llamaba Kuhinjica, «Cocinita», y tenía sólo tres mesas. Pidió un filete poco hecho, era el único comensal y dos cocineros jóvenes se afanaban en torno a él. No preguntaban mucho y al profesor tampoco le apetecía hablar; masticaba y miraba la sangre que se desparramaba por el plato, y los trocitos de coliflor empezaban a parecer sesos de pequeños soldados diseminados por el frente de Verdún.

Después de haber comido se sintió mejor. Entonces se le ocurrió que más le valdría no esperar a las cinco y media, ni al festejo mortuorio de Sunarić, sino sentarse en el Volvo y emprender el camino hacia Zagreb. De no estar pinchadas las ruedas, quizá lo hubiera hecho.

Se dirigió a pie hacia el centro de la ciudad, por Marijin Dvor, junto al Instituto de

Higiene, y a lo largo de la calle Titova. Todavía hacía buen tiempo, comenzaba el veranillo de San Miguel, la época más hermosa y más trágica del año, cuando todos los días buenos parecen ser el último. Y esos últimos días pueden durar hasta finales de octubre; en 1970, se acordaba, se prolongaron hasta el quince de noviembre, pero eso no cambia la impresión de que cada día es el último y hay que vivirlo con plena conciencia. Si el veranillo de San Miguel durara toda la vida, todos los hombres creerían en Dios.

Reconoció el pasaje en el que estaba el Mona Grazia. Entró para ver qué había allí ahora y se encontró con un café acristalado. Era el mismo edificio austrohúngaro de cuatro plantas, alto, gris, con persianas verdes. El profesor se paró en medio del patio observando si se asomaba alguien a las ventanas. Pero no apareció nadie. Es lo que suele suceder con los edificios antiguos en el centro. O dentro ya no vive nadie porque las viviendas se han transformado en despachos de abogados y notarios, o los habitantes llevan viviendo ahí tanto tiempo que ya no se asoman a las ventanas.

No había nada sentimental en ese lugar. Tampoco lo habría habido si se hubiera encontrado con el Mona Grazia igual que estaba en 1944, y al mirar por el escaparate hubiera visto a mamá Cica midiendo las perneras del coronel Martini con la nariz a un milímetro del tiro del pantalón, y a Karlo en uniforme negro desfilando de un extremo a otro del taller y cantando en un italiano inventado una canción en honor del Duce. No había nada sentimental tampoco en ese viaje, sólo recuerdos feos, una opresión en el pecho y la preocupación de la pistola.

Se sentó en el café enfrente de la catedral.

En las escaleras de piedra estaban sentados colegiales, chicos y chicas, que se reían. Nadie salía ni entraba. Bebió un brandy con la esperanza de que lo sacudiera y despejara, y se apostó consigo mismo que seguiría mirando hasta que la puerta de la catedral se abriera. Si no lo hacía así, algo malo sucedería. Su imaginación retorcida no le dijo el qué, pero la amenaza se había pronunciado.

Pidió otro brandy.

Luego otro más.

Los estudiantes se levantaron y se fueron.

En las escaleras de piedra quedó un hombre joven, de barba corta y rojiza, que miraba con nerviosismo la hora; por fin sacó un teléfono móvil y llamó a alguien, y repitió la llamada una decena de veces.

Pidió otro brandy, pero las puertas de la catedral no se abrían.

Se oyó la sirena de los bomberos, el ruido de camiones circulando a toda prisa, y en ese momento un grupo de turistas, un pequeño rebaño, en su mayoría viejos de tez sonrosada y cabellos claros, se detuvo delante de la catedral.

Un guía con un palo coronado por una placa con el número 3 se encaramó a las escaleras y empezó a explicar algo animadamente. El profesor Adum aguzó el oído, pero no conseguía entender en qué lengua hablaba. Las puertas de la catedral seguían sin abrirse.

El guía habló largo y tendido, agitaba el palo y señalaba aquí y allá con él, por lo que el profesor dedujo que se trataba de una expedición católica que pasaba por Sarajevo después de que sus miembros hubieran encontrado consuelo para sus sarcomas, melanomas, anginas de pecho y arteriosclerosis cerebral ante la Virgen de Međugorje, la cual los había librado de todos los miedos y les había infundido paz para que regresaran a sus hogares a morir cuanto antes para volver a encontrarse con ella enseguida. ¿Quiénes sino unos católicos pasarían tanto tiempo delante de una iglesia nada interesante y sin ningún valor artístico, construida a toda prisa durante la ocupación austriaca, más como una suerte de cuartel espiritual de las fuerzas invasoras que para el infeliz pueblo que compartía la fe con los ocupantes? Más tarde, esta iglesia sirvió como prueba fehaciente de la tolerancia religiosa, nacional y cultural, primero del gobierno de la dinastía serbia Karađorđević, luego de los comunistas, con la excepción de los cuatro años luminosos del pontificado de Pavelić, en los que había sido lo mismo que durante el reinado de Francisco José. Y en la actualidad, la iglesia era la prueba de la tolerancia musulmana, que, como toda tolerancia en los Balcanes, era una forma sutil de desprecio hacia cualquier minoría. Le gustó esa idea y decidió esforzarse por recordarla.

Luego el guía se dirigió hacia la puerta de la catedral y el rebaño corrió tras él. Bajó el picaporte, golpeó con el puño la gruesa puerta, buscó un timbre en alguna parte, y el profesor temió no ganar su apuesta y que algo malo le ocurriera de verdad. Pero la puerta se abrió, el rebaño se derramó por el templo como entra el aceite en la botella a través del embudo, y el profesor llamó al camarero para pagar la cuenta.

En Bašaršija tomó un taxi, un viejo Passat destartado. El taxista era un hombre increíblemente gordo y parlanchín, con bigotes, y parecido a Đuro Dečak.

–Usted no es de aquí, ¿verdad?

–No.

–Lo noto yo enseguida. No sólo me doy cuenta de si alguien no es de aquí, sino que sé distinguir los clientes del centro de la ciudad de los de los barrios, de Alipašino, de Vratnik o de Bistrik. Son barriadas de Sarajevo, aquí los llamamos *mahale* –charlaba sin cesar mientras el profesor callaba y le sonreía–. Se distingue perfectamente si alguien es de Mejtaš y no de Bjelave. De Mejtaš a Bjelave no hay ni diez minutos andando, doscientos metros en línea recta, pero la gente habla de manera diferente. ¿Les pasa lo mismo a ustedes?

–Ni idea, yo no lo distingo.

–¿Usted es de Eslavonia?

–No. Soy de Zagreb.

–Imposible. Tiene que tener a alguien de Eslavonia –el taxista estaba decepcionado, buscaba un error, como un delantero centro busca una protuberancia en la hierba después de haber chutado la pelota muy por encima de la portería.

–No tengo a nadie de Eslavonia salvo un vecino en la planta baja.

–¡Seguro que se lleva bien con él! Es una broma. Así que es usted de Zagreb. Bonita

ciudad, tenía allí un amigo del servicio militar, vivía en Trešnjevka, se llamaba Rastko Milovanović. A lo mejor lo conoce. Zagreb es grande, pero tal vez lo conoce. Antes de la guerra iba a visitarlo, la calle se llamaba Rade Končar, ¿hay en Trešnjevka una calle con ese nombre? Éramos muy buenos amigos. Cuando murió mi mujer en el noventa y dos, ya sabe, cayó una granada, todavía funcionaban los teléfonos, me envió quinientos marcos desde Zagreb. Entonces era mucho dinero. No te preocupes, Salko, me dijo, ya lo devolverás cuando acabe la guerra. Después se interrumpieron las comunicaciones, y yo andaba en mil fregados tratando de sobrevivir, mi Mira me había dejado con cuatro hijos, había que educarlos, alimentarlos, protegerlos de las granadas y, a decir verdad, cuando andaba cerca de un teléfono ni se me ocurría llamar a mi amigo Rastko y preguntarle cómo estaba. Hoy me da un poco de pena no haberlo hecho. Quinientos marcos eran mucho para él. Pero en el noventa y cinco, en cuanto me devolvieron el teléfono, el primer número que marqué fue el suyo. Contestó una voz de mujer, quiero hablar con mi amigo Rastko Milovanović, dije, y la muy puta saltó como un resorte: aquí ya no viven *chetniks*. ¿Y sabe lo que le digo?, que, disculpe, usted es croata, pero ella era una guarra *ustacha*.

–Lo sé. Hay gente para todo.

–Justo, justo, dice usted bien. Y ¿sabe qué? No es broma, pero ahora sí le oigo el acento de Zagreb. Pero qué Eslavonia ni qué nada, se oye esa habla suave, fina, un poco nasal, igual que cuando habla Mirko Novosel. Nadie puede engañarme. Fíjese, en el noventa y siete, estoy yo de servicio en el aeropuerto, cuando de repente ese escritor tan conocido, el que vive ahora ahí en Zagreb, se mete en el coche y yo le pregunto: ¿Qué tal? ¿Has venido a dar una vuelta por tu ciudad natal? ¿Y qué tal se vive en Zagreb? ¿Qué se cuenta por allí? ¿Tenemos *Tudman* para rato o no?, dicen que está enfermo. Ahí estaba yo tirándole de la lengua. Y todavía no nos habíamos puesto en marcha cuando le digo: Sé adónde te tengo que llevar, a Mejtaš, ¿a que sí? ¿Cómo lo sabes?, me pregunta él. ¿Cómo no lo voy a saber, hombre? Salko lo sabe todo, tengo oído, tocaba el violín en la Orquesta Popular, hasta que se me paralizó el índice. Míralo, ¡todavía está paralizado! ¡Ah, qué buen violinista era, ni *Menuhin* podía comparárseme!

–*Menuhin* era muy bueno –afirmó el profesor.

–Pues claro que lo era. Lo oí en el setenta y siete, en la sala de conciertos *Đuro Đaković*. Un judío ruso con alma gitana así de grande. Tocaba clásica, ¿qué iba a tocar si no?, pero se notaba que en cualquier momento podría tocar con nosotros en la Orquesta Popular. Ya no hay gente así.

–Dice usted bien. Yo también creo que ya no hay gente así.

–Todo esto, amigo mío, se ha ido a tomar viento. El Polo Norte se derrite, los icebergs van por ahí flotando, ya no hay nieve ni invierno. Los niños no montan en trineo. Y a los hombres sólo les interesa de qué religión y de qué pueblo es éste o aquél, y no cómo es como ser humano. Ya ve, usted por ejemplo es croata y yo bosniaco, ¿y qué problema hay?

–Yo no soy croata.

–Bueno, vive allí. Algo tiene que ser usted.

–Algo –suspiró el profesor.

Lo estaba esperando la misma monja. Le dijo que el doctor Sunarić no se encontraba bien, que se había alterado mucho porque los señores Mihailo Adum y Petar Ivančan habían anunciado que no acudirían, ya no les interesaba el testamento, le habían gritado al anciano señor, vergüenza debería darles, no tenían temor de Dios.

Jozo Sunarić estaba sentado en su cama de cabecero elevado y recostado en almohadas. La tabla en la que solía escribir estaba cubierta por un mantel blanco con bordados rojos y encima había un gran sobre lacrado.

Enfrente de la cama había tres sillones tapizados en cuero negro, una mesita, tres vasos y una jarra de agua. Un pequeño cuenco de cristal, que parecía parte de un antiguo servicio de boda, contenía onzas de chocolate.

Estrechó la mano al abogado y tomó asiento.

El anciano rompió el sello y, con un auténtico puñal de oficial alemán, abrió el sobre. El profesor se quedó mirando el puñal, que en una tienda de antigüedades en Zagreb habría costado un pico. Mientras Jozo Sunarić, con voz temblorosa, leía la confesión de su viejo amigo, el profesor lo escuchaba a ratos sí y a ratos no, sumido en sus pensamientos sobre el puñal alemán y el alma acetónica de Jozo Sunarić. Lo irritaba terriblemente el tono patético de Tadija Melkior Adum, que, al dirigirse a sus tres sobrinos, reconociendo que no los había visto desde que eran niños, y a Mihailo nunca, utilizaba esos chantajes emocionales con los que los padres durante los almuerzos de los domingos esperaban y despedían a sus hijos. El profesor no quería que ninguna de aquellas palabras lo afectara, y dejaba que flotaran a su alrededor, atento a los esfuerzos de Sunarić, cuyo aspecto era bastante peor que por la mañana, a duras penas respiraba y parecía derretirse y desvanecerse tras cada palabra que leía.

El profesor no tenía ninguna esperanza de heredar una fortuna. Ya antes de telefonar al número que el abogado había puesto en el telegrama, antes incluso de enterarse de lo que era el Instituto Santa Klara, mientras viajaba a Sarajevo, en el desvío para Plehan, cuando se le aparecieron en sueños hombres en hábito franciscano, el profesor Adum sabía que no había herencia, se sentía como un estafador y un traidor, porque había engañado a ese que ahora, escorado como el *Titanic*, estaba delante del hotel Mauretaniya. Con el tiempo dejó de temer que fuera una trampa, que alguien deseara engatusarlo y secuestrarlo, pero su falta, porque había sido codicioso y había emprendido aquel viaje, no le parecía menor.

Escuchó con frialdad las últimas palabras del testamento de Tadija Melkior Adum:

–Todos mis ahorros, depositados en el banco de Zúrich en la cuenta número 345-23-1112, clave Freelander, y que ascienden a 120.000 francos suizos más los intereses acumulados desde enero de 1987 hasta el día en que la cuenta, en virtud de la orden testamentaria, se cierre, deben repartirse a partes iguales entre Mihailo Adum, Petar

Ivančan y Karlo Adum, o entre aquellos de los tres citados que estén presentes en la lectura del testamento, mientras que los ausentes quedan excluidos de la herencia. En mi sano juicio, un poco antes de ir al encuentro del Señor, confié estas hojas (siete, numeradas del 1 al 7 y escritas por una sola cara) al abogado Jozo Sunarić, y las compulsé en la embajada de Suiza en Sarajevo. La firma, en iniciales, T.M.A.

El anciano dejó la última hoja, firmó en un papel ya preparado y señaló hacia la puerta:

–Ahora puede irse, yo he terminado. No se enfade, no se ha tomado el zumo.

El profesor cogió la carpeta con los documentos y se despidió del abogado, pero él ya no lo miraba y no respondió. La monja lo acompañó hasta la salida. Le deseó suerte, pero no le tendió la mano. Se quedó al borde de la carretera que iba a la ciudad a la espera de un taxi. A lo largo de la calzada se extendía una hilera de casas unifamiliares de dos plantas, construidas en los años setenta, con jardín delante. Algunos habían plantado lechugas y tomates, en unos crecían las rosas y en otros brotaba la mala hierba, campaban a sus anchas los arbustos de lilas, la hiedra medio seca y los rosales trepadores descuidados. En esas casas, pensaba, vivían personas infelices, o que en la guerra habían perdido un hijo, un hermano o la razón, después de lo cual habían capitulado. Por primera vez pensaba en ellas y en la última guerra en Sarajevo; si Salem, el padre de Murat, estaba vivo, tendría más de noventa años.

A lo largo de la carretera no aparecía ningún taxi, ni coche de ninguna clase, y el profesor se entretenía imaginando cómo vivían los habitantes de las casas blancas tras los jardines, con tejados inclinados asimétricos y fachadas que recordaban las caras de los retratos cubistas de mujeres. Barrios parecidos se habían alzado en aquella época por toda Yugoslavia, las casitas se habían repartido entre los trabajadores de las mejores compañías, que a su vez les habían dado su nombre a aquellas colonias. Aquello podría haber sido la ciudad de Peyton Place en la película *Vidas borrascosas*. Así se denominaba a la suerte en aquellos años.

Cambiaba la carpeta de una mano a otra, le sudaban las palmas debido al cartón plastificado, el día era un tanto bochornoso, y según descendía la oscuridad parecía que había menos aire. Y en ese instante, si le hubieran dado a elegir, querría no haber empezado ese viaje.

El viejo profesor Karlo Adum estaba hecho unos zorros en esa carretera desierta que llevaba a la ciudad, junto a las casas en las que no se encendían las luces, como si se hubiera cortado la corriente, y agitaba la mano libre hacia un Golf rojo.

El taxista era un hombre huesudo y consumido, y no demasiado comunicativo. Fumaba y tiraba la ceniza por la ventana. En cuanto apagaba un cigarrillo encendía otro.

–Sé que no me conviene –dijo, y le ofreció uno al profesor.

En cuanto lo encendió y dio la primera calada, se arrepintió. Cada vez había menos aire a su alrededor. Como si la atmósfera se hubiera retraído o los poderosos pulmones de los aficionados que volvían de un partido hubieran inhalado todo el aire. Los había a

cientos, iban a la orilla del Miljacka, hacían ondear banderas y cantaban sus canciones. Habían bajado a las vías, los tranvías hacían sonar el timbre para alejarlos, el taxista exclamó:

–¡Ha sido una gran victoria! –y el profesor sujetaba el cigarro en la mano y se lo llevaba a la boca, como si fumara, porque le resultaba violento apagar enseguida el cigarro que le habían ofrecido. No podía hablar y le estaba agradecido al taxista por su silencio, y aspiraba el humo como si intentara matarse aspirando su propia alma.

Antes de pararse delante del Mauretaniya, el taxista encendió el tercer cigarrillo.

El cristal de la puerta del conductor del Volvo estaba roto. El ladrón había arrancado la radio que no valía nada y revuelto la guantera. En el cuadro de mandos asomaban los cables, el asiento estaba lleno de cristales, el suelo sembrado de caramelos blandos Kiki. Abrió el portaequipajes y constató que le habían robado el gato, todas las herramientas y el viejo impermeable de Ivanka. ¿Para qué podían querer un impermeable viejo?

Atila estaba sentado tras el mostrador y leía el periódico. En la nariz tenía unas gafas ridículas, con una montura rosa muy femenina, semejante a las alas abiertas de una mariposa.

–Oh, es usted, querido Hadum. ¿Me permite que lo llame así? También usted ha nacido en Sarajevo y sabe lo que es la calidez en las relaciones humanas.

–Me han roto el cristal del coche.

–¡Pero no es posible! Que ocurran estas cosas delante de nuestro hotel es increíble. ¿Quiere que llame a la policía para que haga un atestado?

Sin responderle, subió por las escaleras a su habitación. Todos los peldaños eran al menos el doble de altos que por la mañana, miraba la punta de sus zapatos, como si eso pudiera ayudarlo en su ascensión, jadeaba mientras conquistaba escalón por escalón, y no lograba recordar si los había visto antes o había subido y bajado sin advertirlos. Eran de ese tipo de peldaños feos, de puro hormigón, como en los edificios de nueva construcción sin terminar. El profesor subía por ellos consolándose porque siempre le había resultado difícil ascender, aunque no había reflexionado sobre ello y, ahora, sin embargo, se daba cuenta. El día era pesado y bochornoso, estaba lejos de casa, así que debía de ser normal que se encontrara peor que otras veces.

–¿Y su gripe? ¿Qué tal su gripe? –le gritó desde abajo Atila–. Tenga cuidado de que no le pase a los pulmones. A esta edad es lo que suele suceder y entonces se acabó, se va uno al otro mundo en menos que canta un gallo. Cuídese por eso, señor mío, aunque tampoco estaría mal que lo enterraran en Sarajevo, bajo una cruz, se sobrentiende. A fin de cuentas, en Zagreb siempre se están quejando porque en Sarajevo ya no quedan cruces, y mire, usted, con su ejemplo, puede contribuir a la pervivencia de la nación croata en Bosnia.

El profesor no pudo darse la vuelta, no pudo responder al recepcionista, amenazarlo con que lo iba a denunciar, porque luchaba por recobrar el aliento y porque intentaba coordinar algo en lo que nunca antes había pensado: levantar un pie hacia el siguiente

peldaño, e inspirar y espirar. Era extraño que nunca hubiera reflexionado sobre esto, y no era un asunto insignificante, es más, había que tener talento para coordinar en las escaleras los pies con los pulmones.

Igual que Jan Vennegoor of Hesselink, cuando desde la línea de los dieciséis metros sale corriendo hacia la portería.

El profesor Adum se sentaba por la noche delante de la televisión y esperaba a que el comentarista de Eurosport pronunciara ese nombre: Jan Vennegoor of Hesselink. Se le cerraban los párpados, se adormecía en el sillón y lo despertaban los gritos del estadio, pero no se rendía.

Ese nombre, inusual como la guerra de los Boers y como la bandera de Nepal, era su oración nocturna. Cuando lo oía, tranquilo y satisfecho, se iba a la cama.

Sin aliento, subió el último peldaño.

Recobró la respiración al abrir la puerta del cuarto. Bueno, bueno, hoy no habían husmeado por la habitación ni hurgado en sus cosas. Abrió la ventana y aspiró el aire frío de la noche. Le pareció que todo estaba en orden, que había sido presa del pánico sin ningún motivo, que eso suele ocurrir pero que lo más importante es que uno esté tranquilo y sereno. Miró abajo, al patio de hormigón donde horas antes había tenido lugar el partido histórico entre Ljubičić y Federer, que Ljubičić había tenido que perder porque no hay víctima sin derrota. En cuanto empiezan a vencer, los hombres como las naciones, dejan de ser víctimas. Y es entonces cuando vivir no les resulta fácil.

Pensó que volvía a recuperar la lucidez. Había que escribir cartas al director. A su edad, aquello representaba una suerte de gimnasia mental.

Sacó la pistola del bolsillo y la dejó sobre la cama, junto a la carpeta con el testamento de Tadija. Se quedó de pie, contemplando las dos cosas sobre la horrible manta sintética que fabricaba Vuteks antes de la guerra en Vukovar, y pensó que sería un buen principio para un *thriller*. Por desgracia, ya no se hacían películas así.

Se tumbó vestido.

Todavía era pronto para dormir, aún no eran las nueve y media. Quería descansar un rato y luego salir a cenar algo. De la carpeta sacó el papel y una vez más leyó el final del testamento. Banco de Zúrich, número de cuenta 345-23-1112, clave Freelander. ¿Quién se inventa las claves bancarias? ¿El cliente o el banco? Tadija Melkior Adum no había anotado los intereses desde 1986, lo que significaba que desde entonces no se había cambiado la clave de la cuenta. ¿Existía ya en esa época el Freelander modelo de Land Rover, o había sido más tarde cuando apareció ese nombre en la trasera de los coches que adelantaban al Volvo del profesor?

Estaba seguro de que en 1986 no existía el Freelander, e imaginaba cómo había surgido de la nada, de palabras vacías y huecas, la clave de Tadija. En Zúrich, Ginebra o Berna, en Graz o en Viena, en Salzburgo, allí donde hubiera abierto la cuenta, habrían tenido delante a un viejo de un país desconocido, de una ciudad conocida sólo porque en ella habían asesinado a un príncipe austrohúngaro, y al margen de esta información no

existía, no existe, no vive, como no vive ninguna de las pequeñas ciudades en Polonia, Bukovina, Rumania, Bulgaria, Transilvania, que se habían inventado y luego descrito minuciosamente Isaac Bashevis Singer y Gregor von Rezzori. Al abrir la cuenta, para los empleados del banco, Tadija Melkior Adum era un personaje de novela. Si además hubieran sabido cómo le había cortado el pulgar a su hermano, habrían estado seguros de que fuera de la ficción no existía. Hablaba un alemán extraño y polvoriento, como el padre de Karlo, una lengua en la que se habían conservado las ceremonias de esponsales, los bailes de oficiales y las exequias, la lectura de edictos de menciones honoríficas y condecoraciones, publicados por Francisco José I, un idioma que hablaban los funcionarios de los juzgados en las provincias orientales austrohúngaras, pero también los policías en las memorias de Stefan Zweig. A ese anciano no le pertenecía ningún país real, y el tiempo en el que había vivido había transcurrido al margen del tiempo bancario. En su pasaporte constaban datos imaginarios sobre la patria y la naturalización, una anamnesis de un Estado que no tardará en desaparecer. Por eso era un Freelander para ellos, un apátrida inminente, alguien que dejaría de ser, un hombre libre de tierra, un vagabundo sin documentos de viaje, una raíz desarraigada...

El profesor Adum dormía y soñaba una calle de ventanas tapiadas y se veía a sí mismo en un ataúd. Soñaba su miedo a Atila, el cual no estaba en el sueño. Con los ojos desorbitados y la boca entreabierta, el profesor muerto esperaba a que Atila llegara. Ni siquiera se dio cuenta de que una serpiente fina y helada se le había introducido en la boca y bajaba por su garganta...

El corazón le batía alocado, un intenso dolor latía en su cabeza. No sabía lo que le sucedía, si todavía estaba soñando y había revivido en su sueño o si estaba despierto y bajo su ventana trepidaban el redoble de los tambores y el tararí de las trompetas. Como una sinfonía de Mahler que se propagara a través de una Serbia desolada hacia Albania y Macedonia, aferrando los sonidos y costumbres locales, los tonos metálicos percutían desde la tierra y, de camino hacia el cielo, alzaron al profesor Adum de su cama.

Miró el reloj, faltaba todavía un rato para la medianoche.

Olvidó la pistola en la almohada y se dispuso a bajar para espetarle por fin a Atila todo lo que tenía que decirle. Dio un portazo al salir, pero no se oyó porque el tambor retumbaba con un ritmo salvaje y desenfrenado que engullía cualquier otro ruido. Corrió escaleras abajo, sorprendentemente ligero de piernas, y empezó a gritar a Atila, que estaba sentado tras su mostrador y leía el periódico. Atila se echó a reír y se limitó a incitarle para que continuara. La rabia del profesor aumentó, induciéndolo a inventar insultos cada vez peores y más terribles contra su madre muerta y su padre, sus tres hermanas, su hermano, súbdito de József Antall, y su sobrina de nueve meses. ¡No eres más que un lacayo musulmán –le gritaba–, un serbio!, mientras Atila se doblaba de risa y se iba poniendo rojo y morado, como si se hubiera atragantado con un pedazo de pan, y Karlo Adum sentía que la cólera lo superaba y que todo entero, brazos, piernas, entrañas, cabeza y ojos, se convertía en un encogido montoncito de rabia.

El corazón se le paraba porque su cabeza ya no podía pensar más insultos.

Se despertó sin aire, con un dolor en el pecho, como si martillos neumáticos le aplastaran y quebraran el esternón. No podía emitir ningún sonido. No podía ponerse de pie. Agarró con fuerza la pistola y se arrastró hacia la puerta del cuarto. Consiguió abrirla a duras penas e intentó otra vez gritar, pero de los pulmones no le salió más que un soplido doloroso que lo dejó extenuado.

Quizá habían pasado cinco minutos, quizá cinco horas o cinco años cuando volvió a arrastrarse por el pasillo. Agujas de madera se le clavaban bajo las uñas y en las palmas de las manos, pero no le dolía. Cuando consiguió respirar, sintió un intenso olor a polvo y a humo de carbón, un olor a DDT y a chinches, al número 3 del callejón de Balibegovica enfrente de la tahona de Behdžet, y pensaba que tampoco ahora tenía a mamá Cica para que lo ayudara, porque estaba en Opatija, paseando a la orilla del mar con el coronel Weber-Stipčević, y lo embargó la tristeza, una tristeza más grande que cualquier rabia, y habría roto a llorar si en los pulmones hubiera tenido aire para el llanto.

Sujetó la pistola con fuerza y escudriñó las escaleras.

El profesor Karlo Adum, en realidad, estaba reuniendo fuerzas para ese movimiento, uno solo, del que dependía su vida. Luego arrojó la pistola escaleras abajo. Oyó cómo el metal golpeaba en el hormigón y rodaba y saltaba hasta llegar al final. Era un ruido estrepitoso, sin lugar a dudas la gente lo oiría. El profesor Karlo Adum se siente feliz, cree que la salvación está a punto de llegar.

Título original: *Freelander*

Edición en formato digital: febrero de 2012

The publication of this book is supported by a grant from the Ministry of Culture of the Republic of Croatia

© Miljenko Jergović / Actes Sud, 2007

© De la traducción, Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788498419146

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Freelander	6
Créditos	112